

**La literatura de Salta.
Espacios de reconocimiento
y formas del olvido**

Beatriz Elisa Moyano
(coordinadora)

Raquel Guzmán de Dallacaminá

Marta Ofelia Ibáñez

Susana Alicia Constanza Rodríguez

CIUNSa

**La literatura de Salta.
Espacios de reconocimiento
y formas del olvido**

Beatriz Elisa Moyano

(coordinadora)

Raquel Guzmán de Dallacaminá-Marta Ofelia Ibáñez- Susana Alicia

Constanza Rodríguez

Diseño de Tapa: Marta Araancio

Diagramación: Continuos Salta

Impreso en Salta, Argentina, durante el mes de diciembre de 2004

Primera Edición

I.S.B.N. N° 987-9381-37-8

Hecho el depósito que dispone la ley 11723

A nuestros hijos

A la memoria de Silvia Picat

PRÓLOGO

La década de los noventa fue el comienzo de una aventura lectora de la literatura salteña que parcialmente se inscribe en este libro. Varios fueron los trabajos y proyectos investigativos; las ponencias y los artículos producidos desde entonces por los miembros del equipo que poco a poco fue conformándose, que actúan en esta instancia como condición de producción.

Si en otras oportunidades, nuestro objetivo fue reconocer —en los textos contemporáneos— ideologemas, hibridaciones y entrecruzamientos discursivos; en esta oportunidad, actuamos convencidas de la necesidad de desmontar, en una tarea, de orden metacrítico los aceitados dispositivos de una memoria selectiva que situó a unos pocos autores y textos bajo el haz de la luz y dejó muchos otros en el cono de sombras.

Este es entonces un libro que, en su intento de desarticular los mecanismos del reconocimiento, busca recuperar aquello que fue olvidado. A pesar de esto nos parecía que estábamos escribiendo de nuevo sobre los textos de los autores que no habían padecido el desinterés; pero después comprobamos que no era así: volvíamos sobre ellos con insistencia para mirar desde otro lado y desentrañar los mecanismos por los cuales una y otra vez reaparecían en las encuestas y en las entrevistas que se realizaron, y en los programas, las antologías y en las historias de la literatura argentina que se consultaron.

Nuestra pertenencia al ámbito que es objeto de este estudio hacía difícil desmontar los aceitados engranajes armados en las alianzas entre los escritores áulicos y los críticos, o en las lecturas interesadas. Fue muy importante en ese sentido toar una posición “migrante” que ayudara a ver desde fuera de la maraña de los discursos oficiales e hiciera posible la mirada crítica.

Pero hablemos del proyecto de investigación a partir del cual estas páginas fueron tomando forma. Hacia el fin de los noventa y en el marco de nuestros estudios sobre la literatura salteña de las últimas décadas, nos preocupamos por su falta de reconocimiento en el resto del país, habida cuenta de la aceptación que tuvo la producida durante la primera mitad del siglo. Como vislumbrábamos también la necesidad de una lectura más atenta de los textos escritos en el interior provincial,

habitualmente relegados, nos planteamos incorporarlos a nuestros estudios. Estas preocupaciones nos llevaron a emprender el proyecto “Lecturas canonizadoras y diferencia: reconocimientos y olvidos de las producciones literarias salteñas a nivel nacional y provincial” que, al focalizar la literatura no sólo en producción sino también en reconocimiento, se ocupó de la memoria y el olvido de las textualidades de la Capital provincial en otras regiones del país y de las del interior de la provincia en Salta Capital. Fue aprobado con el N° 765 por el CIUNSa en 1999, iniciado durante ese año y concluido en el 2002. El largo nombre del proyecto enunciaba ya sus objetivos, aunque debemos aclarar que, en aquel momento, nos interesaba sólo los reconocimientos académicos que conducían a la canonización.

La problemática del canon y la reflexión sobre las categorías reconocimiento / olvido fueron asumidas por Marta Ibáñez quien se acercó a ellas haciendo uso del arsenal teórico que le proveyeron los textos de Pierre Bourdieu, la sociocrítica en la línea Angenot y la sociosemiótica (Mozejko, Landowsky). En su pormenorizado estudio que constituye el capítulo I de esta publicación aborda además la cuestión de las antologías que reproducen textos ajustados a las operaciones retóricas propias del regionalismo-nativismo, y cuyos prólogos borran el sistema de presuposiciones con el que se juega, permiten la presencia de lo que esa mirada consagra y provocan la desaparición de lo ajeno a tal perspectiva.

Raquel Guzmán fue la primera en plantear, siguiendo a Fiorín, la cuestión del “contrato” y la “polémica” como par cuya equivalencia con reconocimiento / olvido se sitúa en la idea de que los textos que provocan (permítaseme un juego con palabras que lleven en su raíz el cor, cordis latino) efectos de con-cordancia o dis-cordia con acuerdos previos los llevaban necesariamente al re-cuerdo o al olvido. Pero ella abordó esta cuestión relacionándola con la lírica. Susana Rodríguez desarrolla esta perspectiva de análisis en el capítulo II. Lo hace en un meditado trabajo metacrítico que busca en su apartado 2 desentrañar —como decíamos al comienzo— la causa del reiterado reconocimiento de textos cuyo contrato con lo previamente a-cordado se basó en recuperar (con las variantes reconocidas por la crítica) una misma retórica. En su tercer apartado, recorre los textos que —oscilando entre el contrato y la polémica aunque acercándose cada vez más a ésta— quiebran con sus miradas dis-cordantes las regularidades discursivas.

En lo que hace a esta mirada posicionada en la diferencia, el capítulo de mi autoría, aunque retoma en su primer apartado —esta vez desde el juego hegemonía-contrahegemonía (Williams)— la cuestión del regionalismo, que fue reconocido en los capítulos anteriores como la retórica que hizo posible la circulación y el reconocimiento de los textos de Salta fuera de ella, lo hace para mostrar que —atravesado por el ruralismo y una apacible mirada patriarcal sobre el mundo— hizo que entraran en la sombra y el silencio los textos que posaban su mirada sobre el caos de la ciudad y los que al ser escritos casi en exclusividad por mujeres daban cuenta de otro modo de ver.

Estos tres primeros capítulos han operado desde las antinomias (que incorporan nosotros / los otros, adentro / afuera, margen / centro), en cadena. El estudio sobre la canonización (reproducida por las antologías) en el juego de la memoria y el olvido (capítulo I) se relaciona con el capítulo II por la equivalencia del par mencionado con el que opone contrato a polémica. En éste, desde una mirada metacrítica, se habla de los textos canonizados por contractuales, mientras que, en su último apartado, ya se comienzan a perfilar las causas de la aparición de textos polémicos (relegados) que va a profundizarse en el capítulo III en el que se trata de los olvidados por haber sido contruidos desde miradas divergentes.

En el capítulo IV, escrito por Raquel Guzmán, la cuestión de la polémica deja de lado las rupturas con el orden patriarcal tratadas en la novela (capítulo II) y en la lírica (capítulo III), la rebeldía (capítulo II) y la textualización de la ciudad (capítulo III), para centrarse, no ya en las oposiciones sino en el lugar del paso, en el entre, en la migración.

Este tema hizo posible una reflexión más profunda que muestra cómo las culturas tienen (hacia adentro y hacia fuera) centros y periferias que funcionan como polos de la emigración y fronteras por las que se transita. Pero las peregrinaciones de la persona del escritor con sus procesos de desestabilización-estabilización son sólo una parte, también aparecen las migraciones escriturarias en las que el propio sujeto enunciativo se desbarata y en las que su descentramiento de las genealogías (su apartarse de las retóricas consagradas, al decir de Marta Ibáñez) lo conducen a un — aparentemente irreversible— ostracismo. La desterritorialización, el nomadismo, el distanciamiento, la figura del *buscador de oro* son categorías o metáforas que sirven a

Raquel para explicar las rupturas con los contratos de lectura que llevaron a los escritores recuperados en su capítulo al olvido no sólo en el orden nacional, sino también en su propia tierra de origen. De los estudiados por ella sólo Santiago Sylvester y Leopoldo Castilla son reconocidos aquí y —radicados actualmente en Buenos Aires— buscan su inclusión en la cartografía literaria nacional como lo hicieran sus colegas del interior de la Provincia (Vergara, Cabot y Maita) en la provincial. El texto de Raquel es diferente: el tema acaba convirtiéndose en manera de discursivizar, o sea que, en su trayecto, el propio texto acaba migrando hacia elocuciones de tipo poético y lo que al comienzo constituía oposiciones como centro y periferia se convierte en un espacio lúbil en que todo es trayecto y ningún polo es lugar de partida o de llegada, sino parte del recorrido.

Intentamos entonces recuperar textos olvidados por su diferente modo de ver, su nueva perspectiva originada en la rebeldía, el género o la migración; pero fundamentalmente, desentrañar los modos de funcionamiento de la memoria selectiva.

Y ya para cerrar un fragmento que da cuerpo textual al olvido a pesar de que fue escrito “Para salvar la vida”:

Escribir una línea. Un poema.
Saber que tiene un destino inquebrantable
De ser olvido
O condenado a muerte.
(Gonta, 1997:51)

Y un texto de *Los subsistemas del caos* de Lucrecia Coscio, “Adonde van a morir los poemas” que lo inscribió en su propio discurso, en su gesto de rebeldía contra las normas del buen escribir y que, al acumular significaciones propias del mundo “sin queja” ancestralmente asignado a la mujer (pileta de lavar, caño público) une olvido a escritura de mujeres y a disolución final ...

No encontrarás sus tumbas
ni siquiera los recuerdos
en las mañanas gemelas
en las noches apretadas
en las prisiones, hospitales
en la pileta de lavar
del caño público
mueren los poemas
sin queja

ni siquiera un suspiro
lo sostiene mis manos de todos los días
desvanece, se esparce en éter
Se me escapa ...
(Coscio, 1997:53)

Una manera de empezar a recuperar lo que siempre ha sido desechado.

I

LA CANONIZACIÓN DE LOS TEXTOS LITERARIOS.

UN PROCESO SOCIODISCURSIVO*

Marta Ofelia Ibañez

El pecado mayor en crítica no es la ideología, sino el silencio con que se la encubre: ese silencio culpable tiene un nombre: es la buena conciencia, o, por así decirlo, la mala fe.

Roland Barthes

Considerar al discurso como un espacio de interacción es quizás proporcionar el medio de llegar alguna vez a abordar, de un modo diferente al intuitivo, el análisis de las condiciones de existencia y de ejercicio del poder en sus aspectos sociales más evanescentes y, sin duda, al mismo tiempo más profundos: es llegar a la formación y a las fluctuaciones del vínculo social y político vivido.

Eric Landowski

1. Otra vez el canon...

“¿Qué ocurre con las letras en las ciudades y pueblos del interior?” se preguntaba en 1998 Santos Vergara, fundador y sostén de un grupo literario de larga trayectoria en la ciudad de Orán. Esa apelación, que ha recorrido la literatura argentina durante el siglo XX, requiere una mirada detenida de los procesos sociales y literarios que permita ampliar la comprensión de un fenómeno complejo, una de cuyas consecuencias leemos en el siguiente fragmento:

Podemos afirmar que es a partir de la conformación de grupos específicos cuando se inicia en las distintas ciudades tropicales un movimiento más o menos continuo a favor de las letras regionales [...]. El *Grupo Vocación* de Orán arranca en 1982. [...] Los mencionados grupos no surgen como reacción en contra de una generación anterior ni sostienen postulados estéticos preconcebidos o adhesión a una escuela literaria. Su filiación responde a una necesidad común de romper con la soledad, el olvido y el desaliento cultural en que viven los pueblos del interior, aunando esfuerzos para instaurar la poesía y lograr sus propias publicaciones. (s/p)

*Este ensayo es el resultado de las sucesivas aproximaciones al problema de estudio; por consiguiente, integra las líneas de reflexión sostenidas en trabajos presentados en reuniones científicas, corregidos, ampliados pero sobre todo enriquecidos por una necesaria mirada autocrítica.

La preocupación por el aislamiento “de los pueblos del interior” amplía las interpelaciones de otros estudiosos de la literatura, como David Lagmanovich que treinta años antes se había preguntado: “¿Por qué la literatura que brota de esta manera provinciana de ver la vida es menos conocida? Ah, ése es otro problema: aquí tiene que ver la circulación de los bienes culturales, no su producción” (1966).

Reparamos en lo dicho por el crítico la presencia tácita de los dos ejes que articulan la semiosis social: la producción y el reconocimiento de los textos, y de esa otra instancia que dinamiza los intercambios, la circulación de los bienes simbólicos (Verón: 1984). Las declaraciones de Vergara y Lagmanovich, formuladas desde lugares enunciativos distintos, ponen en escena los mecanismos institucionales que posibilitan la incorporación de los textos en el diálogo efectivo de una cultura.

A poco de indagar sobre el reconocimiento de textos literarios escritos en provincias, se hicieron evidentes la génesis de modelos de lectura, las determinaciones políticas en juego y las estrategias de los sujetos colectivos que luchan por el dominio simbólico y su identidad social. La mirada sobre las condiciones que posibilitaron los reconocimientos advirtió que los textos *canonizados* y su incorporación a la literatura ‘nacional’ fueron el resultado no sólo de su calidad estética sino de parámetros de legibilidad y valoración cuyo enclave socio-histórico se puede precisar.

El proceso de construcción de la “argentinidad” durante las primeras décadas del siglo XX requería una gramática de lectura coherente con el proyecto identitario. Si esta constatación evidencia el carácter contingente e interesado de todo canon, presupone también el carácter social de las prácticas culturales. A poco que agucemos el sentido común, se acepta que es un argumento convincente; sin embargo, la creencia adquiere el valor de certeza cuando se apela a marcos teóricos¹ que den fundamentos a nuestra exploración.

1.1. El canon, una categoría de análisis. Recorridos

Alrededor del término canon se anuda una constelación de problemas atinentes a las relaciones centro / margen; memoria / olvido, permanencia / innovación; hace visible las luchas institucionales —jamás ajenas a debates políticos y / o culturales—

¹ El horizonte teórico de este trabajo se afina en la sociología de las obras de arte (Bourdieu), la sociocrítica (Angenot), la sociosemiótica (Mozejko y Landowski) y la teoría de la enunciación de Benveniste enriquecida con los aportes de Filinich.

entre sectores que pugnan por conservar el *statu quo* y aquellos que son permeables a los cambios. Además, por las particularidades mismas del campo literario, se plantea la dificultad de trazar una frontera nítida entre una perspectiva epistemológica y la que resulta del gusto de los lectores, o sea que diferencie lo que Mignolo llama el canon “epistémico” y el “vocacional” (1998: 245).

El canon es una categoría de análisis, como muchas otras que circulan en los estudios literarios: su pertinencia se define en estrecha relación con las perspectivas teóricas, ideológicas e históricas y con las prácticas que limitan la polisemia constitutiva del término. En ese territorio discursivo complejo que es el sistema literario se enfrentan, dialogan o confrontan principios estéticos, posiciones ideológicas, intereses políticos y económicos, elecciones teóricas y críticas. Un canon (o los cánones) permite descubrir, como un telón de fondo, esas fuerzas en pugna porque es un fenómeno de sentido y un hecho social materializados en conjuntos significantes, que en el caso particular de los estudios literarios se identifica con la producción teórica y metatextual que rodea a los textos literarios.

Al focalizar los procesos sociales es posible objetivar y circunscribir las razones históricas subyacentes que intervinieron —durante varias décadas— en la canonización de textos escritos fuera de la metrópolis. Por eso nuestras reflexiones se articulan con los enunciados expuestos en los prólogos de antologías de amplia circulación puesto que conforman un cuerpo estable y sistemático donde es factible observar criterios axiológicos, comentarios o frases hechas que se difundieron y luego incorporaron en el saber popular.

Desde otra perspectiva, consideramos la ambigüedad que presupone pensar en términos de *reconocer* u *olvidar* los textos, a menos que se aclare el alcance de vocablos cuyo uso excede los significados corrientes porque dependen del sistema productivo que los contiene y de las lecturas situadas en marcos espacio-temporales. Al examinar los presupuestos ideológicos que subyacen en la canonización de los textos, en el recuerdo u olvido de los mismos, aparecieron variables de un orden diferente al literario, que se enmarcan en las formas en que las comunidades “administran su identidad cultural” (Landowski, 1995:95-95). El análisis sociosemiótico de la oposición “reconocimiento / olvido” nos llevó a discernir los valores de ambos lexemas y la inestabilidad constitutiva de categorías que se significan en virtud del dinamismo de los sistemas literarios.

1. 2. El canon también es una contribución...

... Para interrogar al medio social y cultural donde estamos inmersos y ese es uno de los objetivos de este trabajo que intenta ampliar el conocimiento de los *habitus* locales y de la crítica en su conjunto, o sea de las relaciones de la actividad literaria con los dispositivos institucionales. Fijamos así una posición y sobre todo una idea de la literatura, a la que concebimos como una práctica social, fuertemente institucionalizada. El crítico español J.C. Mainer enumera en pocos trazos esas líneas de fuerza que actúan en las prácticas literarias: “la literatura es, a fin de cuentas, una institución que moviliza creencias y adhesiones, expectativas y prevenciones, aceptaciones y censuras, dineros e influencias” (1998:270).

Sin perder de vista las cuestiones generales vinculadas al problema de los cánones, la reflexión sobre éstos no desdeña atender a las móviles y cambiantes posiciones que en el juego social sitúan a los actores, a los textos y a las perspectivas conceptuales en lugares inciertos, jamás estables, más allá de la permanencia de categorías de análisis y valoración —como el regionalismo— que refutarían la inestabilidad mentada pero que paradójicamente nos mostrará la “inamovilidad” del espacio salteño.

El análisis, la descripción y la mirada reflexiva de los factores que intervienen en el reconocimiento y el olvido de los textos literarios sostienen una lectura entre otras posibles, cuyo objeto es también la lectura: aquella que promovió al rango de literatura argentina una franja mínima de la producción literaria de Salta. Preguntarnos por el canon y las tramas que los consolidan es indagar sobre la (s) lectura (s) que una cultura hace de sus productos artísticos y los modos de significar las relaciones de los textos con sus productores, lectores y el conjunto social al que pertenecen.

Para ello, se hace necesario analizar el problema de los reconocimientos como un resorte integrado en las dinámicas de los procesos donde se construyen las identidades sociales, tanto individuales como colectivas. Susana Cella puntualiza la importancia del problema cuando afirma “que el ‘canon’ es una manifestación sintomática de un debate mucho más amplio y profundo que es necesario protagonizar más acá y más allá de la especificidad literaria” (1998: 16). Esos deslizamientos sitúan el objeto de observación en la dialéctica entre lo general y lo particular en el mismo campo disciplinar, y lo arrancan de éste para observarlo en el campo más vasto de los intercambios sociales.

Si se consideran los objetivos enunciados, esperamos haber establecido con claridad el interés por reconstruir, sobre todo, los procesos que promovieron a algunos autores más allá de las fronteras provincianas, en consonancia con los fines de una investigación

centrada en el estudio de la problemática en Salta, una de las provincias más alejada geográfica y culturalmente del centro canonizador por excelencia, la Capital Federal, para analizar las causas por las que ciertos textos salteños fueron leídos y canonizados a nivel nacional, y ver paralelamente los reconocimientos realizados en la ciudad de Salta de textos letrados producidos en el interior de la provincia² (1999).

Estamos lejos de elaborar “listas” de lo que debe o no leerse: nos importa un estado de situación que excede los debates literarios y que se acopla inevitablemente a dominios donde —según las perspectivas teóricas o ideológicas que se asuman— el orden de lo político es tan importante como el literario; coincidimos con Cella en que “la idea de canon deja de ser sinónimo de lista de obras importantes” porque estamos ante una noción donde convergen las “evaluaciones sociales, condiciones de legibilidad e ilegibilidad y coyunturas históricas que fijan las reglas y los límites del arte” (1998: 14).

Finalmente, nos mueve la convicción de que observar el funcionamiento de la memoria cultural como legado de la tradición pero también alimentada, y a veces distorsionada por las vías más resistentes de la cultura y el poder local, puede incidir en una comprensión crítica, condición necesaria para las transformaciones de cualquier signo. En su reflexión sobre el canon, Jitrik sostiene:

Si el canon es un producto del cruce de códigos previamente consagrados en varios niveles —retóricas, gramáticas, preceptivas, etcétera—, es evidente que sus componentes proceden ante todo de una memoria cultural; este hecho propone el tema de la ‘tradición’ anexada a canon pero que también cubre la de la marginalidad[...]. Así, constituido o producido desde la memoria cultural, se explica que el canon tenga posibilidades de espontánea perduración, sólo limitadas, a veces, por un gesto crítico que disminuye su poder de imposición (1998: 26-27)

2. Lugares de enunciación de los cánones

² La cita condensa la descripción del proyecto que enmarca la publicación de este libro, dirigido por Elisa Moyano (directora) y Susana A.C. Rodríguez (co-directora) y fue tomada del protocolo presentado ante el CIUNSa en 1999.

Para abordar el problema que nos ocupa, recurrimos a las compilaciones en la que Enric Sullá, (1998) y Susana Cella, (1998) reúnen las polémicas suscitadas en EUA y las opiniones de críticos y escritores argentinos, respectivamente. La reorganización de los planteos teóricos más relevantes contribuye a pensar y significar los lugares enunciativos que, situados en un entorno particular (el campo cultural salteño y el campo cultural argentino), intervinieron en los procesos de reconocimiento y olvido de textos literarios salteños. Se sabe que la polaridad literatura nacional / literatura regional tuvo un rol decisivo en la circulación de los textos, por eso no puede soslayarse la contextualización del problema, en consonancia con lo dicho por uno de los teóricos consultados, Noé Jitrik :

El 'lugar' es predominante en el interés de esta reflexión, se trata del ámbito latinoamericano en el cual lo canónico ocupa un espacio productor bien definido, ya sea como tendencia a la norma, ya sea como capacidad para enunciarla y promoverla (1999: 33).

Las suspicacias que el tema puede producir son insalvables, toda vez que las discusiones sobre el mismo se originan en las universidades norteamericanas. Es moneda corriente creer que importamos teorías para pensar nuestros problemas. Esta falacia, que desde luego tiene un sustento ideológico, confunde a los lectores menos especializados y oculta que el mito de la originalidad es cosa del pasado; entre los textos literarios, académicos y teóricos se tejen redes infinitas, y en las voces de escritores y estudiosos resuenan los decires de otros, de ese inmenso rumor que circula en el tráfico cultural.

Si retornamos al material mencionado, advertimos que los lugares de enunciación de los cánones pueden ordenarse en cuatro ejes no excluyentes: el político, teórico-crítico, educativo y el que generan los mismos escritores. El examen de estas instancias enunciativas muestra que entre ellas se producen intersecciones constantes, y relaciones que van de la oposición a la complementariedad. En este apartado nos centramos en el marco político, en las disposiciones de la crítica y en la mirada de un escritor salteño, Walter Adet, mientras que los cánones escolares se analizan en 3.2.

2.1. Canon y determinaciones políticas

Enric Sullá describe el proceso cultural que vive EUA en los siguientes términos:

La sociedad norteamericana de los últimos veinte años se ha convertido, debido a la constante emigración, integración y ascenso social de los descendientes de los nuevos ciudadanos, en un conglomerado de razas, lenguas y culturas, expresado mediante el marbete de “multiculturalismo” que suscita tanto problemas de identidad individual y colectiva [...] como la imperiosa necesidad de asegurar una cohesión lingüística y cultural (1998: 14).

Una lectura atenta del fragmento pone en evidencia esa imbricada red donde se conjugan las fuerzas sociales e históricas con las orientaciones culturales y nos remite inevitablemente a las consideraciones de Bourdieu sobre el carácter lábil del campo intelectual, y su condición subordinada a estructuras sociales con mayor poder. La relación *dominante-dominado*, frecuente en sus teorizaciones, explica la ingerencia de actores ajenos al campo específico, quienes pueden sancionar y apoyar políticas adecuadas a los intereses de turno. En el caso de los países del norte, el ejemplo paradigmático de esas intervenciones se figurativiza en William Bennett. Funcionario del área educativa durante el segundo mandato de Reagan, defendió “una lista de autores que representarían ni más ni menos que ‘la cultura occidental’, [...] un canon, representativo de los valores de la clase dominante”, valores que hallarían en la literatura, según esta perspectiva, el expediente para su consolidación y difusión. (Sullá, 1998: 15). Las manipulaciones que el poder político ejerce en los diseños curriculares del área educativa no quedan sólo restringidas a ese sector y se extienden a las políticas de publicaciones subsidiadas por organismos oficiales, de los premios y otros componentes de la institución literaria.

Después del ejemplo citado, la idea de un canon abstraído de las condiciones bajo las cuales es producido y recibido resulta inadmisibles. Además pone en jaque la verosimilitud de una propuesta como la de H. Bloom que, asentada en “principios estéticos”, desideologiza las pretensiones canonizadoras, como si aquellos tuvieran una existencia ahistórica y al margen de lo social. En esa omisión flagrante hay un acto de avasallamiento que, por lo menos, subestima el alcance de un problema que —aunque restringido a las polémicas de ciertas comunidades discursivas— no puede borrar su origen social ni los intereses en pugna por modelizar no sólo el gusto, sino también las conciencias.

Si volvemos la mirada sobre la historia literaria y social de nuestro país, se hacen evidentes las semejanzas entre la necesidad acuciante, descritas por Sullá, de “asegurar una cohesión lingüística y cultural” frente a la amenazada “identidad individual y

colectiva”, y la que se impuso en la Argentina a comienzos del siglo XX, momento en que las políticas inmigratorias pusieron en riesgo la *argentinidad*. Conocemos la respuesta afanosa de los intelectuales “fuertes” del momento que, entre otras estrategias, buscaron “un poema nacional” como modelo de identificación y de exaltación de los valores y los rasgos singulares del hombre argentino. Su vocero más visible fue Leopoldo Lugones, en las conferencias dictadas en el Teatro Odeón, en 1913, las que contaron con la asistencia de políticos e intelectuales relevantes de la época³. Desde una perspectiva sociológica, Altamirano observa que el problema de la fundación de la literatura argentina está más allá del campo literario, como lo demuestran las discusiones sobre el carácter épico de *Martín Fierro*. Si bien se pusieron en juego claves preceptivas y de “la historiografía literaria”, en su versión decimonónica contaminada por las ideas positivistas como “el medio”, “la raza”, el problema de fondo lo constituía la definición de nuestra nacionalidad, como se infiere de la valoración que Lugones hace de Sarmiento y Hernández:

El país ha empezado a *ser espiritualmente* con esos dos hombres. Ellos presentan el proceso fundamental de las civilizaciones, que semejantes a la Tebas de Anfión, están cimentadas en cantos épicos. Así, es una verdad histórica que los poemas homéricos formaron el núcleo de la nacionalidad helénica. Saber decirlos bien era el rasgo característico del griego. Bárbaro significaba revésado, tartamudo: nuestro *gringo*. (Altamirano, 1997: 204).⁴

Se reconocen en la cita tres núcleos de sentido —la identidad espiritual, la nacionalidad y una xenofobia inequívoca— que legitiman nuestra analogía entre los intentos homogeneizadores de los países del Norte y los de la Argentina en las primeras décadas del S. XX, así como la concepción de que las lecturas sociales de los textos pertenecen a un campo más vasto que el literario. Preguntarse por el canon es también indagar sobre “el estado de una cultura”, sobre las ideas dominantes de literatura pero también sobre las “formas de apropiación de espacios sociales, institucionales y políticos” (Cella, 1998:15)⁵.

³ Se suma el efecto publicitario de la encuesta de la revista *Nosotros*, que pregunta: “¿Poseemos un poema nacional en cuya estrofa resuena la voz de la raza?” [...] “¿Es el poema de Hernández una obra genial de las que desafían los siglos o estamos creando por ventura una bella ficción para satisfacción de nuestro patriotismo?” (Altamirano – Sarlo, 1997: 201).

⁴ Altamirano toma la cita de *Historia de Sarmiento*, libro publicado en 1911.

⁵ La autora aclara que “Dominios de la literatura involucra la pregunta por una especificidad tanto como por la delimitación de un campo y la concepción de éste como espacio de tensiones: campo de fuerzas, atracciones y rechazos.

Lo expuesto pone en evidencia esa estrecha relación entre literatura y sociedad. Si los ecos de la estética romántica y sus tópicos: la identidad de los pueblos, el mito de la raza, la tradición, saturaban el ambiente intelectual por un lado, por otro se añaden las urgencias históricas como eran la formación y fortalecimiento de los estados nacionales en el continente. Ambas fuentes confluyeron en el binomio *nacional* versus *regional*. Estas categorías construyeron determinados sujetos y enunciados en el juego dialéctico entre “inclusión-exclusión, ortodoxia-herejía” (Foucault, 1980: 17) y su eficacia en la distribución de la literatura adquiere un valor doctrinal que se difundirá gracias a la aceptación tácita o explícita de las mismas *verdades* y las mismas reglas.

Las regulaciones “externas e internas”⁶, (afianzamiento de la nacionalidad y consolidación del campo intelectual) configuran un discurso crítico coherente con los trayectos políticos y culturales de un país que se buscaba a sí mismo. Las transformaciones que la modernización (iniciada hacia la década del 20)⁷ provoca en las relaciones económicas, sociales y en las configuraciones urbanas, se traducen en la búsqueda de una gramática identitaria que resuelva las tensiones entre dos espacios “más simbólicos que reales: el campo y la ciudad” (Sarlo, 1988: 31-33). La región pasa a constituirse en un *locus amoenus* donde perviven

“usos, costumbres, tipos, actos y gestas que se consideran pilares en la constitución de nuestra nacionalidad” y pertenecen a un “pasado común” que se puede oponer al “alud inmigratorio” en un programa tendiente a combatir “la heterogeneidad cosmopolita de Buenos Aires” (Romano, 1971: 13)⁸

La dimensión política que subyace en las búsquedas identitarias, en los discursos homogeneizantes, proyecta sobre el campo intelectual un *deber ser* que se traduce en la adscripción decisiva de algunos textos a universos de sentido funcionales a los grupos que detentan el dominio simbólico. En nuestro país el *Martín Fierro*, que había sido ignorado por las elites ilustradas, pasó a convertirse en el texto representativo de la

⁶ Equivalentes a “los procedimientos de control y de limitación del discurso” de los que habla Foucault, los que pueden ser externos, aquellos que funcionan como sistemas de exclusión, e internos, como los comentarios.

⁷ Beatriz Sarlo (1988) sintetiza ese proceso cuando describe los cuadros que entre 1924 y 1929 expone Xul Solar: lo que “mezcla en sus cuadros también se mezcla en la cultura de los intelectuales: modernidad europea y diferencia rioplatense, aceleración y angustia, tradicionalismo y espíritu renovador, criollismo y vanguardia [...]” para añadir que frente a los cambios y transformaciones, “la cultura suele elaborar estrategias simbólicas y de representación que, convertidas en tópico, han merecido el nombre de “edad dorada”. Un viejo orden recordado o fantaseado, es reconstruido por la memoria como pasado. Contra este horizonte se coloca y se evalúa el presente” (p.15 -31)

⁸ Ver esta oposición en el capítulo III.

argentinidad gracias a un desplazamiento que acentúa el carácter subordinado de ciertos modos de *consagración* y reconocimiento⁹ de la producción literaria. Cuando se involucran las identidades nacionales, como en las dos situaciones descritas, las intenciones homogeneizadoras se concretan en políticas culturales que diseñan modelos de lectura y de valoración de los textos (y su contracara, de escritura), reproducidos por el sistema educativo y las editoriales.

2.2. Canon y crítica

Ciertamente, el valor social de los textos proviene de la relación dialéctica entre el conjunto de los textos literarios y la producción metatextual que los rodea. Ni la calidad de las obras ni su adecuación al, por otro lado, controvertido concepto de “literariedad” garantizan su circulación. Otros factores facilitan o restringen su existencia o visibilidad social; entre ellos, la lectura crítica tiene —en las sociedades modernas— un papel decisivo puesto que construye el sentido público de los objetos artísticos.

El acto de leer no fue nunca ajeno a determinaciones de carácter social. Recordemos la novela de Umberto Eco, *El nombre de la Rosa* que tematiza las pre(pro)scripciones de lo legible durante el siglo XIV. Bourdieu, refiriéndose a la actividad artística y literaria del siglo XIX de la sociedad francesa, destaca que cuando aquélla se libera de la “tutela de la aristocracia y de la iglesia” (1967: 136-137), surgen formas específicas de legitimación cultural sustentadas en principios intelectuales, que conformarán así las disciplinas que estudian los productos de esas prácticas y que integran el campo intelectual. Altamirano-Sarlo recalcan la pertinencia de una noción que, aún cuando designa un “área diferenciada dentro de una sociedad y un estado nacionales” resulta operativa para comprender el surgimiento de las instituciones culturales en las sociedades latinoamericanas, a las que caracterizan como

[...] sociedades con estructuras capitalistas, como la constitución de un mercado de bienes simbólicos y la división del trabajo cultural lo pone de manifiesto. De ahí que su producción literaria puede participar también, todo lo contradictoria y ambiguamente que se quiera, de los rasgos y temáticas inherentes al campo intelectual de las sociedades burguesas modernas (1983: 89)

⁹ Aunque no todo proceso de canonización se explica desde esta perspectiva, la dimensión política tiene una importancia sustancial que se traduce en políticas culturales y educativas.

La consolidación progresiva de los códigos y prácticas que constituyen la institución literaria, viene acompañada por el desarrollo de la crítica literaria y el rol de las editoriales que no sólo orientan el gusto sino que “consagran”. La relación entre el público y la literatura aparece tamizada por otras voces que ponen en escena una creciente complejización de la cultura y de las prácticas lectoras. Jitrik refiere que, entre otros desplazamientos habidos desde el siglo XIX, “el editor, que teóricamente es sólo un momento de la cadena productiva, en tanto interpreta el circuito de la cadena económica, produce canon y quizá con más fuerza que nunca [...] directa o indirectamente” (1998: 29).

El mercado editorial, atento a las demandas del público, no tardó en convertirse en una sólida empresa que asimiló la producción artística, la crítica y las demandas de los consumidores. Eduardo Romano precisa las motivaciones nada gratuitas que a veces se juegan entre bambalinas cuando afirma que en las primeras décadas del siglo, “la formación de un público mayoritario con nuevas necesidades de consumo, la avidez por asuntos melodramáticos motivó a las editoriales que obtenían rápidas ganancias a bajo costo” (1971: 19).

Al diversificarse los mecanismos de consagración intelectual y artística, la industria editorial prestigia su labor convocando a especialistas que detentan la autoridad del lector profesional. Se institucionalizan ciertos circuitos de difusión de las obras literarias que rebasan las exigencias del campo artístico y satisfacen las peticiones de otras áreas, en particular la educativa. Las antologías para el consumo escolar van acompañadas de estudios preliminares, notas, glosarios, comentarios, orientaciones para el trabajo en el aula. La inclusión de unos autores y no otros van determinando los lugares de los artistas y revelan “el sistema de relaciones sociales” que se tejen entre los actores “que constituyen el campo intelectual en un momento dado” (Bourdieu, 1967: 153). Como objeto de estudio, esos *escritos al margen* de la literatura permiten un recorrido por las lecturas que la institución literaria ha hecho de escritores del interior, y que formaron el gusto de varias generaciones, según principios que se expondrán en el apartado 3.2.

Si se acepta que la práctica mejor formalizada y sistemática con que cuenta la institución literaria para el reconocimiento de los textos es la crítica, se hace necesario aclarar que hasta su constitución como una disciplina autónoma, su ejercicio estuvo en

manos de escritores¹⁰, periodistas u otros lectores más o menos calificados, pero sin formación profesional específica. En tanto intervienen en los reconocimientos / olvidos, sus propuestas pueden integrar algunos de los niveles propuestos por Walter Mignolo:

A nivel vocacional, un canon literario debería verse en el contexto académico (¿qué debería enseñarse y por qué?). A nivel epistémico, la formación del canon debería analizarse en el contexto de los programas de investigación, como un fenómeno que debe ser descrito y explicado (¿cómo se forman y transforman los cánones? ¿qué grupos y clases sociales se representan mediante el canon? ¿qué esconde el canon?) (1998: 245)

Esa diferencia nos resultó muy productiva para abordar un problema en el que se aúnan las dificultades para recortar el objeto de los estudios literarios —objeto que “es y seguirá siendo inaprensible”, según Angenot (s/f, b: 89-90)—, la polisemia constitutiva de los reconocimientos de la literatura y las pluralidades textuales en que se concretan.

En la crítica literaria académica confluyen los paradigmas teóricos del saber universitario que procura objetivar el estudio de los textos; por consiguiente, está sometida a las transformaciones disciplinares. Aunque posterior a la producción artística, su papel en la divulgación tiene un carácter mucho más sistemático que la de los escritores, sobre todo en un campo intelectual afianzado en órganos institucionales específicos como la universidad, las revistas especializadas, los debates.

Las tensiones entre la crítica *externa* e *interna*, muestran que en la producción de conocimientos sobre la literatura se entrama una polifonía discursiva que además absorbe “comentarios, juicios sobre las obras literarias, afirmaciones normativas sobre qué es la literatura o qué debería ser” (Mignolo, 1998: 244). El volumen crítico producido va configurando una memoria cuya difusión y expansión hacia otros sectores sociales se hace a través de reseñas, entrevistas, prólogos a los textos y presentaciones de los libros.

En el campo cultural salteño, el surgimiento tardío de una crítica especializada contribuyó a enmascarar las tensiones inherentes a toda formación social, aunque en las opiniones de algunos escritores se lee la percepción de los conflictos. La afirmación de Walter Adet es ejemplar en este sentido:

¹⁰ En Los comentarios periodísticos de Manuel J. Castilla en dos décadas de producción crítica en Salta (1960-1970) me refiero en forma más detenida la crítica elaborada por los poetas. Cuadernos de Humanidades n° 15, en prensa.

[...] Salta también supo condecorar con salivazos a más de uno que la honró con su talento. El premeditado olvido y la deliberada indiferencia cayeron muchas veces sobre páginas puras, confabulados con la mediocridad y el jactancioso localismo. Y más de un luminoso visitante recibió en pago una moneda huraña y cruel.

[...] Diré también que en Salta hubo siempre interesados en elevar a prócer de la literatura a cualquier autor de malos versos, a condición de que éste ostentara un apellido tradicional (1973: 19).

Por encima de las particularidades provinciales, es indiscutible que los procesos discursivos que subyacen en la constitución de cánones de variada índole y los principios —estéticos, políticos o de otro orden— que los fundamentan se inscriben en la ingente masa crítica acumulada por los estudios literarios y explican por qué el canon es un fenómeno de sentido y no una entelequia o un lugar vacío, resultado de alguna abstracción más o menos feliz

La canonización de los textos puede responder a políticas expresas, con objetivos más o menos precisos que generan en el campo cultural la necesidad de acompañar las formulaciones programáticas de un sector. En este caso, estamos ante procesos históricos que se desenvuelven entre determinados hitos temporales y que formulan reglas y límites para la producción artística, casi siempre implícitas en las valoraciones y los reconocimientos que la institución literaria realiza. Los cánones que emergen en estas condiciones se imponen como “formas racionales de articulación social; su generación y su control están en manos de enunciadores de poder”, y su medio de afianzamiento es la crítica, que “fue pasando de su papel de vigilante del cumplimiento del canon a productor de canon ella misma, ya sea ocupando lugares sociales de producción —la universidad—, ya compitiendo con los cánones previos y creando otros nuevos —el periodismo—” (Jitrik, 1999: 28).

Desde esta perspectiva, al indagar sobre los fenómenos que acompañan a la producción de cánones, se hace necesario preguntarnos por los actores sociales que intervienen en su constitución, por las fuerzas sociales que aparecen representadas, por las funciones que cumplen en un estado de sociedad determinado. En otros términos, por la situación de enunciación en la que se producen.

2.3. Una mirada situada

Cuando se leen los testimonios de escritores, no es difícil conjeturar que las distancias entre escritores y estudiosos de la literatura son más figuradas que reales. Ya

citamos un fragmento del “Prólogo” que Walter Adet escribe para su “generosa recopilación” como llama al ambicioso proyecto que recoge bajo el título de *Poetas y prosistas salteños. 1582—1973* (1973: 7-25). En ese texto preliminar, el escritor salteño describe la vivencia de un lector competente (“Salta fue entonces a mis ojos un largo y bilioso otoño de libros deshojándose”) que busca conocer lo producido en su provincia para rescatarlo del olvido:

Mucha tinta pasó bajo los arcos de la frente desde la fundación de Salta a nuestros días, y es un río de aguas turbias y servidas, pero también de sangre y de lágrimas purísimas. Un río cuyo cauce sepultado desenterré penosamente aflorándolo a parpadear a la intemperie.

Cuántos de sus afluentes, de sus poetas malventurados, volvieron a sumirse con la primer lectura y qué inútil entonces mi labor de arqueología literaria o de recopilación de arcaicos renglones empolvados.

Qué ingenuo y sin justificación en tales casos mi intento de repasar todas las letras de Salta y de resucitarlas o sobresaltarlas en su olvido.

Pero hurgando en trastiendas y anaqueles, hojeando crocantes pergaminos, empecé también a preguntarme qué saldo deja una literatura que anduvo en manos de religiosos y familias principales durante casi cuatro siglos de vida intelectual.

Leí pacientemente las arrugadas páginas, dejé oscilar en los platillos el aire gramo a gramo.

Y vi que la balanza arroja grandes nombres, definitivamente incorporados a la historia de las letras argentinas, pero que deja también un embalsamado cardumen de poetas pasatistas, turistas de la poesía o de la versificación.

¿Por qué ocultar esta verdad en nombre de un mal entendido fervor comprovinciano?

[...] Hubo que entrar en mausoleos y sarcófagos, desenterrar años y años de escribir sin deseos de perduración literaria y sólo a la búsqueda de encender en los pechos el fervor patriótico o de afianzar al pueblo en el culto y en la fe.

[...] Quede en claro que esta obra no es una antología sino una generosa recopilación; hubo que dejar propósito crítico y rigor selectivo de lado y hacer oídos sordo a los propios y personales rechazos y objeciones.

Pero cuidando sin embargo mostrar, junto a las realmente grandes o mejores, páginas aceptables o cuando menos reveladoras de algún dominio de las formas. No hay en este libro omisiones importantes, y quien repare en algunas tendrá que convenir en que se trata de obras menores, huérfanas de divulgación o tan intrascendentes que habrá de eximirseme de culpa por dejarlas de lado. (1973:7-9)

En el fragmento se entraman los sutiles hilos de una conciencia lúcida sobre el quehacer literario y las determinaciones que lo rodean. Si bien su texto se inscribe en la modalidad crítica que Altamirano-Sarlo identifican con el “ejercicio del gusto y la sensibilidad” (1983: 94), la nómina de los escritores incluidos documenta una producción de la que no se tiene noticia y que contrasta con la que se lee efectivamente, sea en el ámbito educativo o fuera de él; se comprobó que muchos de esos nombres *desempolvados* son casi desconocidos. El prólogo de Adet, publicado hace treinta años, lejos de las discusiones académicas sobre el canon, testimonia sin embargo como el

problema de los reconocimientos / olvidos excede las modas y los debates animados por las instituciones. Motivado por un deseo *casi natural* de organizar la producción literaria, su gesto confirma aquello de que las sociedades necesitan darse un canon, aunque no haya una voluntad canonizadora explícita por parte del autor. En el relato de su experiencia, algunas expresiones van dibujando una toma de posición, así como las posiciones y disposiciones a las que refiere Bourdieu en sus teorizaciones sobre el campo intelectual (1995: 342 ss). Destacamos la importancia de esa compilación ya que esos textos *olvidados* en “trastiendas y anaqueles”, o “en crocantes pergaminos”, “o en mausoleos y sarcófagos”, según ironiza el escritor, son las huellas tangibles de los libros que no se leen, “tan antieconómica es la literatura” (Gramuglio, 1998: 131).

Nos parecen valiosísimas las percepciones de Adet sobre la literatura, su capacidad para discernir las fuerzas sociales que intervienen en la producción, sus juicios como gesto inevitable del buen lector, porque tienen el espesor de esos enunciados inaugurales que preceden a toda formalización disciplinar. Su lectura fue un estímulo para nuestro trabajo crítico; las palabras preliminares del poeta salteño refieren a los aspectos que interesan a la sociología del arte u otras áreas:

- a) El campo intelectual, las instancias de producción y legitimación, el grado de autonomía de la práctica literaria en Salta se infiere cuando caracteriza a “una literatura que anduvo en manos de religiosos y familias principales durante casi cuatro siglos de vida intelectual”.
- b) Un modo de reconocimiento de los textos basado en la mayor o menor manipulación del lenguaje: “Pero cuidando sin embargo mostrar, junto a las realmente grandes o mejores, páginas aceptables o cuando menos reveladoras de algún dominio de las formas”.
- c) La circulación efectiva de los textos, cuando dice que en su libro “no hay omisiones importantes”, y si las hubiere “se trata de *obras menores, huérfanas de divulgación* o tan intrascendentes...”
- d) La crítica a una concepción de la literatura subordinada a motivaciones ocasionales y que lleva a “escribir sin deseos de perduración literaria y sólo a la búsqueda de encender en los pechos el fervor patriótico o de afianzar al pueblo en el culto y en la fe”.
- e) La diferencia entre “antología” y “generosa recopilación” presupone los límites que establece entre una selección crítica y una menos rigurosa.

- f) Finalmente una forma de historiar la literatura, que no apela a los clásicos esquemas de periodización y se limita a ordenar cronológicamente los autores y los textos.

3. El regionalismo: de un proyecto político a una retórica metatextual

En este punto de nuestro trabajo, nos abocaremos sobre todo a relevar las huellas del regionalismo como estrategia que otorga sentido según se constata en los estudios preliminares de antologías destinadas a la difusión en las escuelas. Expondremos brevemente los supuestos que nos llevan a enfatizar la dimensión política subyacente en la estética regionalista, para explayarnos en las particularidades de ese tipo textual que contribuyó con eficacia a la consolidación de una retórica cuyo carácter modélico se expandió a la escritura y a la valoración de los textos hasta avanzado el siglo XX.

3.1. Unidad nacional y unidad cultural

Al afirmar que el regionalismo fue la expresión cultural inseparable de los proyectos ocupados en construir la identidad nacional, acentuamos el proceso institucional —y por ende externo— que sancionó las gramáticas de producción y de reconocimiento de la literatura escrita en provincias. Como respuesta cultural de larga permanencia en nuestro país¹¹, pero sobre todo en las provincias, el regionalismo se puede historiar, ordenar cronológicamente, contrastar las posturas, el surgimiento de grupos que procuraron resistir o revertir —muy avanzado el siglo XX— la centralización del poder en Buenos Aires. Entre ellos, ese proyecto que en Tucumán, bajo el nombre de NOA cultural, puso en marcha una política de autolegitimación, según se lee en el primer número de la revista *Cuadrante*¹². Entre estas múltiples posibilidades, cabe una de no menor importancia como la elaboración de ciertos “principios” asumidos primero por los escritores y luego afianzados por las lecturas

¹¹ Aníbal Ford, de quien tomamos conceptos fundamentales como se verá enseguida, señala al regionalismo como “una de las instancias básicas del proyecto político-cultural que desarrolla la oligarquía” de fines del siglo XIX, en la que además se fijan “ciertos rasgos con tal fuerza que éstos terminarán siendo aceptados en gran medida como naturales y universales por otras capas sociales cuyos intereses son, sin duda, muy diferentes (1987: 224)

¹² Revista publicada por el Centro de Estudios Regionales, que aparece por primera vez en 1974. Entre sus objetivos cuentan “fomentar el estudio de la realidad del noroeste, promover la publicación y crear una editorial del NOA al servicio de los autores e investigadores de la región tendientes a afianzar los rasgos de nuestra cultura y al mismo tiempo liberar nuestra expresión de la hegemonía capitalina” (s/p).

críticas. De allí que me interesa precisar las líneas de sentido sostenidas por un proceso político¹³ y concretadas en ciertos dispositivos enunciativos al servicio de la *illusio* a la que refiere Bourdieu, “creencia colectiva en el juego y en el valor sagrado de sus envites” (1995: 340)

A propósito de ese proyecto estético que acompañó las búsquedas de la identidad nacional, Aníbal Ford sostiene:

Hacia los últimos años del siglo XIX, años en que la realidad argentina experimenta transformaciones decisivas, comienza a consolidarse una corriente literaria que se propone explorar el interior del país. En general se ve a esta corriente como la restauración de los viejos proyectos románticos sobre una literatura nacional (relevamiento de tipos paisajes y costumbres) o como el reflejo de la literatura sobre las patrias chicas (el regionalismo agrario y tradicionalista) que en esa época crece en Europa frente a los procesos de industrialización y concentración urbana [...]. Pero esta literatura sobre el interior que comienza a desarrollarse en Argentina es algo más que el rescate de las propuestas de Echeverría o que la simple aplicación de las teorías de los regionalistas europeos: es una respuesta cultural determinada por un contexto histórico concreto y particular (1987: 221)

Las diferencias postuladas por Ford respecto a la tradición que arranca a mediados del siglo XIX se apoyan en el análisis de “dos series de factores” eminentemente políticos que “presionaron con fuerza los procesos culturales en esos años en que se configuran líneas básicas y persistentes de la cultura nacional” y que lo llevan a distinguir entre “literatura urbana” y “no urbana”. Dentro de esta línea distingue el “ruralismo bonaerense” que genera una “literatura sobre los campos productivos, especialmente erigida [...] como modelo literario oficial y portadora de la mitología nacional”, aunque la contribución fundamental para estas reflexiones es ese límite que traza con “una literatura sobre *las otras zonas rurales*[...] a la cual se aplicará el rótulo de *regionalismo*, término que indudablemente no sólo es descriptivo (223-224; el énfasis es nuestro).

Los juicios precedentes se complementan con las afirmaciones de Eduardo Romano sobre el discurso crítico para quién las “formulaciones teóricas” de J. V. González y Rafael Obligado consagran la literatura “nativista”¹⁴ como concepción literaria “afín con el nacionalismo liberal en la década de 1880”:

A Obligado le cabe también la prioridad de planear una literatura nacional que sea la hipotética suma de las diferentes apropiaciones simbólicas de los paisajes regionales.

¹³ En el capítulo III se desarrollan en forma exhaustiva los presupuestos.

¹⁴ En el estudio de Romano, el término “nativismo” equivale al “regionalismo” del que habla Ford.

Una tarea reservada a los miembros artistas de las familias patricias¹⁵, según lo que le escribe a González cuando lee el manuscrito de *Mis montañas* (1999: 194-195).

Estos avances programáticos hallarán el cauce institucional adecuado cuando en 1913 se crea la cátedra de Literatura Argentina, instancia decisiva que marca, a nuestro entender, la “oficialización” en el campo específicamente literario de principios rectores que debían estar a tono con la “misión” de la literatura adjudicada por el discurso político:

Primero, porque Rojas estableció con erudición y probidad un campo de estudio, del cual surgiría su monumental *Historia* [...]; segundo porque fijó un criterio (nativista) para decidir lo que debía entenderse por literatura nacional, centrado más que nada en lo referencial. Ya en la lección inaugural (7-VI-1913), Rojas afirmaba que buscaría conjugar ‘las materias de entonación nacional: paisajes, hombres, árboles, trajes, voces, mitos, emociones, cuanto constituye la tierra y el alma nativas’ y los ideales universales, es decir de prosapia grecolatina’. Luego [...] profundizó tales anuncios con un esquema que fundaba nuestras letras en la continuidad folklore poético-literatura gauchesca (1999: 200-201)

Aunque parezca taxativo afirmar que el proyecto político antecedió al canon, los testimonios de escritores, intelectuales y otros hombres comprometidos con el quehacer cultural son elocuentes. Ya hemos mencionado la intervención de Lugones en el desplazamiento valorativo que el texto de José Hernández tuvo en el campo literario durante la década del 20; como éste, muchos otros argumentos nos asisten en la hipótesis de que a partir del afianzamiento del campo intelectual en la Capital del país¹⁶, y con el vertiginoso crecimiento de los medios periodísticos que ponían al alcance de la mano los debates, se produjo un proceso de *retorización* en el sentido de que hubo una apropiación de enunciados, imágenes, evaluaciones de los intelectuales de las primeras décadas que circularon y se fijaron como un repertorio de fórmulas estables. Recordemos que “las revistas son un instrumento privilegiado de intervención en el

¹⁵ El prólogo que el Dr. Cortazar escribe para la publicación de *El viento blanco* y otros relatos no escapa a este fuerte condicionamiento según se colige del pasaje siguiente: “Del pasado local prestigioso llegan hondas raíces que contribuyen a configurar la personalidad de Dávalos. Sus vínculos de sangre con encomenderos y con gobernadores realistas, con caballeros agauchados en sus fincas y con hombres eminentes de la ciudad, por una parte, y por otra su conocimiento directo de las diversas regiones de la ‘patria chica’, en las que vivió con libérrima plenitud, compenetrando su alma con el paisaje” (1963: 5-6)

¹⁶ Altamirano y Sarlo refieren las transformaciones del campo intelectual acompañadas al “proceso más vasto de modernización que afectaba a la sociedad argentina y que había recibido su impulso más resuelto en la década del 80”. Añaden que entre las consecuencias, “la más significativa —por la larga repercusión de algunos de sus planteos, por el peso cultural de las figuras empeñadas en su difusión— fue la suscitada en torno a la identidad nacional (1997:161-162)

nuevo escenario. Grandes líneas de la cultura argentina se presentan e imponen en las revistas de los años veinte y treinta” (Sarlo, 1988a: 27).

Los ecos de las disputas llegarán a las provincias, el proyecto para el interior del país estaba implícito en la “pastoral”¹⁷ que se construye ante el aluvión inmigratorio y las respuestas se conjugarán en mayor o menor medida con las expectativas de los intelectuales provincianos.

Situados en el ámbito literario, se hace necesario precisar que no hubo un cuerpo de reglas preestablecido aunque no por eso se contradice el carácter canonizador del regionalismo; los cánones no están escritos generalmente, sino que resultan de los códigos consensuados por quienes legitiman la producción cultural. Si bien no fue un dogma inapelable ni prescribió la práctica literaria de manera explícita, sí tuvo el rango de una estética “deseable”, de un bien a alcanzar en nombre de la mentada unidad nacional y cultural. El modelo, surgido en el ámbito de los debates intelectuales de las primeras décadas y prestigiado por quienes ostentaban *el saber*, no tardaría en incorporarse al imaginario colectivo, al conjunto de lo *decible* y escribible. Resulta ilustrativo leer la caracterización de David Lagmanovich de la producción poética del Noroeste que surge hacia la década del 40:

Si estos son los testimonios de la historia y de la geografía, casi es innecesario decir [...] que no vale la pena exigir [...] una definición estética a la literatura, y especialmente a la poesía, que se hace en el Norte de la Argentina. Esta poética está todavía por hacerse [...] está haciéndose constantemente desde las líneas de cada una de esas obras. Puede sin embargo señalarse, sin ánimo de extraer conclusiones definitivas, algunos rasgos fundamentales: la proximidad a las fuerzas elementales de la tierra y el paisaje [...]; la preocupación por el hombre de estas regiones latinoamericanas, criollo, indio o coya [...], la transfigurada versión de una solitaria vida provinciana [...] y una intensa y vital necesidad de comunicación a través del canto [...] (1966: 139)

Las huellas del regionalismo perviven hoy en la repetición de enunciados y clichés que reaparecen en festivales folklóricos, espacios donde concurren artistas “consagrados” y otros en busca del espaldarazo que los catapulte a tablados “más visibles”. Si muchos de ellos participan con la sinceridad del hombre campesino, el entorno monta un espectáculo que echa por tierra cualquier ingenuidad: la selección de los temas musicales, el discurso plagado de lugares comunes de los conductores (que

¹⁷ Nombre de un género discursivo. Para Sarlo, formaliza el tópico de la “edad dorada” según su caracterización de una literatura opuesta a la modernización urbana. “El tópico de la ‘edad dorada’ es la configuración literaria de la estructura ideológico-afectiva que emerge de las desazones causadas por lo nuevo. [...] la edad dorada campesina es una reconstrucción imaginativa del pasado; [...] como tópico es especialmente permeable a las operaciones de una ideología conservadora” (1988b: 32-33). Esta cuestión se desarrolla con mayor profundidad en el capítulo III.

machacan con la patria, lo nuestro, la esencia de la tierra, las raíces ancestrales de la raza), las prácticas que se estimulan en tales eventos (abundante alcohol, coqueo), los obsecuentes agradecimientos al intendente de turno, y algún funcionario que puede mostrar (se) la ‘acción del gobierno’, son entre otros, los ingredientes que “condimentan” la puesta en escena de las manipulaciones del discurso político sobre las prácticas culturales.

El diseño de una estrategia de unificación cultural no tardó en convertirse en el referente por antonomasia para escritores y críticos, aunque los primeros son los que contribuyen a su afianzamiento según asevera Romano: las “adhesiones a una u otra poética [nativista o reformista] parten de los mismos escritores que las practican” puesto que “no existe todavía una crítica que tome partido decididamente en una u otra dirección” (1999: 195).

Sin embargo, lo llamativo es la expansión del fenómeno; si en las primeras décadas del siglo XX, no hay una crítica consagratoria, no ocurrirá lo mismo después de los 50, momento en que políticas editoriales de sostenida permanencia popularizarán las convenciones legitimadas ya en el campo literario. Los prefacios de algunas antologías muestran la intersección entre la eficacia política del discurso homogeneizador, las lecturas críticas y las publicaciones para el consumo escolar.

3.2. La retórica regionalista en las mediaciones metatextuales

[...] hay que reemplazar la cuestión ontológica por la cuestión histórica de la génesis del universo en cuyo seno se produce y se reproduce sin cesar, mediante una auténtica creación continuada, el valor de la obra de arte, es decir el campo artístico.

Pierre Bourdieu

En el desarrollo de este apartado, se usará el término regionalismo en el sentido precisado por Wellek para acotar el alcance de otra noción, el realismo, tan abarcadora como la que nos ocupa; esto es, como “un concepto regulador, un sistema de normas que domina un momento específico, cuyo surgimiento y posible declinación sería posible delinear, y al que podemos separar, con toda nitidez de las normas de los períodos que le precedieron y siguieron” (1983, s/p). Las regulaciones se concretan en los textos literarios como predominio de convenciones temáticas y formales, y en las lecturas críticas como disposición a captar y apreciar determinados tópicos. Se

conforma así un conjunto textual en el que sus componentes guardan una estrecha relación entre sí. La elección genérica tampoco es aleatoria: la preferencia por el cuento garantiza, gracias a las particularidades del texto narrativo, la construcción de universos análogos al “mundo real”. Eduardo Romano, al referirse a la evolución de la narrativa breve del S. XX, considera las variantes del regionalismo¹⁸ para su clasificación y afirma que el cuento regionalista es

[...] un tipo de relato muy arraigado en nuestra expresión, hasta el punto de que, en cierto modo, se mantiene inalterable desde su aparición, a fines del siglo XIX, hasta la actualidad. La actitud del narrador consiste en recortar un trozo de mundo característico cuya particularidad geocultural condiciona personajes, sucesos, situaciones y ‘traducir en palabras su peculiaridad. Cumple así la literatura una *tarea secundaria de ilustración frente a la realidad*, en la cual hallará *significados extraliterarios conclusos* a los cuales comentar (1971: 11-12).¹⁹

La descripción de Romano contrasta, según veremos enseguida, con otros estudios preliminares. En efecto, la producción metatextual que acompañó durante más de medio siglo a algunas antologías publicadas por editoriales metropolitanas constituye una instancia de legitimación y divulgación de criterios que se “naturalizaron” como parámetros de valoración de los textos. Se construyó un espacio discursivo donde es posible observar los procedimientos de semantización y construcción de fórmulas estereotipadas que configuraron una retórica coherente con las axiologías identitarias y que estructuraron lo real “esquematiéndolo”, con la clara intención de “dar unidad y sentido (significación y orientación) a las experiencias vividas, heterogéneas por naturaleza, del auditorio que ella construye” (Angenot, s/f, a: 113)

Es indudable que los principios que definen la estética regionalista se encuadran en un proceso complejo, que demandaría un estudio pormenorizado de las variantes de esa corriente en las provincias²⁰ puesto que no constituyó, según dijimos, un cuerpo doctrinario explícito, ni tuvo una actitud preceptiva, aunque como señala Elisa Moyano fue la condición para incorporar textos de escritores provinciales en la literatura nacional. Pero más allá de la complejidad y de los límites²¹ impuestos por la unidad de observación, en el discurrir de los prólogos y estudios preliminares se reconocen los

¹⁸ Romano “subdivide la actitud regionalista de acuerdo con los valores que se desean destacar” y clasifica los cuentos en “tradicional”, “con carácter épico”, “regional pintoresquista”, “humorístico”, y “regionalista satírico” (1971: 11-22)

¹⁹ El énfasis es nuestro.

²⁰ Consultar el capítulo II.

²¹ Sólo hemos tenido acceso a un material limitado porque algunas ediciones están agotadas o son inconseguibles en las bibliotecas locales.

dispositivos textuales que generalizaron los valores y las ideas que no habían nacido originalmente con carácter normativo.

Esa búsqueda de lo propio, de lo singular que era necesario afirmar ante la invasión de lo foráneo durante las primeras décadas del siglo XX, se tradujo en modos expresivos que encomiaron (con tintes poco creíbles) las particularidades naturales y humanas de cada región, o los sentimientos ‘patrióticos’. La poética resultante encuentra eco en un discurso crítico que homologa el paradigma regionalista (al servicio de los nacionalismos de turno) para estudiar las literaturas de provincias, ignorando las producciones que se alejaban de un modelo concebido para expresar la “esencia” de la argentinidad, o de la salteñidad.

De lo dicho, se desprende la importancia de estudiar los prólogos. Son la memoria de los puentes que la crítica trazó entre los textos literarios y el gran público; del papel formativo que les cupo en la generación de un conocimiento sobre la literatura y en la internalización de los valores prestigiados. En ellos hay un modo de significar la práctica literaria y la relación de los escritores con el medio que definen ciertos lugares enunciativos decisivos en la construcción de las subjetividades, en las definiciones de los aprendizajes sociales y en la reproducción cultural. Posibilitan reconstruir el sistema semántico que operó en la significación de los textos producidos por narradores y poetas del interior del país. Las imágenes que se construyen del enunciador, de los enunciatarios, las relaciones que el primero establece con el enunciado base (los textos sobre los que se habla) y la proyección de la subjetividad del antólogo en los juicios de valor, son datos pertinentes cuando se procura entender los procesos sociales y culturales en juego. Lo ‘dicho’ en el nivel explícito y que se lee en las palabras preliminares de los antólogos reproducen los esquemas que ya habían aparecido en Rafael Obligado, Joaquín V. González, y Ricardo Rojas: los marcos explicativos e interpretativos consensuados hacia la década del 20, tamizados por la lectura del antólogo y atravesado por su subjetividad, ‘bajan’ para lectores menos especializados.

En virtud de la complejidad y variedad de los textos que se analizarán, es necesario ordenar el derrotero de nuestras reflexiones. Se deslinda en primer lugar la pertinencia de un concepto como “retórica”, para luego reconocer en el material escogido los dispositivos textuales funcionales a una hipotética cohesión cultural.

3.3. Por qué una retórica

Nuestro enfoque se contextualiza en la reflexión teórica que Marc Angenot hace a partir del análisis de la propaganda socialista y cuyos fundamentos se declaran en el siguiente fragmento:

La propaganda socialista ha sido la empresa retórica más amplia de los tiempos modernos. Entendemos “retórica” en su sentido original, como la práctica discursiva dirigida a persuadir a un auditorio determinado, para que adhiera a un conjunto de propuestas constituidas en una visión del mundo, propuestas que aparecen como probables por su cohesión y el presupuesto de *lugares* o *topoi*, sostenidas y dinamizadas por medio del *pathos*, mediante el recurso a todas las figuras de pensamiento [...] y orientadas hacia la conversión de los espíritus y la movilización de las voluntades hacia un fin. (s/f, a: 113)

Sin embargo, es preciso subrayar la distancia que media entre un discurso explícitamente doctrinario, destinado a movilizar al proletariado y los estudios preliminares, diferencias marcadas no sólo por las intencionalidades de esos tipos textuales sino también por el campo de producción que los contiene. Mientras en el discurso político la motivación primordial consiste en la búsqueda del poder real, institucionalizado en los aparatos de estado, en el campo artístico las batallas se libran por el dominio simbólico que también es un poder pero subordinado. La “codificación débil” (Bourdieu) que caracteriza a los campos literarios o artísticos relativiza, en consecuencia, una sistematización rígida aunque no invalida la existencia de principios de jerarquización de las obras que no necesariamente emergen del campo específico.²² Ciertamente, el estudio de Angenot es un referente metodológico y conceptual —que facilita un ordenamiento posible y no exhaustivo del tema que nos ocupa—, sobre todo cuando precisa la función de “cohesión histórica” de la retórica socialista y que se puede expandir a otros procesos discursivos donde se reconocen un “núcleo común, una axiomática” estructurada en un repertorio de enunciados que se instituyen como una “matriz general” coagulada en un repertorio de frases e imágenes, repetidas con variantes pero incansablemente con miras a modelizar las lecturas (s/f, a: 114-123).

También el regionalismo como proyecto estético cristalizó en una selección léxica y en la reiteración de enunciados que caracterizaron el espacio, la relación del hombre con su medio geográfico y social, y la función de la literatura. Estos rasgos,

²² Bourdieu diferencia “dos principios de jerarquización, el principio heterónimo, propicio para quienes dominan el campo económica y políticamente [...] y el principio autónomo (por ejemplo el arte por el arte” (1995:321)

presentes en el nivel enuncivo²³ de los prólogos, cumplen una función perlocutoria que los aproxima al discurso propagandístico:

a) Legitimación de una literatura cuya “misión insustituible” es “el conocer sustancial de la patria” (Domínguez 1979: 6), y hunde sus raíces en aquello que nos identifica y diferencia frente a lo foráneo, según expone Pagés Larraya (1952) en el prólogo a su antología donde reúne “treinta cuentos de nuestra tierra” que “transcurren fuera de la ciudad”:

Los cuentos de la tierra, muy pocas veces absorbidos por influjos librescos, suelen expresar con más brío lo típicamente nacional (...)
Existe una tradición que procura expresar al país —naturaleza, espíritu— con sinceridad. Esa tradición enfrenta a quienes siguen con adocenada avidez las modas fluctuantes, y en nuestro país nace con Esteban Echeverría. El maestro de la generación romántica formuló y en parte realizó, el ideal de un arte que, sin desdeñar cerrilmente los ejemplos egregios, revistiese una fuerte inflexión nacional (...) *El matadero* preside la historia del cuento argentino (...) no sólo en un sentido cronológico, pues el poder suscitante que sus páginas conservan adquiere el significado de una pauta invariable, en contraste con la insulsez de una literatura sin arraigo en la tierra (10-12)²⁴.

b) La institución de un sujeto *creyente* en las bondades de una literatura que “nos conduce a lo espiritual desatándonos de lo meramente superficial e intrascendente, para elevarnos y ennoblecernos cuando es auténtico arte” (Domínguez, 1979: 6). Ese sujeto se asimila en la óptica de Pagés Larraya a los autores que “a fines del siglo anterior procuraron destacar los rasgos genuinos del país y desentrañar su espíritu” además de alentar “un exaltado culto a la tierra materna” y de “defender con ánimo combativo —frente a la frivolidad, el cosmopolitismo o la indiferencia— la necesidad de un arte con acento nacional” (1952: 22).

Observemos como el discurso postula la imagen de un sujeto consustanciado con una matriz ideológica que “provee de una identidad a quien se reconoce en él” y crea la ilusión de unidad por la sola adscripción a “una comunidad provista de un saber, de un poder y querer colectivos” (Angenot, s/f,a: 128). Al apropiarse de ese discurso, elaborado en circunstancias definidas, el enunciador le confiere el carácter de lo inmutable en tanto borra las condiciones de producción en que surge. Ese efecto de deshistorización se comprueba con la sola mención de las fechas: la antología de Pagés

²³ La expresión define “el nivel de lo expresado, la información transmitida, la historia contada o bien lo enunciado” (Filinich, 1998: 18).

²⁴ Ver nota N° 19.

Larraya se publica en 1952²⁵; en 1955 se edita por primera vez *16 Cuentos argentinos* compilados con selección, prólogo y notas de Mignon Domínguez²⁶.

c) El predominio de la función persuasiva en los textos. Recordemos que algunos lingüistas, al referirse al texto argumentativo, dicen que están destinados a persuadir o convencer a los lectores. Mientras en el primer caso se apela a los sentimientos, en el segundo se emplean proposiciones racionales. Angenot señala que “la persuasión es una operación que nunca se acaba por completo, que exige fortalecimiento, perseverancia e interiorización”, de allí el carácter “repetitivo”, “catequético”. La educación literaria de los profanos requiere que los argumentos sean repetidos “hasta el momento en que son conocidos casi de memoria” como en la propaganda política. Para instaurar la *creencia* se “figuraliza (sic) las formas pasionales” en el sentido de Angenot (s/f, a:123) creando un aura afectiva en torno a la idea del *amor entrañable*:

Tuvo J. V. González las disposiciones y la grandeza de alma necesarias para acercarse a lo trascendente [...]. Las regiones ardidas y luminosas de su provincia, revestidas a la vez de patriarcal señorío y de hidalga tradición son reflejadas por González [...]. *Recuerdos de la tierra* [de Martiniano Leguizamón] obtuvo el aplauso de otros escritores nacionales que libraban la dura batalla a favor de la literatura nacional frente a un público indiferente por lo nuestro [...]. Nutridos del cariño a las cosas patrias [...], comentó noblemente los libros de tema nacional. [...]. No estaba solo Leguizamón al sostener un arte de esencia nativa (Pagés Larraya:1952: 24-27)²⁷

Los valores afectivos, éticos, la afirmación de sentimientos de pertenencia —el nosotros inclusivo—, de posesión —“lo nuestro”— se intercalan en frases por sí mismas elocuentes: “profundos estratos de la sensibilidad”, la “observación afectuosa”, “encariñada” de “lo nuestro”, la “patria chica”, el “aire de inédita grandeza”; “lo autóctono”. Se delinea así la imagen “apacible, mansa, grata” del vivir campesino, en una acumulación de argumentos *ad populum*, destinados “a emocionar al buen público”²⁸ y que dinamizan el *pathos*. La función patética de la que habla Angenot

²⁵ Reparemos en el comentario irónico de Romano: “en la Universidad de Buenos Aires los delfines de Rojas y Cortazar seguían afincados en ensueños conciliadores como si nada pasara. Basta repasar los criterios con que Pagés Larraya reúne y prologa Cuentos de la tierra”. También caracteriza sin atenuantes a la crítica que se escribe hasta los 50 como una práctica “encerrada entre la complicidad con las poéticas hegemónicas y la negación más solipsista de las instituciones literarias y sus mandatos (1999: 206)

²⁶ Sigo la decimocuarta edición, de 1979.

²⁷ Mi intención es mostrar en líneas generales algunas de las funciones de estos textos. Su estudio se enriquecería notablemente si se categorizaran las estrategias discursivas, como el abundante uso de subjetivemas y modalizaciones diversas.

también atraviesa la retórica regionalista en esas “figuras discursivas convencionales de la afectividad” (s/f, a: 130) que se tornan, por momentos, ingenuas:

Esta breve y modesta antología obedece a un anhelo largamente acariciado: delinear el mapa espiritual de nuestra tierra, su significación última en cuanto a tradición y misión excelsa, su variedad en lo accidental y su unidad en la esencia.

[...] he procurado expresar en la selección literaria las modalidades regionales más vivas y trascendentes. [...] Debemos aclarar que no hay en esas expresiones ningún determinismo geográfico sino un amor intenso por la propia tierra [...]. Pero hecha la elección por la calidad del cuento, la vida de nuestras provincias se asoma por ellos con su iluminado rostro. (Domínguez, 1979: 5-12)

La coherencia discursiva que se desprende de los fragmentos descriptos muestra el sustento ideológico expresado en los *topoi* que los padres fundadores habían aportado para el “argumentario” regionalista. En efecto, Rafael Obligado, que había lamentado “el cosmopolitismo irresistible, [la] potencia igualatoria de pueblos, razas y costumbres” de la electricidad y el vapor precisa, cuando se crea la cátedra de literatura Argentina, que se “ha designado a don Ricardo Rojas, al autor de la *Restauración Nacionalista*, porque se trata de restaurar el alma argentina en su amplia vibración” (Altamirano-Sarlo, 1983: 206-207). Cuarenta años más tarde, Domínguez afirma de Dávalos, que “lo más duradero y valioso” es “el sentido de argentinidad y amor a la tierra” (40). Cuando comenta “El Jarro de plata”²⁹ de Ricardo Rojas Paz celebra que Salta se haya salvado “por su propia gravitación” del turismo que “con sus ansias de novedades despojó al Norte de muchas reliquias” (41). A Fausto Burgos lo valora porque

es entre nuestros escritores, uno de los que han conocido mejor nuestra tierra y la han expresado con cálido mensaje de amor. Tucumano, incorporó el paisaje natal [...]. Pero su ansia de hacer amar a la patria lo llevó a volcar en estampas, cuentos y poemas, el paisaje total (1979: 17).

Eduardo Romano anota: “Un rasgo llamativo del discurso nativista es que hace referencia siempre al ‘alma’ nacional, como si el cuerpo concreto fuera algo inferior, secundario, desconfiable” (1999: 195). La “regeneración moral”, la “restauración del alma nacional” (Altamirano-Sarlo) configuran una práctica discursiva que procura

²⁸ Según Marchese-Forradas quienes retoman la distinción que la retórica clásica hizo de los argumentos (1997: 35).

²⁹ Cuento incluido en la antología de la autora que comentamos.

totalizar la experiencia. Destinada a “hacer ser” (Greimas)³⁰, a producir una transformación en los receptores, sus fórmulas e imágenes se grabaron como verdades en la memoria social.

d) La función memorial: La repetición de tópicos, autores, criterios de clasificación se expande a otros discursos y prácticas, en particular los destinados a un público masivo, que preservan los “marcos sociales”³¹ de la memoria y afianzan lo que Lotman, en sus estudios sobre la cultura, denomina la “estética de la identidad”:

En la poética histórica se considera establecido que hay dos tipos de arte. [...] Un tipo de arte está orientado a los sistemas canónicos (el “arte ritualizado”, el “arte de la estética de la identidad) y el otro, a la violación de los cánones [...]. [En] los textos pertenecientes a la estética de la identidad, el campo del mensaje se canoniza al máximo y la “lengua” del sistema conserva su carácter no (sic) automatizado” (1996: 182-3)

Los prólogos reseñados muestran la permanencia de un ideario que pretendió acallar los conflictos de un país atravesado por las más profundas contradicciones, y por las postergaciones culturales y económicas de las “patrias chicas” tan cantadas y veneradas por las lecturas “cómplices de ciertas poéticas” (Romano, 1999). Si una franja importante de la crítica literaria actual ha revisado sin ambigüedades ese discurso, es deseable que otros sectores sociales conozcan las manipulaciones de una oratoria cuya única eficacia acaso sea la de adormecer las conciencias y ocultar el sometimiento y despojo a grupos humanos menos favorecidos.

3.4. Entre la crítica y el mercado

¿Qué tipo de discurso es el de las antologías? ¿Dónde radica su eficacia? Hay quiénes dicen que tienen una vocación funeraria; otros, como Harris, apuntan al “pasatiempo” de los académicos ocupados en comparar antologías; más allá de las ironías, no dudamos acerca de la pertinencia de su estudio cuando se busca reconstruir

³⁰ Citamos por Mozejko-Costa, que caracterizan a la enunciación como “una acción de puesta en discurso, realizada por un sujeto competente que definiría su identidad por la relación con un tú, sobre el cual pretende influir, “hacer ser” e incluso “hacer hacer” (2001: 23)

³¹ Joel Candéau, a partir de las especulaciones de Halbwachs, revisa las diferencias entre “memoria colectiva” y “marcos sociales de la memoria”. Considera más apropiada la última noción porque “ayuda a comprender cómo los recuerdos individuales pueden recibir una cierta orientación propia de un grupo”, en tanto que la noción de memoria colectiva “es más poética que teórica” (2002: 68)

las redes de lectura que se tejen en las comunidades. La definición de Claudio Guillén conviene a los razonamientos que orientan este trabajo:

La antología es una forma colectiva intratextual que supone la reescritura o reelaboración, por parte de un lector, de textos ya existentes mediante su inserción en conjuntos nuevos. La lectura es su arranque y su destino, puesto que el autor es un lector que se arroga la facultad de dirigir las lecturas de los demás, interviniendo en la recepción de múltiples poetas, modificando el horizonte de expectativas de sus contemporáneos. (Marchese-Forradellas, 1978: 30).

En efecto, en los prólogos comentados, discernimos los recursos de los *lectores autorizados* para divulgar un cuerpo de valores que, en términos de Foucault (1980: 6), afectan no sólo al enunciado sino también a “su sentido, su forma, su objeto, su relación con su referencia” y que intervienen activamente en la modelación del “sentido público”³² de los textos al diseñar ciertos, y no otros, trayectos de lectura.

El bosquejo de los rasgos dominantes en los prefacios, ha mostrado la importancia de éstos en la construcción de “marcos de la memoria” según paradigmas enmarcados históricamente. No conocemos un estudio pormenorizado y sistemático de las particularidades de esos textos (o paratextos, según la óptica que los considere), y de las antologías con las que sin embargo estamos tan familiarizados. Nuestra caracterización se construye a partir de la observación empírica de un corpus cuyo cometido social varía notablemente según las intenciones de los antólogos. También se desprende, de las destinadas al ámbito educativo, el poder de las editoriales en los procesos de canonización por el efecto multiplicador de categorías y marcos explicativos e interpretativos que incorporan.

Aún debemos anotar la coexistencia de al menos dos niveles discursivos³³ en las antologías: el del antólogo y el de los textos literarios incluidos. Si se reflexiona sobre su significación social, no se puede obviar ese *encuentro* de la palabra crítica con la palabra artística, entre las que se establece una relación no simétrica. Aunque las lecturas decidan cuál privilegiar, en la lógica que las rige predomina la primera, como se infiere del solo acto de selección.

³² Para ilustración del lector, completamos la frase de Bourdieu: “Interrogarse sobre la génesis de ese sentido público es preguntarse quién juzga y quién consagra, cómo se opera la selección que, en el caos indiferenciado e indefinido de las obras producidas e incluso publicadas, discierne las obras dignas de ser amadas y admiradas, conservadas y consagradas. ¿Es preciso admitir la opinión común según la cual esta tarea incumbe a ciertos “hombres de gusto”, predispuestos por su audacia o su autoridad a moldear el gusto de sus contemporáneos? (1967: 153)

³³ No se atienden en esta exposición los otros elementos paratextuales porque excede su cometido.

Ahora bien, cuando se vuelve sobre los prólogos, se observa que no pueden encasillarse en un tipo textual único como la propaganda que, dominada por una finalidad persuasiva, se identifica con el discurso netamente argumentativo. Por el contrario, en esos *escritos al margen* se exhibe una riqueza interdiscursiva sorprendente y a veces abrumadora: en su discurrir, consideran aspectos genéricos, de historia literaria, enfoques teóricos, consideraciones geográficas, entre otras. Lo cierto es que absorben formas y tramas diversas como la exposición que los aproximan al informe (registro de datos sobre los escritores o a veces referencias a las líneas teóricas soportes de la exposición); la argumentación (se encuentra sobre todo en las razones que permiten aclarar al lector las tomas de posición del autor); el ordenamiento cronológico u otro criterio de aglutinación (por ejemplo, los ámbitos); la narración biográfica que acompaña a la presentación de los autores; el análisis de los textos, donde concurren el comentario, la descripción y según la época de publicación se incorporarán modos de análisis que oscilan entre una crítica externa e interna.

Según los destinadores, se observa que:

- en las antologías realizadas por los escritores, éstos pueden ocuparse de seleccionar los textos más representativos de la propia producción o de sus pares;
- las que realizan los críticos literarios fundamentan la selección en criterios históricos, genéricos o solamente estéticos, como la de Corvalán o Gregorich y Delgado;
- las que responden a políticas editoriales³⁴ escenifican el diálogo entre las demandas del mercado, y la crítica.

Mientras las dos primeras se atienen sobre todo a regulaciones que emanan del propio campo literario, las últimas incorporan además las que provienen de la práctica educativa y de las decisiones editoriales que juegan un rol insoslayable en la publicación de textos que tienen mayor éxito de comercialización³⁵. Por eso sostenemos que en la canonización de ciertos escritores (en la opinión del público no especializado) también intervienen las determinaciones del mercado que, por inercia o por las ventajas

³⁴ Kapelusz, Huemul, Colihue son las editoriales que han mantenido una sostenida línea de publicación para el consumo escolar. Destaco en particular las publicaciones de Colihue, reunidas por colecciones tituladas: Cuentos del interior; Cuentos regionales argentinos las primeras ediciones de Las provincias y sus literaturas datan de 1988 y 1992.

³⁵ A las limitaciones que tienen los escritores a la hora de publicar su producción, añadimos también la de los críticos locales que deben afrontar los prejuicios de quienes censuran o se resisten a admitir propuestas diferentes a las habituales.

monetarias que reportan, persiste en publicar antologías que ya parecen obsoletas; es más convincente entender sus arbitrajes como indicadores de los intereses económicos del mercado simbólico que de las tensiones del campo intelectual. Un dato por sí solo significativo que sostiene nuestro argumento lo hallamos en las catorce reediciones que la editorial Huemul realizó de la antología de Mignon Domínguez, destinada “a los adolescentes”³⁶.

Los destinatarios conforman un grupo heterogéneo: el público en general, el “buen lector” o un destinatario particular y explícito, el público escolar (Huemul, Colihue, Kapelusz). Este componente no tiene una importancia menor, puesto que permite diferenciar entre las antologías destinadas al ámbito educativo y las que se ofrecen para un público general. Las primeras combinan estrategias de seducción con el rigor crítico y una selección de textos que se suponen atractivos y necesarios para formar el gusto de los escolares y crear una competencia literaria.

En cuanto a los criterios y niveles de organización, la selección de escritores en las destinadas al sistema escolar presupone atender los grupos etarios y las demandas curriculares. Hay varios niveles en la organización del material que constituye una antología. En algunas, (las de Colihue, por ejemplo), hay una declaración explícita de los objetivos y de los criterios de selección, que atienden a razones didácticas. Pero también los objetivos varían según los sujetos que intervienen en ese virtual circuito comunicativo. Por ejemplo, cuando el Centro Editor de América Latina publica la primera versión de la *Historia de la Literatura Argentina* (1968), los fascículos y las antologías que los complementan llevan la firma de una generación de críticos formados en líneas teóricas que renovarían las concepciones y evaluaciones de la literatura.

También es frecuente encontrar registros diversos:

- descripciones de las regiones a las que pertenecen los escritores conforme a criterios geográficos, culturales, históricos;
- interpretativos;
- pedagógicos;
- en las orientaciones para el trabajo con los textos;
- teóricos que aprovechan las construcciones de otros estudiosos.

La propuesta de los *ámbitos* del Dr. Cortazar tuvo amplia difusión, también los debates en torno al problema del regionalismo; así Pinto de Salem y Maggio de Taboada

³⁶ Hasta donde llega nuestro conocimiento; ignoramos si hubo reediciones posteriores a la de 1979.

(1984) aprovechan las ponencias que se presentaron en el 1º Simposio de Literatura Regional realizado en Salta en 1978³⁷.

La mediación teórica actualiza las discusiones que se hacen en otros espacios, sobre todo el universitario. A las señaladas en el párrafo precedente, otros antólogos son catalizadores de posturas teóricas que refutan los criterios de clasificación más difundidos. Por ejemplo, Mastrángelo encabeza su antología con una teoría sobre el cuento; Gregorich y Delgado apuestan al valor inmanente de los textos; Corvalán privilegia el sentido estético. Estos autores exhiben en los estudios que anteceden a la selección los deslizamientos de la crítica y las transformaciones de los paradigmas de lectura.

Sin embargo, aún cuando el antólogo se inscriba explícitamente en un horizonte teórico, su exposición se circunscribe a un registro pocas veces polémico, aunque se hayan producido algunas transformaciones significativas. Por ejemplo, en algunas se entran ciertos cuestionamientos, como los que hace Maggio de Taboada, en su “Introducción” a *Cuentos del Interior*, donde informa sobre las dos líneas que han organizado gran parte de los estudios sobre la literatura argentina: la urbana (centrada en Buenos Aires) y la rural (campo y pueblos del interior) y sus derivaciones en literatura nacional y literatura regional:

Con ellas ha sucedido algo similar a lo ocurrido en otros aspectos de la vida del país a partir del periodo de la Organización Nacional: la absorción por parte del centralismo porteño. Surge así la división entre *literatura nacional* y *literatura regional*. La distinción es imprecisa [...] sobre todo si no se toma en cuenta que a menudo se engloba como literatura *nacional* tanto lo producido en Buenos Aires [...] como lo consagrado por la capital. Tampoco se considera que la diferencia entre ambos términos está más frecuentemente en el problema de la *edición y distribución* del libro argentino que en la falta real de valores de los escritores menos conocidos (1984: 11)³⁸.

El estudio empírico que hemos realizado nos lleva a acordar con Eduardo Romano cuando alude al efecto diferido de las transformaciones en el discurso crítico, las que sitúa en la década de los 50 (1999: 206). En el corpus analizado, recién hacia los años setenta observamos un metalenguaje despojado de los vuelos metafísicos, transformaciones que de hecho absorben los cambios habidos en los estudios literarios.

³⁷ En esa reunión, Edelweis Serra argumenta una “perspectiva regional en la literatura” y reconoce “una literatura de las provincias” examinada como “los carices en que la totalidad aparece, como las facetas singularizadoras del conjunto identificado en una plural unidad”. Distingue luego “en la lógica del espacio regional dos dimensiones en el tratamiento literario de las historias, los asuntos, los motivos y los temas: la regionalidad exterior y la regionalidad interior” (1980: 56-60)

³⁸ El énfasis es nuestro.

Se clasifican “los relatos” y no los escritores atendiendo a la “actitud que el autor evidencia hacia la materia narrativa” (Romano, 1971); en 1976, se habla de “una [nueva] corriente de literatura regional que [plantea] una literatura argentina no sólo en el plano de los contenidos temáticos sino también en el del universo ideológico y las formas narrativas” (Sarlo, 1976); la atención se centra en la “relevancia formal o temática, en la construcción del género y peso en las grandes líneas de una historia literaria argentina” (Sarlo, 1979); otro antólogo legitima una selección centrada en la adecuación genérica y desdeña “toda motivación histórica, sociológica y política así como la ubicación geográfica y estética de los autores” (Mastrángelo, 1977).

Aunque algunas son tributarias de las exigencias de prácticas ajenas a la literatura, no se puede negar el carácter formativo e informativo de estos textos. Trazan propuestas cuyos efectos en la *construcción de identidades* escapan a toda posibilidad de una sistematización rigurosa, porque pertenecen a ese conjunto heterogéneo del que habla Angenot, y que van configurando la opinión pública y los horizontes de legibilidad. Quizás sus consecuencias más notorias sean proveer a los lectores no especializados esquemas cognitivos que unificarían el ordenamiento de los textos (sobre todo en el discurso escolar, reproductor por excelencia), pero los efectos posteriores son quizás los más significativos.

La articulación del examen realizado con el problema de nuestra investigación halla en Wendell Harris otro sólido argumento cuando delimita la etimología de la palabra *canon*. Destaca que junto al aspecto normativo de la palabra (del griego *kanon*: regla, medida) se ha aceptado la idea de elección: “las selecciones sugieren normas y las normas sugieren algún tipo de autoridad” (1998: 37-38). Pero sobre todo el canon se constituiría por la introducción de los textos “en el coloquio crítico de una cultura”. Los estudios preliminares son representativos de algunas de las lecturas que se realizaron de las literaturas provincianas y el lugar que se reservó para los escritores salteños. “Aunque por definición un canon se compone de textos, en realidad se construyen a partir de cómo se leen los textos, no de los textos mismos” dice Harris (1998: 56).

Es indiscutible que la gravitación de esos modos de lectura depende de múltiples perspectivas. Lotman y Uspenki, por ejemplo, sostienen que la cultura necesita identificarse con “las normas constantes de su propia memoria” y que “la permanencia, la longevidad de los textos forma una jerarquía que se identifica corrientemente con la jerarquía de los valores” (Pozuelos: 1998: 227). Pero esa complejidad, que estimuló la búsqueda de explicaciones alternativas, no oculta que en la historia fragmentaria que los

prólogos escriben, se materializa la cualificación que sujetos competentes, autorizados para hablar, hacen de los textos, y sus previsiones sobre los interlocutores.

Textos y metatextos se conjuntaron para crear la ilusión de homogeneidad que el proyecto nacional quiso construir: la argentinidad existía pese a la diversidad de etnias, de voces, de paisajes. Era necesario preservar el sentido de nación “como agrupamiento de personas con tradiciones comunes”. En la “narración del incesante conflicto entre fuerzas que tienden a homogeneizar contra fuerzas que tienden a la pluralidad” (Schmucler, 1988: 32), se acallaron muchas voces.

Es oportuno recordar que en nuestro país, las respuestas al complejo proceso de encuentro entre los grupos humanos establecidos (criollos y aborígenes) y los inmigrantes se diversificaron: el rechazo inicial a los inmigrantes europeos se desplaza progresivamente gracias a su incorporación en los dispositivos productivos de bienes materiales y simbólicos, respaldados por las políticas nacionales que facilitaron el afincamiento de los extranjeros. No corrieron igual suerte las minorías étnicas de aborígenes, despojadas de sus tierras y de su identidad cultural, situación que atañe a Salta en forma particular, por las numerosas poblaciones indígenas que viven en el interior de la provincia. La ausencia de programas sociales traducidas en la marginación sostenida o en inicuos paliativos van de la mano de políticas culturales y lingüísticas cuyos ‘olvidos’ han contribuido a un exterminio incruento pero eficaz. Además se invirtieron las valoraciones: la población ‘blanca’ subestima a los lugareños con motes descalificativos: las “chinas”, los “coyas”, los “yutos”, los “bolitas”; como testimonian dos películas argentinas, *La ciénaga* y *Bolivia*.

Las voces silenciadas conminan y esperan la invención de un diálogo renovado, abierto a las sugerencias y desafíos de textos literarios y teóricos inexplorados.

4. Los equívocos del par reconocer / olvidar

Libros que no se leen, libros de los que no se habla: el silencio. Mallarmé, Blanchot, interrogaron en una dimensión poética-filosófica el silencio que acecha y enamora a la escritura.

María Teresa Gramuglio

Toda investigación presupone la existencia de determinados problemas para los que se buscan otras explicaciones. El deseo de ahondar en las causas de una presencia limitada de escritores salteños en el ámbito nacional, la comprobación de que las

producciones más innovadoras en lo temático y formal permanecen ignoradas, nos condujo por derroteros teóricos que enriquecieron la propuesta inicial del proyecto. Esas asimetrías reaparecen en la relación de la capital salteña con la producción letrada de escritores radicados en otras ciudades de la provincia. ¿Los *olvidados* reproducen una política cultural que *olvida* otros productos artísticos? ¿O se hace necesario ejercitar una mirada oblicua, capaz de un recorrido sinuoso pero no menos interesante?

El problema general que circunscribió nuestro proyecto, “los olvidos y reconocimientos de las producciones literarias salteñas a nivel nacional y provincial”, se organiza en dos categorías complejas en virtud de la polisemia de los términos “reconocer” y “olvidar”. Un significado posible del primer vocablo se asocia a “memoria” y en este caso se plantea una oposición con el término olvidar. Sin embargo, esos valores semánticos se matizan al considerar los términos en una sucesión de posibilidades que dependen del dinamismo propio de una cultura: es posible reconocer algo y luego olvidarlo. En la historia de la literatura hay testimonios ejemplares como la lectura que la generación del 27 hizo de Góngora. Otros modos de olvido/recuerdo, tienen circuitos menos académicos; así, la divulgación que Joan Manuel Serrat ha hecho de los poemas de Antonio Machado, ingresaron a la memoria cultural como textos cuya autoría se confunde.

El examen de los núcleos problemáticos³⁹ —reconocer / olvidar— junto al debate teórico, alertaron acerca del riesgo de caer en posturas reduccionistas si se admiten sólo los significados inmediatos de términos que tienen matices y grados que la lengua no puede explicar cabalmente. Junto a la pregunta sobre los índices para medir la “existencia” social —reconocimiento— de los textos, surgieron otras: ¿ambos términos designan polos absolutamente contrarios, según los cuales los textos reconocidos no fueron olvidados o viceversa? ¿O pueden entenderse como momentos, simples accidentes en un *continuum* en el que las posiciones respectivas cambian, se transforman? Los cursos o seminarios universitarios (reconocimiento académico), las ediciones nacionales, los premios e incentivos municipales y provinciales a la creación, son algunos de los dispositivos de la institución literaria que a veces se yuxtaponen pero, en general, tienen sus propios circuitos.

Nos acercamos a dos cuestiones que buscan integrar las reflexiones de los párrafos precedentes en otra perspectiva: una se relaciona con una lectura metacrítica

³⁹ Cuando se formalizó el proyecto de investigación, ya percibimos “la perspectiva teóricamente problemática” de los ejes que nos ocupan.

de los principios que orientaron la investigación y su eficacia, en tanto pertenecen a ese flujo “de lenguajes arrastrados” por las perspectivas teóricas y metodológicas que informan la crítica literaria. Carlos Reis, de quien proviene la idea, postula la existencia de una *criticología* cuyo objeto de estudio sea el metalenguaje que rodea a las obras literarias y los principios operatorios en que se asientan (1981: 24). La otra, considera los procesos de canonización de los textos dentro de las estrategias que una comunidad emplea para administrar su identidad.

4.1. Los reconocimientos, ¿canonizan?

Cuando se piensa en la literatura como un conjunto de textos “reconocidos” resulta difícil evitar la connotación opuesta, los “textos olvidados”, salvo que admitamos que ambas categorías operan en una intrincada trama de relaciones, nunca estables ni unívocas. Por consiguiente, el alcance de tales términos no tiene un carácter absoluto ni excluyente y depende, entre otras variables, de los “lugares sociales” de quiénes sancionan el valor de los textos: los premios⁴⁰ son una forma de reconocimiento que, sin embargo, no garantizan ni la lectura de un público numeroso ni la permanencia en la memoria de los textos galardonados⁴¹. Sobre esa noción, necesaria para el análisis de las prácticas discursivas, dicen Costa -Mozejko:

[...] el análisis de las prácticas sociales requiere que se tenga en cuenta quién habla, pero sobre todo desde dónde lo hace. El lugar desde donde actúa opera como principio de definición del agente social y de explicación de su práctica. No importa el individuo sino su posición como crítico, escritor, editor, etc. (2001: 12).

Esos “lugares sociales” constituyen una dimensión interesante cuando se piensa en los mecanismos de canonización, porque en ellos se advierten los dispositivos que los sujetos (individuales o colectivos) emplean para configurar su identidad “frente a la figura complementaria” que tienen “del Otro” (Landowski, 1995-96: 95)⁴². En esta perspectiva, ya anotamos que el reconocimiento de los escritores de provincia fue

⁴⁰ En el capítulo III se dan algunos ejemplos referidos a escritores salteños.

⁴¹ María Teresa Gramuglio recuerda “aquella propuesta de Umberto Eco sugiriendo que en lugar de organizar seminarios y simposios sobre temas inútiles y remanidos, críticos y escritores se preguntaran alguna vez qué pasa con esos libros que logran a lo sumo alguna crítica perdida en una revista o un suplemento literario, y se cubren de polvo tras la venta de unos pocos ejemplares” (1998: 138).

⁴² Eric Landowski propone una “semiótica tensiva” que da cuenta de la gradualidad. Afirma que su modelo es “otra versión del cuadrado semiótico que introduce de modo visible la continuidad” (2001: s/p).

subsidiario del proyecto de homogeneización política y cultural de sectores sociales interesados en definir y particularizar la *argentinidad*.

Ahora bien, la movilidad de los reconocimientos / olvidos se hace evidente cuando se examinan ambos vocablos desde un enfoque socio-semiótico. En el uso cotidiano, es previsible que la relación de contrariedad se imponga sobre las de contradicción, implicación y presuposición y deje en suspenso los matices que se actualizan en las estructuras discursivas. Pero si se practica una mirada que atienda al eje de los subcontrarios⁴³, cobran relevancia “las posiciones de transición” (Landowski, 2000: s/p) donde podemos concebir una jerarquización de los textos como *no reconocidos / no olvidados*, dando cabida a otras determinaciones que se traducen en “grados” de inclusión o exclusión, presentes en uno de los regímenes de significación de los términos analizados.

Antes de avanzar en este último enfoque, subrayamos que es en el intercambio social, en “la puesta en discurso” donde los campos nocionales que significan lo real o categorizan los fenómenos de sentido (como el canon) adquieren validez en tanto remiten “al funcionamiento de un sistema productivo [que] puede considerarse como un conjunto de compulsiones cuya descripción especifica las condiciones bajo las cuales algo es producido, circula, es consumido” (Verón, 1984: 43). Si adoptamos este punto de mira, el enfoque translingüístico reenvía a otra instancia del recorrido generativo donde se opera la discursivización del nivel profundo y ubica las categorías de análisis en los esquemas conceptuales y cognitivos que construyen lo real en el tejido interdiscursivo según lugares enunciativos reconocibles.

Si se arguye que en el funcionamiento social todo objeto significativo necesita ocurrir, tener existencia para ser olvidado, se hace necesario un proceso inferencial para reconstruir las decisiones que aceptan o rechazan los objetos culturales, decisiones pautadas por la lógica particular del campo disciplinar de que se trate y por las formaciones ideológicas que predominan. En el área de los estudios literarios, la adscripción de los textos a conjuntos genéricos, o líneas estéticas proviene de los actores involucrados en las tomas de decisión, como constatamos al examinar la retórica regionalista y su concreción en los prólogos. Se prueba de este modo que en las

⁴³ Nos referimos a la estructura elemental de la significación, “cuya representación visual se hace en forma de cuadro semiótico” y consiste “en el desarrollo lógico de una categoría sémica binaria de tipo blanco vs. negro” (Latella, 1985: 27). Según Landowski, el cuadrado semiótico “es un modelo que da cuenta de la discontinuidad, de las transformaciones” (2001)

gramáticas de producción literaria y metatextual convergen los contratos⁴⁴ entre el campo intelectual y el político.

Cuando los programas son explícitos —como el regionalismo— el “reconocer” está en el plano de lo visible y se deduce que los textos olvidados serán aquellos que, por su singularidad o por las tomas de posición de los autores, no acreditan las jerarquías establecidas por las voces hegemónicas del campo cultural. En este uso especializado, el “reconocimiento” remite a la recepción de los textos en las otras instancias que hacen de la literatura una práctica social, “fuertemente institucionalizada” (Robin: 1994). Nos sitúa, en consecuencia, en un *afuera* del texto —la crítica, las ediciones, el género, el lugar del escritor en el campo intelectual— que también interviene en la producción del sentido, en los modos de leer y de valorar. Constituyen variables que dan cuenta de las “determinaciones” que conectan la producción literaria con lo social y con la institución literaria. Desde esta perspectiva, el *olvido* puede ser entendido como una restricción o borradura de textos que no reproducen los modelos prestigiados y cuya circulación, al estar fuera de los trayectos habituales, es mínima o nula.

Si se permanece en los límites de lo que la institución literaria acuerda en llamar “reconocimientos”, se plantea una dificultad irresoluble, puesto que para dar cuenta de ellos, se necesita una información que totalice las múltiples formas que pueden tener: inclusión de escritores en los cursos de enseñanza, críticas, reseñas o comentarios en libros, revistas o diarios, tarea imposible, por lo vasta, de abarcar. Las gestiones realizadas por nuestro equipo para obtener información sobre autores salteños leídos o estudiados fuera de la provincia se vio limitada por la respuesta parcial a las encuestas distribuidas en las cátedras de Literatura Argentina de otras universidades o por las dificultades para acceder a publicaciones —sobre todo de antologías— que permitieran trazar una “cartografía” más ajustada y precisa de la circulación de autores que no fueran los ya consagrados por la crítica nacional (Dávalos, Castilla, Aparicio).

Ya señalamos que este análisis se enriquece con los postulados sobre la producción social del sentido sostenidas por la teoría de la discursividad social (Verón, 1987), que insta a incluir otros modos de reconocimiento, entre ellos los que actúan en la generación de textos innovadores. Son formas menos visibles, pero no menos efectivas, que operan en un nivel diferente y que, al margen del discurso “oficial”, se materializan

⁴⁴ Ver capítulo II.

en los enunciados como fragmentos, tonos, ecos de textos en otros textos. En este caso, el circuito producción-reconocimiento, presupone la apertura de la práctica literaria a horizontes marginales respecto a las ortodoxias discursivas. En las genealogías textuales de las últimas promociones de escritores se entretajan paradigmas que circulan en prácticas poco formalizadas, como los talleres de lectura y de escritura donde se gestiona el conocimiento, el análisis y sobre todo el placer de una literatura que, aunque cuente con un sitio de honor en las historias literarias, se incorpora muy pocas veces en los cursos académicos. Si en este sentido, los reconocimientos activan el juego de las intertextualidades, en otros dependen de las transformaciones del imaginario dominante: el silencio que rodeó la poesía de dos escritoras salteñas, Sara San Martín de Dávalos y Teresa Leonardi Herrán se está quebrando lentamente, aunque el magisterio de ambas es admitido por las nuevas promociones en los círculos provinciales.

La investigación que llevamos adelante situada “en el cruce entre la práctica literaria y la cuestión del poder con miras a desmontar los mecanismos de dominio que canonizaron ciertos textos salteños”⁴⁵, permitió confirmar que toda canonización responde a la intersección de prácticas enunciativas que provienen de la crítica literaria, de las configuraciones sociales y culturales subyacentes en el campo intelectual pero también de políticas más vastas como fue la construcción de la identidad nacional.

Por consiguiente, no ha sido gratuito pensar en una *gramática regionalista* en la que actores sociales competentes (Obligado, Lugones, Rojas) que saben y pueden hacer (nivel sintáctico) dispensaron valores éticos y estéticos (nivel semántico), reproducidos como axiomas y referentes para estudiar las literaturas provincianas (nivel pragmático). Acordamos entonces que la “consagración” de los productos artísticos o el olvido presupone un juego de relaciones intersubjetivas que constituye en sí mismo un sistema de significación y como tal puede abordarse desde un horizonte teórico (la sociosemiótica) que permita trascender los “regionalismos” disciplinares para pensar en las interacciones que se ponen en juego en el tráfico social.

4.2. Los cánones no nacen...

Lo expuesto permite observar que el significado de ambos términos abarca un área semántica que excede la oposición inmediata que la lectura sugiere. Así enunciados

⁴⁵ Protocolo del Proyecto de investigación N° 765.

como muestra el título del proyecto acentúan la relación de contrariedad y puede condicionar una lectura en la que sólo son posibles la asimilación o exclusión. Situados en la perspectiva de la semiosis social, admitimos con Verón que entre las gramáticas de producción y las de reconocimiento, media una distancia y que los efectos de sentido de los textos varían según las instancias de la lectura, en las que se pueden actualizar significaciones latentes.

Esta condición cambiante, móvil, de piezas que se reacomodan para armar nuevas figuras nos sugirió una tercera posibilidad para significar las categorías reconocimiento / olvido según las relaciones que proyectan en los otros ejes del cuadrado semiótico. Un enfoque sociosemiótico de los “regímenes” de sentido que *reconocer* u *olvidar* instauran se sitúa necesariamente en una postura de mayor complejidad puesto que implica explotar las posiciones que corresponden a “esas zonas de transición” que son los subcontrarios y que dan cabida a otra disposición: “no olvidar” / “no reconocer”, más verosímil y apropiada para superar las antítesis absolutas. En efecto, la dinámica de la circulación de los textos puede leerse como “asimilación / exclusión” cuando se privilegian los contrarios; en cambio, situados en el eje de los subcontrarios, se plantea una relación que Landowski resuelve como “admisión / segregación”.

Si se piensa este aspecto desde la perspectiva de los mecanismos de la institución literaria, por ejemplo los premios, se observa que los escritores galardonados son “admitidos” por quiénes juzgan su producción, instancia que sin embargo no equivale en lo inmediato a la “asimilación” por la comunidad cultural. Escritores como Sara San Martín, Teresa Leonardi Herrán, Juan Ahuerma Salazar ¿con cuántos lectores cuentan fuera del reducido ámbito académico? Mientras la canonización presupone el reconocimiento, no se puede afirmar lo contrario, salvo en políticas de homogeneización de amplio alcance. La antítesis “asimilar / excluir” no deja resquicios para voces ajenas al discurso oficial (y hallaría su realización absoluta bajo regímenes dictatoriales); en cambio, la “admisión / segregación” de los textos indica posiciones menos dogmáticas.

Estos pasos analíticos favorecieron la puesta en relación de los textos literarios y la producción metatextual como componentes de un proceso complejo donde se entrecruzan formaciones discursivas de procedencia diversa que condicionan la visibilización efectiva de la literatura que se escribe en los bordes de los centros canonizadores. Al afirmar que la pertenencia de muchos textos escritos en provincias a

la “literatura nacional” fue la resultante de la adecuación a paradigmas que diseñaron los mundos posibles en la ficción literaria y autorizaron ciertas voces sobre el silencio de otras, admitimos que

[...] el carácter político de un discurso, oral o escrito, no se puede reconocer solamente ni incluso prioritariamente, por el solo hecho de que “habla de política” (criterio semántico) sino que depende más bien de que al hacerlo, realiza ciertos tipos de *actos sociales transformadores de las relaciones intersubjetivas* (criterio sintáctico y pragmático); coloca sujetos ‘autorizados’ (que tienen derecho a la palabra), instala ‘deberes’, crea ‘expectativas’, instaura la confianza’ y así sucesivamente” (Landowski, 1993: 9).

La articulación de la mirada metacrítica con la sociosemiótica aspira a fundamentar sin ambigüedades la idea de que la representatividad de los textos resulta de construcciones ideológicas y criterios de categorización que pueden captarse en los discursos y las prácticas. Además, que las disimetrías introducidas por los cánones no son “social, política y epistemológicamente inocentes” porque las clasificaciones, las significaciones prestigiadas por ciertos sectores no responden a necesidades de carácter objetivo. Los esquemas de valoración de los textos tienen un carácter contingente y se inscriben en universos ideológicos, donde se instituyen ciertos grupos de referencia, con sus correspondientes “sistemas de estereotipos identificatorios” (Landowski, 1995-96: 97).

El regionalismo en literatura tuvo el carácter de un proyecto estético y en consecuencia es una convención entre otras, que inventó espacios, axiologías, imágenes humanas a la medida de los grupos dominantes; que intervino en un modo de organizar la literatura y que contribuyó a fijar ciertos nombres como los únicos representativos de las literaturas escritas en los márgenes del sistema rioplatense, autoproclamado pero también aceptado centro de irradiación cultural. No sólo organizó el espacio escritural y crítico, sino además las trayectorias posibles de los escritores que buscaban incorporarse al campo artístico. Los discursos que lo legitimaron le confieren un estatuto visible, y facilita desmenuzar algunos de los presupuestos ideológicos que subyacen en la canonización de los textos literarios al tiempo que aporta datos para la captación de las políticas que subyacen en la demarcación de las identidades.

Al instituirse como un espacio conceptual, construyó una imagen de sí mismo, centro de irradiación y atracción en una suerte de “geometría” que fundó la lectura de los textos en una acción política de vasto alcance que comprometía la definición de nacionalidad. La ecuación *dominante / dominado* de Bourdieu se hace ostensible cuando

se examina el regionalismo como la extensión cultural de un programa político, como una materialidad empíricamente observable en una retórica y como un diseño de ideales humanos y espaciales. La conjunción de esas miradas revelan un juego que está más allá de un problema puntual: las relaciones que el campo del poder mantiene con los campos artísticos y con el lenguaje.

La figura del escritor regional, de la literatura regional eran piezas necesarias en el juego político que concibió un país en el deseo de acallar las diferencias. Nuestro estudio se ofrece como una reflexión sobre las estrategias de manipulación que se activan toda vez que el problema de la identidad se ve amenazado por enemigos reales o virtuales y espera constituirse en un aporte para

[...] comprender mejor “lo que hacemos” para que por un lado, lo “social”, lo “político” o aún lo “jurídico”, existan en tanto tales para nosotros como universos relativamente autónomos [...] y para que por otro lado las relaciones que ahí se establezcan entre actores sociales estén, para los *sujetos* que las viven y observan, cargadas de significación y dotadas de una cierta eficacia en cuanto a la determinación de sus propias prácticas (Landowski, 1993:10).

Hemos encontrado en la sociosemiótica un marco teórico y metodológico pertinente para ordenar pero también reunir las diferencias contextuales que suscita el procesamiento conceptual de un fenómeno como el regionalismo que desencadena pasiones y enfrentamientos, sobre todo cuando se ven comprometidos nombres de peso en la crítica literaria argentina o cuando desde las provincias se considera el olvido de textos valiosos, *olvidando* el carácter precario e interesado de todo canon.

La posibilidad de saber que estamos inmersos en una red inacabable de intercambios discursivos, y el convenir que la fuerza ilocutoria de los discursos en su capacidad de actuar y de hacer actuar, puede *mover montañas*, acaso nos resguarde de los fundamentalismos de turno que nos acechan sin piedad.

ANEXO

Las antologías consultadas se ordenan por la fecha de su primera edición, cuando se dispone de ese dato, y si no se sigue la fecha del ejemplar consultado. Con un asterisco, se identifican las que incluyen textos de escritores salteños, y en este caso se consignan nombre del autor y título después de las referencias bibliográficas.

*Cuentos de nuestra tierra** (1952). Estudio preliminar, selección, prólogo y notas de Antonio Pagés Larraya, Buenos Aires, Raigal.

Juan Carlos Dávalos: “El viento blanco”.

*16 cuentos argentinos** (1955). Selección, prólogo y notas de Mignon Domínguez (Petrona Domínguez de Rodríguez Pasqués). Buenos Aires, Huemul.

Juan Carlos Dávalos: “Los cazadores de chinchillas”

Los nuevos (1968). Selección por Josefina Delgado y Luis Gregorich, Buenos Aires, CEAL

Narradores argentinos de hoy (1971 –1974). Selección, estudio preliminar y notas de Eduardo Romano, Tomos I y II, Buenos Aires, Kapelusz.

35 cuentos breves argentinos (1973). Selección y notas bibliográficas por Fernando Sorrentino, Buenos Aires, Plus Ultra.

*Cuentos del NOA** (1975). Selección, prólogo y notas de Octavio Corvalán, Buenos Aires, Andes.

Juan Carlos Dávalos: “El caso del esqueleto”

Manuel J. Castilla: “De solo estar”

Carlos Hugo Aparicio: “La máquina”

El cuento argentino contemporáneo (1976). Selección y notas de Beatriz Sarlo, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

*25 cuentos argentinos magistrales** (1977), Selección y “Bases para una teoría del cuento” de Carlos Mastrángelo Buenos Aires, Plus Ultra: 3ª edic. ampliada.

Juan Carlos Dávalos, “El secreto del opa”

*El cuento argentino. Quiroga, Borges, Cortázar y otros** (1979). Antología y prólogo por Beatriz Sarlo, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

Juan Carlos Dávalos: “En el monte”

*Cuentos regionales argentinos ** (1983). Selección, introducción, notas y propuestas de trabajo de Prof. Viviana Pinto de Salem, Buenos Aires, Colihue,

Juan Carlos Dávalos: “La creciente”
Francisco Zamora: “La cometa”

Cuentos del Interior (1984). Selección, introducción, notas y propuestas de trabajo de María Adriana Maggio de Taboada, Buenos Aires, Colihue.

Las provincias y su literatura. Santa Fé (1988). Selección, introducción, notas y propuestas de trabajo de Stella Maris Alliani et al, Buenos Aires, Colihue.

Las provincias y su literatura. Córdoba (1992). Selección, introducción, notas y propuestas de trabajo de Pampa Arán y Silvia Barei, Buenos Aires, Colihue.

BIBLIOGRAFÍA

- Adet, Walter
1973 *Poetas y prosistas salteños 1582—1973*, Salta, Dirección de Cultura de la Provincia.
- Altamirano, Carlos
1997 “La fundación de la literatura argentina” en *Ensayos argentinos (1983-1997)*, Buenos Aires, Ariel.
- Altamirano, Carlos y Beatriz Sarlo
1983 “Del campo intelectual y las instituciones literarias” en *Literatura / Sociedad*, Buenos Aires, Hachette
- 1997 “La Argentina del Centenario: Campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos” en *Ensayos argentinos (1983-1997)*, Buenos Aires, Ariel.
- Angenot, Marc .
s/f (a) “La propaganda socialista. Elementos de retórica y de pragmática” en *Interdiscursividades. De hegemonías y disidencias*. Selección de preparada por María Teresa Dalmaso y Adriana Boria. Córdoba, Editorial Universidad Nacional de Córdoba.
- s/f (b) “Frontera de los estudios literarios; ciencia de la Literatura, ciencia de los discursos” en op. cit
- Bourdieu, Pierre
1967 “Campo intelectual y proyecto creador” en *Problemas del estructuralismo*. México, Siglo XXI.
- 1983 *Campo intelectual y campo del poder*, Buenos Aires, Gandhi.
- 1995 “El punto de vista del autor” en *Las reglas del arte*, Barcelona, Anagrama
- Barthes, Roland
1967 “¿Qué es la crítica? en *Ensayos críticos*, Barcelona, Seix Barral.
- Bourdieu, Pierre
1967 “Campo intelectual y proyecto creador” en *Problemas del estructuralismo*. México: Siglo XXI
- 1983 *Campo intelectual y campo del poder*. Buenos Aires Gandhi
- 1995 “El punto de vista del autor” en *Las reglas del arte*. Barcelona: Anagrama.
- Candau, Joel
2002 “Memorias y amnesia colectivas” en *Antropología de la memoria*, Buenos Airese, Nueva Visión
- Cella, Susana et al
1998 “Canon y otras cuestiones” en *Dominios de la literatura. Acerca del canon*, Buenos Aires, Losada.

- Cortazar, Augusto Raúl
1963 “Juan Carlos Dávalos y los cuentos de este libro” en *El viento blanco y otros relatos*, Buenos Aires, EUDEBA.
- Costa, Ricardo y Danuta T. Mozejko
2001 “Prácticas discursivas” en *El discurso como práctica. Lugares desde donde se escribe la historia*, Rosario, Homo Sapiens.
- Filinich, María Isabel
1998 *Enunciación*, Buenos Aires, EUDEBA.
- Ford, Aníbal
1987 “El regionalismo” en *Desde la orilla de la ciencia. Ensayos sobre identidad, cultura y desarrollo*, Buenos Aires, Punto Sur.
- Gramuglio, María Teresa
1998 “Desconcierto en dos tiempos” en Susana Cella (comp.), op.cit.
- Harris, Wendell
1998 “La canonicidad” en Enric Sullá (comp.), op.cit.
- Jitrik, Noé
1998 “El devenir de una palabra” en Susana Cella (comp.), op.cit.
- Lagmanovich, David
1966 “El norte argentino: una realidad literaria” en *Revista Universidad*, Santa Fe, Universidad del Litoral, octubre/diciembre, nº 69.
- Landowski, Eric
1993 *La sociedad figurada. Ensayos de sociosemiótica*, México, FCE.
- 1995-1996 “Formas de la alteridad y estilos de vida” en *Revista Morphé 13-14*, México, Universidad Autónoma de Puebla, años 7-8.
- 2001 *Semiótica y estética*, mimeo.
- Latella, Graciela
1985 *Metodología y teoría semiótica*, Buenos Aires, Hachette.
- Lotman, Juri
1996 “El arte como paradoja informacional” en *La semiosfera I*, Valencia, Cátedra.
- Mainer, José Carlos
1998 “Sobre el canon de la literatura española del siglo XX”, en Enric Sullá, op.cit.
- Marchese A.y J. Forradellas
1978 *Diccionario de retórica, crítica y terminología literaria*. Barcelona, Ariel.
- Mignolo, Walter
1998 “Los cánones y (más allá de) las fronteras culturales (o ¿de quién es el canon del que hablamos?” en comp. Enric Sullá), op. cit.
- Pozuelos Vivancos, J.M.

- 1997 "Lotman y el canon literario" en Enric Sullá, op.cit.
- Reis, Carlos
1981 *Fundamentos y técnicas del análisis literario*, Madrid, Gredos.
- Romano, Eduardo
1971 "Estudio preliminar: El cuento argentino en el siglo XX" en *Narradores argentinos de hoy 1*, Buenos Aires, Kapeluz.
- 1999 "Huellas cómplices (con ciertas poéticas) en la crítica literaria argentina" en Zulma Palermo (coord.), *El discurso crítico en América Latina*, Buenos Aires, Corregidor.
- Sarlo, Beatriz
1988 (a) "Buenos Aires, ciudad moderna" en *Una modernidad periférica. Buenos Aires 1920-1930*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- 1988(b) "Respuestas, invenciones y desplazamientos" en op.cit
- Serra, Edelweis
1980 "La investigación de la literatura argentina desde la perspectiva regional" en *Actas, Simposio de Literatura Regional, Universidad Nacional de Salta, Salta, Secretaría de Cultura y Educación de la Provincia*.
- Sullá, Enric (comp.)
1998 "El debate sobre el canon literario" en *El canon literario*, Madrid, Arco Libros.
- Vergara, Santos
1998 "Una mirada al quehacer literario del trópico" en Revista *Miradas*, Salta, abril, s/nº
- Verón, Eliseo
1984 "Semiosis de lo ideológico y del poder" en Revista *Espacios de crítica y de producción*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, nº 1.
- 1987 *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*, Barcelona, Gedisa.
- Wellek, René
1983 "El concepto de realismo en la investigación literaria" en *Historia literaria. Problemas y conceptos*, Barcelona, Laia

II

POLÍTICAS DE LECTURA. CONTRATOS Y POLÉMICAS

Susana Alicia Constanza Rodríguez

1. Introducción

1.1. Prescripciones

La búsqueda de afirmación de lo regional como estrategia de los grupos no hegemónicos –enfrentados como estaban a la corriente “modernizante”– para lograr un espacio de poder en el orden nacional en la primera mitad del siglo veinte¹, modeló el canon literario salteño más allá y a la sombra de la convención retórica del “regionalismo”². Esto significa que se construyó una imagen de la provincia y de la “salteñidad” que, una vez ofrecida como contrapunto identitario en el combate por la hegemonía discursiva desarrollado en la capital de nuestra república, volvió fortalecida a Salta para continuar la tradición acuñada³. Pero se advierte de manera clara que la celebración del paisaje y del pasado configuran una continuidad tras de la cual se enmascaran los conflictos y las divergencias propias de una cultura que, a pesar de los intentos homogeneizadores, no puede negar su condición étnica plural y heterogénea. De esa condición dan cuenta los textos que recogen y consideran los conflictos sociales escondidos, las sevicias cotidianas impuestas por relaciones sociales de carácter “feudal”, según la perspectiva de una mirada que *migra*⁴ más allá de las coordenadas históricas que han fijado lecturas autorizadas por la tradición.

Prueba contundente de lo afirmado es el filme de Lucrecia Martel⁵, *La ciénaga* (2001), en el que se pone en escena la heterogeneidad cultural y el contraste entre el estado de descalabro de una familia que pertenece a una clase *con pretensiones de*

¹ Cuestión desarrollada con profundidad en el capítulo III.

² Cfr el capítulo I.

³ Proceso que se detalla en el capítulo III.

⁴ En el capítulo IV se explicita este concepto que permite deconstruir la idea de una región “homogénea”.

⁵ Remitimos a quien le interese a la serie de cartas al lector y columnas varias que se reprodujeron en El Tribuno durante el mes de abril de 2001. En una entrevista, Lucrecia Martel dice: “Alguna gente se sintió particularmente tocada o agredida por la película y esa no era mi intención. Se quejaban y mandaban cartas al diario El Tribuno.” (El énfasis es nuestro). Más allá de la intención de la directora (quien niega enjuiciamiento a la sociedad salteña, conciencia de género o intención autobiográfica) existe una intencionalidad del texto, de mayor valor operativo cuando analizamos la producción artística. Se construye en el filme una “tonada” salteña que tiene poco que ver con la inaugurada por Juan Carlos Dávalos, según se muestra más abajo.

hegemonía social y su persistencia en la desvalorización del *coya* que sigue prestándole servicios. Los efectos que produjo su exhibición en Salta mostraron a las claras hasta qué punto persiste la imagen de una provincia *for export* de la que los conflictos y la revuelta social deben ser prolijamente eviscerados. La película de Martel podría haberse referido a cualquier provincia argentina, incluso latinoamericana, sin embargo los comentarios que propició en algunos círculos salteños pusieron en evidencia que reconocían a Salta como “la” referencia del filme y estaban dolidos por el hecho de que en el extranjero se la exhibiera bajo una luz tan poco “favorecedora”.

El rechazo por las miradas divergentes queda explicado en las siguientes palabras de Gregorio Caro Figueroa:

Ese tradicionalismo, que va de lo literario a lo político y de lo cultural a lo social, impregna casi todo nuestro siglo XX. Su peso y su tremenda fuerza se aliaron para frustrar la tentativa de ruptura que, entre 1900 y 1921, planteó Joaquín Castellanos con el modernismo en las letras y el democratismo en lo político. El amago de crítica satírica que esbozaron los “bohemos” disconformes, no hizo más que confirmar la dificultad para encarar una crítica seria y profunda. ¿Por qué se demoró la irrupción del ensayo? Estamos tentados de responder que por las mismas razones por las que todavía la modernidad permanece en una incierta lista de espera. ‘La modernidad es el reino de la crítica’, dice Octavio Paz. De lo cual puede desprenderse que la nuestra seguirá siendo una ‘modernidad aparente’, mientras sigamos careciendo de crítica y sentido crítico. La falta de crítica es efecto, pero también causa de nuestro atraso y nuestra marginación.⁶

El tradicionalismo, asociado a una imagen que proyecta las virtudes del campo a la ciudad, contribuyó para que esta última fuera considerada como una extensión de la casa propia, acogedora y familiar; según la cual el tiempo se hace espacio, se demora y retarda las transformaciones que están ligadas a la modernidad –la contrapartida de tal imagen retardataria la constituye la migración (nomadismo y fuga) de acuerdo con los planteos del capítulo IV–. El marco natural de los cerros parece figurativizar lo que a juicio de muchos actúa como una defensa natural de los valores que se deben conservar⁷, aunque para otros sea el encierro provinciano, claustrofóbico. En franca

⁶ En “Algunas claves para comprender Salta”, Agenda literaria de El Tribuno del 7 de mayo de 2000. Recordamos aquí que en el año 1999 aparece en Buenos Aires el tomo “La irrupción de la crítica” en la colección de la Historia crítica de la Literatura Argentina en el que comprobamos que se ha omitido cualquier referencia a la literatura de Salta. Nos preguntamos ¿tendrá relación con nuestro atraso y nuestra marginación?.

⁷ Al respecto resulta interesante la reflexión de Magdalena Colombo en la Agenda Cultural de El Tribuno del 24/9/2000 a propósito de quienes escriben sobre el “terruño”. La profesora cita visiones contrapuestas de la ciudad a través de una selección que incluye a Manuel J. Castilla, Ema Solá de Solá, Roque Arturo Rueda, Zulema Usandivaras de Torino, Juan Carlos Dávalos, Emilio Viñals, Graciela Gonta, Carlos Juárez Aldazábal. “Las montañas que amurallan la ciudad convierten a Salta en un refugio, y como tal la

oposición a la imagen de clausura que provoca protección o asfixia, según sea el caso, se desarrolla otra cuyas características tienen que ver con la frontera como espacio de permeabilidad cultural. La oposición campo / ciudad se resuelve en una síntesis conflictiva que atravesará la narrativa de la segunda mitad del siglo veinte en Salta; la referencia a los espacios marginales, “las orillas” de la ciudad que acoge actores sociales que provienen de otras condiciones sociales y culturales, permitirá trazar un *sociograma* en el que las manifestaciones que responden a “otra” historia, como la inmigración y la revuelta femenina, por ejemplo, encuentran un lugar en la literatura.

Ahora bien, este trabajo pretende mostrar que la producción literaria salteña mantiene una relación compleja con los mecanismos de canonización⁸ que se cristalizaron en el orden de los reconocimientos literarios, en el interior y hacia fuera de la provincia, y en la política de difusión de los autores salteños. Dicha relación la denominamos como el establecimiento de contratos y polémicas⁹ que caracterizaron el devenir de la literatura en un lugar en el que, a pesar de no existir políticas culturales definidas, de la escasez de medios de publicación y divulgación, de la ausencia de criterios consensuados en lo que a administración de premios se refiere y a la tardía incidencia del ámbito universitario en la conformación de una comunidad crítica, se desarrolló una producción literaria continua. De esa persistencia habla Raquel Guzmán, quien entrevistó a autores y funcionarios de organismos culturales a fin de explicar los modos de edición disponibles en Salta, algunos de los cuales –en su precariedad– se enfrentan con las reglas del consumo que imperan en Buenos Aires. En relación con esto ella concluye que la edición de autor

“[...] puede verse entonces como un contra-discurso que fija una teoría desde la práctica social que sostiene. Mientras la academia y el mercado transforman la práctica de la Literatura en un encierro, el autor elude la rigidez del sistema a través de la puesta en escena de una obra en la que él maneja todos los hilos. Al mismo tiempo el escritor-

ven algunos poetas. Esta tierra cura las heridas, fortalece los espíritus abatidos, revitaliza a quienes sienten el tedio de la vida” pero también: “Hay opiniones que afirman que somos cerrados y demasiado tradicionales”. Es ineludible contrastar dichas ideas con la imagen del becerro que se hunde en “la ciénaga” en la película homónima de Lucrecia Martel.

⁸ Para una exploración teórica sobre el canon consúltese el capítulo I.

⁹ Raquel Guzmán, a partir de la tesis de José Luiz Fiorin, señala en *Contratos y polémicas en la poesía de Salta*, 2002: “En el caso del discurso literario en Salta las relaciones de concordancia con el discurso social permitieron a algunos textos alcanzar los puntos más altos de reconocimiento, son aquellos que construyeron el sistema de referencias metafóricas en el paisaje, la bondad de los habitantes, el barrio, los afectos (Dávalos, Castilla, Aparicio); mientras que se establece una relación polémica, que conduce al olvido, en aquellos discursos que plantean como términos metafóricos el cuerpo, los conflictos sociales, la explotación económica (Sara San Martín, Ricardo Martín-Crosa, Walter Adet, Jacobo Regen)”. En los casos de Castilla y Aparicio debemos matizar esta afirmación en tanto fueron las lecturas que los críticos realizaron de sus obras las que aplanaron las diferencias.

editor adquiere un saber valioso, devela la trama, descubre el secreto que le permite horadar la institución en un acto intrínsecamente revolucionario”. (2000: 5-6)

1.2. Construcción de una mirada

Cuando comenzamos nuestra investigación planteamos la necesidad de explicitar los modos de leer que informan el reconocimiento de los escritores, los criterios de legitimación de sus obras y las razones por las que algunos fueron olvidados mientras otros no han dejado de circular en periódicos y revistas culturales. Esos criterios legitimadores conforman una selección que fue expandida e inculcada a través de la reproducción escolar, según se explicitó en el capítulo I, y que no está desvinculada de una política para preservar lo que se considera *específico* en nuestras letras.

Para referirnos a la peculiar dinámica en la que se cifra nuestra comprensión de la crítica sobre la literatura de Salta, es necesario alertar al lector de que nuestra perspectiva teórica se nutre de la semiótica, porque no concebimos a priori la existencia de un campo social, ya que no hay dato social que pre-exista a la construcción de los discursos que circulan, y donde se han inscripto determinados sujetos en los que los actores reales se reconocen o desconocen. La existencia (o identidad) semiótica se construye por medio de la diferencia, de acuerdo con la concepción estructuralista; según ella los términos puestos en relación en virtud de un eje común adquieren significación por “una cierta distancia entre dos o más magnitudes”¹⁰. En lo que atañe a esta investigación, los criterios que condujeron la búsqueda dan cuenta del sentido que se pone a prueba en la conciliación de términos opuestos según los ejes: identidad / diferencia; centro / margen; dominio / subordinación; regional / nacional; reconocimiento / olvido; campo / ciudad; mirada masculina / mirada femenina; contratos / polémicas; raíz / migración; orden patriarcal / feminismo, cuya pertinencia es relevada por los discursos. Sus universos significantes son construidos, no mantienen relaciones simples con los datos que les sirven de anclaje contextual, por eso se afirma que los discursos no reflejan los elementos de la realidad sino que los manipulan y los reconstruyen dándoles una autonomía relativa en relación con las condiciones reales de

¹⁰ “La aprehensión intuitiva de la diferencia, esto es, de una cierta distancia entre dos o más magnitudes, constituye, para la tradición semiótica posterior a Saussure, la primera condición de la aparición del sentido. No obstante, la diferencia sólo puede ser reconocida partiendo de un fondo de semejanza que le sirve de soporte. Así, al postular que la diferencia y la semejanza son relaciones (aprehendidas y/o producidas por el sujeto cognoscente) susceptibles de ser reunidas y formuladas en una categoría propia, la de alteridad/identidad, se puede constituir como un modelo lógico la estructura elemental de la significación.” (En Greimas-Courtés, 1982)

producción. Lo que lleva a considerar a la interpretación como una hipótesis posible para comprender qué subyace a las manifestaciones discursivas de una sociedad dada, con la salvedad de que dicha comprensión, si bien se sostiene en una trama de carácter explicativo, no puede considerarse definitiva, sino que responde a un estado de saber determinado¹¹.

2. Los contratos en el espacio simbólico del discurso social

2.1. Juan Carlos Dávalos, el “patriarca”

Nos ocupamos de los discursos críticos que ha generado la producción literaria de Salta porque a través de ellos podemos percibir cuáles son las estrategias que han condicionado su proliferación en la memoria cultural, o su silenciamiento. En la configuración de estos discursos en los que, en general, se ha subsumido la crítica literaria de mayor circulación, cumple un papel definitivo la ejercida sobre un escritor “paradigmático” que, a juicio de Aldo Parfeniuk, “ilustra ejemplarmente un grado de conservación y fidelidad difíciles de encontrar en la misma España de hace cuarenta años (es decir, más o menos, en la misma época en que aparecen las principales obras del salteño)” (1990: 55). El lugar común en la crítica de la obra del escritor a quien Parfeniuk se refiere, Juan Carlos Dávalos (1887-1959) –quien por otra parte no ahorró ironías sobre sí mismo y sobre su clase social–, consiste en la afirmación de que incorporó el paisaje salteño, en su diversidad de accidentes geográficos y tipos humanos al ámbito estético. *Mostrar, dar testimonio* de la realidad cultural que lo circunda y *reflexionar* acerca de sus peculiares características son las tres modalidades de su hacer literario; para ello abreva en la observación, el registro y la documentación que desarrolla en sus viajes (Chibán et al, 1982).

Es de notar cómo en aquella perspectiva crítica se prescinde de considerar cualquier mediación entre el sujeto que mira, observa, registra, y la realidad, como si ésta se expusiera de manera natural y directa. Desde la semiótica de las pasiones desarrollada por A. J. Greimas y J. Fontanille (1994) no se ignora que el objeto es un ente activo en la conformación de la mirada del sujeto, aún más, se caracteriza por ser un informador que puede generar estados pasionales: la contemplación extática, la admiración, el amor o el odio. De esta manera concebimos el objeto constituido como

¹¹ Resulta necesario precisarlo porque esta es la condición de la investigación científica, lo que muchos investigadores de las ciencias sociales ignoran cuando pretenden dictaminar que sus lecturas son las únicas posibles.

tal por obra de la mirada humana, ésta no es dirigida a una realidad en bruto sino que, a partir de ciertas convenciones, conforma una imagen de realidad de la cual extraemos, por así decirlo, las notas pertinentes para afirmar nuestra conformidad o nuestro rechazo. En el caso que nos ocupa, el discurso crítico no se detuvo en relevar las condiciones de producción social que han informado la perspectiva según la cual Dávalos muestra la simbiosis entre mundo natural y mundo humano en la extensión geográfica salteña. La mirada de Dávalos se ha naturalizado, además, como la propia y característica de Salta, dada la maestría de su narrativa que no sólo se selecciona para la reproducción escolar sino que ocupa un lugar constante en las publicaciones locales, como lo prueba la revista *Miradas* de Estela Cornejo y las páginas literarias de *El Tribuno* a lo largo de varias décadas. Por otra parte, la prosa de Dávalos ha sido evaluada como de mayor significación que su poesía pues manifiesta la diversidad de informaciones que registra su oído y mirada atenta para articular voces, gestos y modalidades del “ser salteño” a través de la particular enunciación de su habla. Recordemos que una de sus virtudes más admiradas, según Aráoz Anzoátegui (1988, 1999), quien cita a su vez a Gerchunoff¹² es su “escribir con tonada”.

La gravitación de la figura de Dávalos en la tradición de las letras salteñas se deja apreciar en la evaluación que realizan los poetas de generaciones subsiguientes, tal el caso de Santiago Sylvester, que en su antología de la poesía del norte no hesita en llamar a Dávalos “fundador de la región literaria” (2003: 18), y si bien juzga que su poesía retarda las rupturas características de la modernidad literaria, señala que su “literatura de la tierra”, en la que se muestran el paisaje, los oficios, las costumbres y leyendas, logró la confluencia de las tradiciones populares y cultas, amén de generar un antecedente del “realismo mágico”. En este sentido, cabe afirmar que es necesario investigar cuáles son los principios básicos que sostienen los autores cuando hablan de “pertenecer a una región” y tener una “manera de ver el mundo”, enunciados que, según Sylvester (2003: 31), son el sustrato común de quienes habitan en el norte argentino. ¿Existe homogeneidad en la perspectiva aludida? ¿Cómo se producen las identificaciones en un medio social cuya fragmentación económica ha generado exclusiones y abortado proyectos de integración cultural? ¿De qué manera se procesa la intersección entre lo político y lo estético en el interior de la cultura del noroeste? Pero esto es objeto de un análisis que se aleja de nuestro cometido presente.

¹² Con sorpresa advertimos que Santiago Sylvester (2003: 31) también se detiene en este aspecto.

Retomemos la línea de nuestro discurso. Entre los intelectuales que mediaron en la proyección de la obra de Dávalos hay que mencionar en primer lugar a Manuel Gálvez. El prolífico y popular escritor, católico e hispanista, reconocido por su nacionalismo y conservadurismo, alentó al salteño y preparó su reconocimiento en Buenos Aires luego de la primera colección de poemas líricos y descriptivos intitulado *De mi vida y de mi tierra* (1914) cuya segunda parte, de acuerdo con la cita de Gálvez que realiza Magdalena García Pinto “(desarrolla) un regionalismo que representa un esfuerzo hacia un arte netamente argentino” (1996: XXXI). En 1938 publica *Los gauchos*, pero el *Don Segundo Sombra* de Ricardo Güiraldes se había adelantado y según los panegiristas de Dávalos el libro no tiene la repercusión nacional que merece.

Dentro de la tradición nacionalista postulada por Ricardo Rojas y ya mencionada en el capítulo I, la significación de Dávalos fue caracterizada por el crítico Alejandro Fontenla de la siguiente manera:

Es de considerar también la crisis de identidad que experimentó la inteligencia argentina hacia fines de siglo, en relación a las significativas transformaciones sociales de la época, por ejemplo ante las primeras manifestaciones de la cultura urbana popular, marcada por los aportes típicos de la inmigración, y que llevó a muchos intelectuales –Rojas y Lugones son ejemplos– a una búsqueda angustiada (y falseada por esa misma ansiedad) de los arquetipos nacionales (1980: 482).

La pervivencia de la lectura que funda la relación de la escritura de Dávalos con la tradición nacional y provinciana se registra en el discurso de otros escritores de provincia reconocidos en Buenos Aires, lo que muestra que estos actores sociales se reconocen en los sujetos inscriptos en los discursos modelizadores de la nación. Es el caso, por ejemplo, del poeta jujeño Jorge Calvetti¹³ quien escribe que con Dávalos “el idioma se conservará más castizo, más rico, más puro” (sic) (1988: 319) y que “la aventura idiomática que sustentó Dávalos –creo que con éxito– fue de fijar el idioma de los conquistadores que sobreviviría –que sobrevive hoy– en el habla de los gauchos” (1988: 326). A partir de ahí Calvetti sanciona el perfil del literato argentino cuando se interroga: “¿Cuántos escritores verdaderos? ¿Cuántos Sarmiento, Hernández, Lugones, Borges? ¿Cuántos Dávalos?” (1988: 327). La defensa de un idioma de los argentinos recorta, en la producción de los autores que menciona Calvetti, una faz que se desarrolla en el caso de Sarmiento y Hernández en la segunda mitad del siglo XIX y en el de

¹³ Jorge Calvetti junto a Mario Busignani, Néstor Groppa, Andrés Fidalgo, Héctor Tizón y el pintor Medardo Pantoja, formó parte del grupo que publicó la revista *Tarja* (1955-1961).

Lugones, Borges y Dávalos en la primera mitad del siglo XX, quienes representan para el poeta jujeño el “verdadero” decir nacional.

En cambio, según el discurso crítico de Eduardo Romano el estado de constitución de la literatura argentina, en el momento de producción de Dávalos, remite a la persistencia de la complicidad entre la crítica clerical y nacionalista y las poéticas nativistas (1999: 203 y ss). El regionalismo, que a finales del siglo XX se halla desprestigiado como convención para pensar la literatura del interior del país, en las primeras décadas del mismo siglo mereció un rol central y su consideración hizo que de él se llegara al extremo de decir, como lo hace Guillermo Ara, que “hacer literatura nativista ha sido también hacer patria”¹⁴ en tanto ofreció un marco de reconocimiento para la literatura del interior. Pese a que luego de los años cincuenta el discurso de la crítica literaria argentina va a sufrir una transformación que, a juicio de Romano, permitirá considerar las poéticas marginadas de la mirada central, el examen de la obra de Dávalos y, posteriormente, la de Castilla se congelará en una serie de estereotipos que serán reiterados por la crítica más apegada a la tradición. La “vanidosa” Buenos Aires, como la llaman algunos escritores del interior, frente al avance de las vanguardias y a la europeización de muchos de sus intelectuales que amenazaban desintegrar las supuestas virtudes del ser argentino, recupera las poéticas que se hacían eco de un “interior” que no por tan “mostrado” fue (y sigue siendo para muchos porteños) menos desconocido.

En 1965 David Lagmanovich, escritor y profesor de literatura de la Universidad Nacional de Tucumán, redacta la primera versión de *La literatura del noroeste argentino* (1974) a partir de un corpus que abarca los años que van de 1940 a 1964¹⁵; se advierte con sorpresa que en la selección de escritores el eje según el cual ordena los nombres responde al paradigma literatura regional / literatura nacional. La contrapartida de esa visión la constituye el estudio de Alicia Poderti (2000) en el que se continúa la lectura crítica de Zulma Palermo con respecto a la configuración del nacionalismo /

¹⁴ Citado por Eduardo Romano en “Huellas cómplices (con ciertas poéticas) en la crítica literaria argentina”. (En 1999: 206). En la Página Literaria n° 804 de El Tribuno del 23/11/80, a propósito de la narrativa de Hernán Figueroa Aráoz, Guillermo Ara dice que “esos relatos constituyen una muestra de afincamiento raigal en la tierra, en casas, sitios y recuerdos.” Este crítico porteño persevera, entonces, en su actitud mimética. Recordemos que el título de uno de los ensayos de Hernán Figueroa Aráoz, es La tradición como factor argentinista.

¹⁵ En el apéndice de la edición consultada el autor pretende ir más lejos que la redacción primera para incluir la década que va de 1965 a 1974, pero el eje de la selección no varía y en síntesis se puede decir que el libro de Lagmanovich se limita, tal como él lo expresa, a un “andamiaje cronológico y bibliográfico sobre el que se asienta la literatura del norte argentino”. (1974: 40).

regionalismo como resistencia al “afuera” (Europa para Buenos Aires, la metrópolis para las regiones del interior del país)¹⁶.

Pero más allá del sordo combate discursivo entre pensamiento regionalista y revisionismo crítico, y de los estereotipos generados por el primero, la personalidad y obra de Dávalos signa la literatura de Salta con tal fuerza que instituye un patriarcado simbólico que comienza a perder vigencia hacia los años ochenta, según se colige del análisis de Elisa Moyano (1995) en “Campo literario salteño. Pasado y presente”¹⁷.

2.2. Manuel J. Castilla, entre el bronce y la vida

Considerar los discursos críticos elaborados sobre la obra de Manuel J. Castilla (Cerrillos, 1914 - Salta, 1980) permite tomar nota de una ruptura en la continuidad de la crítica que practica la inclusión de su poética, en el orden nacional, bajo la rúbrica del regionalismo. Esto, en última instancia, no afecta la consideración de una obra que las lecturas canonizadoras se obstinan en relacionar de manera contractual con los discursos dominantes, dada la fuerza de legitimación del ideario regionalista. En las últimas décadas del siglo XX, desde un discurso menos proclive a continuar con los estereotipos de la crítica aludida, se rechaza el rótulo de “literatura del noroeste”, por considerar que la determinación de la unidad regional es impropia, si nos atenemos a la configuración territorial del estado sobre el que las fronteras nacionales dibujaron una línea de exclusión y pertenencias arbitrarias (Kaliman, 1993).

Para dar un ejemplo de las diferencias (y el conflicto) entre las dos miradas puestas sobre la poética castillana conviene citar las afirmaciones realizadas en el apartado “Los poetas del interior” de la *Historia de la literatura Argentina*, en las que se advierte cómo los especialistas continúan hablando de regionalismo para situar la escritura de Castilla:

La preocupación por expresar el “*ser nacional*” crea un clima propicio para la integración de los poetas del interior del país, a los que, por su peculiar inserción en el panorama literario nacional, trataremos en capítulo aparte. El interior enriquece ostensiblemente el panorama literario del 40, creando sus propios medios de difusión (...) independientes en su mayoría de los medios de difusión de la Capital, y generando *una poesía rica en variantes regionales, regionalismo que debe ser interpretado desde el horizonte cultural de cada provincia*.¹⁸ (Baumgart et al., 1981: 187)

¹⁶ Cfr La narrativa del noroeste argentino. Historia socio-cultural, pp 223-229.

¹⁷ Ensayo que integra el informe final del Trabajo de investigación n° 422. (En Moyano, 1995).

¹⁸ El énfasis es nuestro.

La edición ampliada de la *Historia de la literatura argentina*¹⁹ se hizo en las postrimerías de la dictadura militar que sufrió la República Argentina, por lo que no se descuenta que la remanencia del modelo regionalista se debe a la necesidad de hacer operativa su eficacia discursiva en un momento histórico aún sometido a los efectos negativos de la “barbarie apátrida”, tal como se caracterizó la disidencia ideológica. De este modo la literatura del interior entra, bajo la rúbrica del regionalismo, en el caso de Dávalos, y, aunque también se marca su regionalismo, como “poesía rica en variantes regionales” y “poesía del Noroeste”, en el caso de Castilla. Ambos poetas están en la zona de inclusión de las poéticas nacionales, pero con un tratamiento ligeramente diferencial. En el capítulo dedicado a Castilla, a propósito del prólogo de Raúl Galán a la “Muestra Colectiva de Poemas” de 1944, las críticas aducen que

La problemática enunciada se relaciona con aquella *referida a la identidad nacional y con aspectos socioculturales propios del noroeste argentino*. Estas características determinan una visión distinta a la de algunos intelectuales porteños, muchos de los cuales, en su afán nacionalista, no dan cuenta de la heterogeneidad de los elementos culturales que integran el país. Por otra parte, las formas culturales que conservan la huella del colonizador hispánico del siglo XVII, perduran en el noroeste con mucha más fuerza que en el litoral, en donde, a una colonización con características diferentes, vienen a sumarse, a principios de siglo, las marcadas por la corriente inmigratoria europea, determinando procesos socioculturales distintos²⁰. (Baumgart et al., 1981:241-2)

La variación fundamental entre la lectura crítica de Dávalos y Castilla se concentra en observar cómo es factible atribuir al regionalismo la contemplación del entorno geográfico y sus aspectos socioculturales, porque Dávalos “muestra” a un lector “de fuera”²¹ una Salta variopinta filtrada por la mediación de un lenguaje castizo que, cuando hace lugar al modo peculiar del habla de la región o a sus creencias, no duda en remarcar que está dando testimonio de ellas, como disculpándose de la “vulgaridad” en la que aquélla pudiera incurrir. Se percibe una contradicción cuando los críticos dicen que la obra de Castilla “no puede reducirse a una inscripción regionalista” (Baumgart et al., 1981: 253) pero al mismo tiempo no dejan de mencionarla como “poesía rica en variantes regionales”. Ellos subrayan que las claves para la interpretación de la poesía de Castilla se constituyen en relación con la transformación de su poética que admite la

¹⁹ La primera edición es del año 1968, la segunda del año 1976, citamos por la tercera edición de 1981. Para contrastar visiones de la crítica literaria en nuestro país habrá que esperar hasta 1999, cuando Emecé, bajo la dirección general de Noé Jitrik, publica el tomo n° 10 de los doce tomos que integrarán la Historia crítica de la Literatura Argentina. Recordemos que las dos primeras ediciones fueron realizadas durante la vigencia de la Doctrina de la Seguridad Nacional.

²⁰ El énfasis es nuestro.

²¹ Advertimos que se trata de una imagen de lector no de uno empírico.

exploración lectora a partir de teorías tales como la intertextualidad, la autorreflexividad, la enunciación múltiple y los modos de representación de la oralidad en la escritura. Si en el caso de Dávalos el *otro* estaba ahí, mostrado en su pertenencia al paisaje (el gaucho, el coya), desde las coordenadas realistas la poesía de Castilla se denomina como “social”, porque presta su habla a “los que no tienen voz” (Baumgart et al., 1981: 263) dada su asimilación de las poéticas post-románticas y post-realistas. Consideramos que la clave de este ambiguo discurso crítico reside en la ausencia de matices en torno a los conceptos de *regional* y de *regionalismo*.

En tanto, el discurso crítico de Kaliman²² se afirma en la separación radical del regionalismo como identificador de una unidad regional; vincula a Castilla con una poética indigenista de vanguardia a la que el poeta tuvo acceso en su viaje a Bolivia. El horizonte del discurso de Ricardo Kaliman enfrenta la tradición crítica del reconocimiento nacional de Castilla en una operación doble, porque no sólo habla de su producción desde otro lugar teórico sino que la descentra del sistema literario rioplatense erigido como nacional desde una lectura de carácter “idealista”. Se sostiene la existencia de un plurisistema literario que vincula a los escritores a un paradigma de legitimidad, cuyas coordenadas ya no se limitan a las fronteras nacionales sino que se organizan según un proyecto ideológico latinoamericanista²³. Notemos que estas diferencias son percibidas por críticos del NOA. Frente a la “tonada” de Dávalos se erige otra en la que confluye, según Poderti, un espectro lingüístico

[...] que emparenta las características idiomáticas de la ciudad de Salta con las de otras regiones, como el Chaco salteño, los Valles Calchaquíes y la región fronteriza con Bolivia, y recibe influencias de culturas aborígenes como la guaraníca (a través de las comunidades tobas, chiriguanas y maticas) o el quechua/aymara” (2000: 270)

El crítico boliviano Guillermo Mariaca Iturri sintetiza muy bien el ideario integracionista cuando dice “Y ahora, en el momento de la ficción de lo pluricultural, nos seguimos haciendo la ilusión de que lograremos trascender los límites homogeneizantes de la nación” (1999: 155). Porque entre el camuflaje ideológico del discurso nacionalista del regionalismo y la perspectiva de los estudios críticos actuales media la convicción de que ha habido una ruptura radical entre el proyecto político-económico y el cultural-literario. El investigador mencionado ya no se hace ilusiones

²² Aclaremos que no tuvimos acceso a la tesis doctoral de Ricardo Kaliman, nos referimos a un ensayo citado en la bibliografía de este capítulo.

²³ Consideramos que Poderti abunda en los marcos desarrollados por Kaliman a propósito de Castilla. Cfr el párrafo IV.5: “Diseños regionales” (2000: 269-270).

acerca del poder transformador de los discursos críticos, pero también siente resquemor ante el pensamiento postmoderno que por un lado exalta la multiplicidad identitaria y los cruzamientos étnicos que impiden pensar en una nación homogénea, pero por otro no cree en la posibilidad de trascenderla²⁴.

Aunque debemos recordar que es a partir de las teorías que propugnan que los procesos discursivos no tienen origen en el sujeto sino que se realizan en y *a merced de* él, por lo que la tarea de la crítica cambia y se matiza la oposición entre identidad / alteridad. Cae la ilusión de una identidad común cuando se advierte que han irrumpido textos que demandan otras redes de lectura, y ponen en duda las miradas que reprodujeron cánones legitimados. El caso de Castilla muestra la complejidad del fenómeno de la escritura en Salta, en la segunda mitad del siglo veinte, pues se advierte que él es alguien que obtuvo reconocimiento –más allá de quienes sólo lo adscriben al regionalismo– porque su poética se ajusta a los cambios que la generación del cuarenta había logrado imponer en el concierto nacional, pero, a la vez, se lo considera partícipe de una corriente latinoamericana y andina que, en la cultura salteña, selló una peculiar confluencia con lo popular –la veta folklórica de Castilla y Leguizamón no hace más que confirmarlo– reivindicada por los escritores más jóvenes²⁵. Aunque quizás sea, como apunta Guzmán (2002), su constante referencia metafórica al paisaje el factor preponderante que lo acredita, a pesar de las diferencias entre sus poéticas, como el heredero de Dávalos en la consideración y el reconocimiento de los salteños, en clara alusión al contrato del que hablamos al principio de este párrafo.

Sin embargo, Alejandro Morandini (2002) acerca otra interpretación que pone en evidencia la ruptura del contrato con un discurso dominante de carácter idealizador. Adscribe a Castilla a un proyecto político que tiene sus antecedentes en Joaquín Castellanos y que se opone al orden conservador de Dávalos –que el crítico sintetiza con el rótulo de “Pasado y Paisaje”–, según coordenadas estéticas disociadas de los reclamos del hombre que sufre la explotación de un trabajo miserable. Se muestra sin ambages cómo la crítica elide, desde el prólogo “político”²⁶ que Dávalos hace a

²⁴ Para afirmar la condición postmoderna de la cultura latinoamericana la cita constante es el libro de Néstor García Canclini tan vapuleado por la crítica: *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*.

²⁵ Entre los grupos que se han formado en el interior de Salta, Arcoiris tiene como referente a Castilla y sostiene un homenaje permanente al poeta cerrillano. Otros grupos, como el ya disuelto “Vocación”, reivindican a Castilla por su fundación de una región literaria y confirman su gesto al pretender sedimentar una tradición que incorpore el trópico al panorama cultural salteño.

²⁶ Advierto al lector que antes de la observación realizada por Morandini en la publicación aludida, Elisa Moyano escribió acerca de esta paradoja de lectura que es el prólogo satírico de Dávalos. Cfr “Campo

Copajira (1949) y en el que se neutraliza la intención social del poemario, lo que tiene ese texto de revulsivo. Hay una “domesticación de la lectura” que, desde la reproducción de lugares comunes, ignora la potencia productiva de una poética que al decir de Morandini: “No sólo está nombrando, está definiendo y organizando un mundo y ese mundo se organiza alrededor del trabajo y de la explotación del trabajador”. (p. 5)

El “solo estar”, reivindicado por las lecturas normativas que aseguran la vigencia de los contratos con los discursos sociales dominantes, ahoga el “estar con otros” social que subraya Morandini, y muestra de ello lo ofrece la ruptura con la continuidad dada a la línea que sintetiza Lagmanovich, cuando afirma que Castilla es “un ejemplo más de la consagración a la celebración poética de su tierra” (1974: 40).

Castilla, al igual que Dávalos, dispone de un monumento que lo fija al bronce. Fue “el último escritor salteño que tuvo mecenas” (Moyano, 1995) pero extendió su mirada a una realidad más vasta que la del “patriarca” y dejó abierta una veta en la mina social sin soslayar el conflicto aunque también sin generar disputas entre los poetas más jóvenes; a partir de ellos asoman cada vez con mayor fuerza poéticas de ruptura, impulsadas, esta vez, por escritores provenientes de sectores antes marginados y por las mujeres (Ibáñez y Moyano, 1994). La tradición lectora de Salta elegirá cuál de los Castilla que se textualiza en su prolífica obra dejará su huella en la memoria cultural.

2.3. Carlos Hugo Aparicio, de las orillas al centro

Debe quedar claro al lector que nuestro cometido es mostrar cuáles fueron las condiciones bajo las cuales se reconoció a ciertos escritores, y de qué forma se establecieron contratos y polémicas con criterios ajustados a tradiciones de lectura diferentes, que de algún modo legitimaron la canonización de algunos y el olvido de otros. A pesar de que ya no hay lecturas críticas que adscriban a Carlos Hugo Aparicio de lleno en el regionalismo, en cierta manera este escritor se inscribe en el modelo de escritor que funda Dávalos y continúa Castilla. Aparicio es una figura significativa dentro del campo literario porque constituye un caso paradigmático del escritor de provincia²⁷. Por un lado obtiene, en 1996, un lugar en la Academia Argentina de Letras

literario salteño. Pasado y presente” en *La escritura salteña de los ochenta como espacio de hibridación y entrecruzamiento discursivo*.

²⁷ Aparicio nació el 20 de junio de 1935 en La Quiaca, Jujuy, y vive desde los 13 años en Salta. Sería interesante comparar y oponer su periplo con los de otros escritores de provincia, Raúl Dorra, y Juan José Saer quienes nacieron en 1937, el primero en San Pedro de Jujuy y el segundo en Serodino, Santa Fe. El caso de estos dos últimos muestra cómo la posibilidad de publicación tiene relación directa con la

de Buenos Aires, que parece abrir sus puertas de vez en cuando a los escritores del interior de modo tal que las provincias aparezcan representadas, y el proclamado federalismo se muestre efectivo. Es en virtud de ese sitio nacional de honor que el gobierno de la provincia de Salta le otorga el “Reconocimiento al Mérito Artístico”. Por otro lado, publicó su única novela, *Trenes del sur*, en 1988 aunque la había escrito en 1968. Lo que pone en evidencia las dificultades de edición a las que se enfrenta el escritor del interior, aunque sea el caso de alguien que desde 1958 ha recibido treinta y seis premios y menciones de honor (nacionales y provinciales), entre los cuales está el Segundo Premio Nacional de Literatura de la Secretaría de Cultura de la Nación en el año 1992 por la novela aludida.

La referencia académica a Aparicio es muy vasta, cuenta con un cúmulo de discursos críticos que se generaron tanto en Salta como en el exterior, fundamentalmente en Francia, pues dos investigadores lo eligieron para realizar sus tesis: de posgrado en el caso de Genevieve Despinoy (1991-5) y de grado en el de Sylvain Planque (1999). En Salta, Alicia Poderti presentó en el año 1988 su tesis de Licenciatura en Letras con un análisis de su obra completa²⁸, mientras Zulma Palermo lo incluía, en 1991, entre los escritores de la región en un ensayo de su autoría. También aparecen estudios críticos sobre Aparicio en las memorias de las Jornadas Andinas de Literatura Latinoamericana (JALLA) de 1993 y en publicaciones de la Universidad Nacional de Tucumán.

En el ensayo de Alicia Poderti el nombre de Aparicio se suma a los de Héctor Tizón, Juan José Hernández, Juan Ahuerma Salazar, Antonio Nella Castro, Francisco Zamora, Elvira Orphèe, Hugo Foguet y Santiago Sylvester, quienes a juicio de la crítica aludida han cambiado de signo el “sistema literario regional”, por lo que puede decir que

La región del noroeste argentino se inscribe dentro de un mapa no trazado por las fronteras políticas sino por la comunión de una cultura que se ha vuelto multifacética: es indígena y, además, hispánica, latinoamericana, europea y nacional (1991: 13)

El discurso crítico de Poderti advierte cambios en el protocolo estético anterior a los autores mencionados y coloca a Aparicio entre quienes lo desoyen “instaurando con

migración, en lo que atañe a Dorra, de Jujuy a Córdoba y de ahí a Puebla de los Ángeles (México), mientras que Saer viaja con una beca a Francia y no regresa sino por temporadas a Argentina.

²⁸ En la categoría de ensayo recibió el segundo premio del concurso de la Fundación del Banco del Noroeste de Salta (el primero lo recibió Zulma Palermo con el también citado De historia, leyendas y ficciones), y se publicó con el título La cultura popular en la escritura de Carlos Hugo Aparicio, 1991.

su escritura un nuevo registro canónico dentro de las letras nacionales” (1991: 12). Sin embargo, la cuestión se torna compleja cuando afirma que en el discurso de Aparicio conviven los *códigos regional y nacional*, pues advierte que esta es una particularidad de la literatura nacional contemporánea que la conecta con el resto de la producción hispanoamericana (1991: 19). Según esta perspectiva, la escritura de Aparicio pone en evidencia que en el noroeste se han desestimado ya temas y retóricas conectadas con el “regionalismo”, conformándose una nueva modalidad en las letras de la región que “concuera con la renovación del sistema literario hispanoamericano de las últimas décadas, generado a partir de la escritura rulfiana” (1991: 34)²⁹. A juicio de esta crítica los “narradores del N.O.A.” participan de un mismo sistema literario junto a “Julio Cortázar, Gabriel García Márquez, Alejo Carpentier, José Lezama Lima, Augusto Roa Bastos, Miguel Ángel Asturias” (1991: 39).

Este giro en el ángulo de lectura de la escritura salteña muestra el abandono del paradigma de lo “nacional”, en tanto pretensión de trazar un proyecto homogeneizador de la cultura argentina, el que ha sido suplantado por otro de mayor amplitud pues ya no se limita al territorio nacional sino que se conecta con el hispanoamericano. Está implícita una nueva concepción de lo nacional, que en los noventa se entiende como integración de las diferencias: de clase y étnicas. En la consideración de la literatura argentina, el discurso crítico generado en el interior pone en evidencia hasta qué punto la mirada constituye el objeto de conocimiento. Ahora bien, por razones de políticas académicas y editoriales, el reconocimiento de los escritores de provincias continuará ligado a la posibilidad de edición y distribución de sus obras desde Buenos Aires, aunque a finales del siglo veinte la globalización económica afecte también a los escritores radicados en la capital quienes sufren, en escala diferente, las dificultades contra las cuales han combatido los escritores del interior.

Dicha situación conflictiva la percibe con claridad Genevieve Despinoy, la investigadora francesa que dedica su tesis doctoral a la obra de Aparicio, cuando observa que, según su lectura, se colige un “divorcio” al tiempo que una “integración” entre la provincia y Buenos Aires a partir de, fundamentalmente, la novela *Trenes del sur*. Coincide con Poderti en considerar que Aparicio erige una obra contra la tradición regionalista esclerosada, pero al propio tiempo textualiza el conflicto entre capital e interior cuyos contrarios son “nación”, “patria”, “criollos”, por un lado, y “tradición

²⁹ Sugiero completar esta perspectiva con la desarrollada en el capítulo IV.

cultural”, “coyas” / “no coyas”, “andinos” y “carnaval” por el otro. Hasta aquí, el “divorcio” aludido. Sin embargo Despinoy advierte la integración en una figura – persistente y modélica para la estructura de la novela– constituida por el tango que, según su perspectiva, da un claro ejemplo de la capacidad de los medios de comunicación para crear una cultura común entre las regiones del interior y Buenos Aires, pues por medio de procesos de aculturación asimilan la puna al arrabal³⁰. Las letras de tango modelan una experiencia interior, la del protagonista, quien “borra las diferencias entre niveles de cultura, entre mundo rural y urbano, entre metrópolis y periferia” (1995: 232). Despinoy, a su vez, apoya su lectura en la crítica de Oscar Raúl Valli y en la tesis doctoral de Leonor Fleming (1985), sobre todo en esta última pues confirma la posibilidad de considerar al noroeste como una zona de fronteras en la que se articula la región andina y el Río de la Plata.

La noción de frontera también concita el interés de Nora Dottori (1995) porque, otra vez a propósito de *Trenes del sur*, la lleva a demostrar cómo confluyen los vectores del “orden” –progreso, prosperidad burguesa– y “desorden” –atraso, pobreza– en la manifestación de un imaginario cultural que concentra los procesos de transculturación (Rama, 1982) en “la comida”, y el cruce entre la cultura urbana porteña rioplatense y la región de fronteras, en “el tango”. La lectura de Flawiá de Fernández se concentra, por su parte, en advertir que en la novela se muestra la relación entre el interior y la capital de la provincia según el modelo instaurado entre Buenos Aires y el interior, es decir, la ciudad es un objeto de deseo que no sólo fracasa como imagen de identificación para el hombre del interior sino que es un espacio de frustración cultural:

El texto es así la desconstrucción estética que el discurso realiza. Es una réplica entre las maneras autoritarias de la gran capital de imponer modelos a los cuales los provincianos se sienten atraídos pero que en esencia no los identifican ni les permiten realización personal alguna. (1990: 146)

El trabajo de Flawiá³¹ es el único que recalca la perspectiva masculina que atraviesa la novela de Aparicio. Mientras que en su tesis, Sylvain Planque expone con claridad un punto de vista que muestra a Aparicio como un escritor que “escribe por y

³⁰ Remitimos al uso que de las nociones de aculturación y transculturación se hacen en el capítulo IV.

³¹ No nos detendremos en el trabajo de Rosa Comba de De la Vega, también publicado por la Universidad Nacional de Tucumán, puesto que se concentra sólo en observar que la escritura de los cuentos de Aparicio no se puede reducir a la literatura de denuncia.

sobre la orilla pero no para ella” (1999: 25) y sobre su entrada en el canon literario observa que

[...] el reconocimiento por parte de cierta institución literaria fuertemente vinculada con el poder sociopolítico local, no podía sino otorgarse desde aquel afuera referencial del que hablaba, el de la oficialidad en este caso, en una lógica de integración, ficticia a mi modo de ver, o de recuperación, para emplear un término más vindicativo, de lo que quiso verse, en aquel entonces, como expresión genuina de la “cultura de la orilla”. (1999: 25)

No puede ignorarse que la mirada de Planque, desvinculada en absoluto de las reglas de convivencia social que caracterizan una sociedad endogámica como la salteña, percibe con cierta ironía que se recupera un lugar de enunciación (el de la orilla) con el objetivo de integrarlo; en razón de que el discurso hegemónico es interpelado por una escritura que se hace cargo de hablar *por* los excluidos y no *para* ellos. En esta observación, en la que cabría por cierto la voz poética dada por Castilla a los “que no tienen voz” (¿o no se los quiere escuchar?), se advierte la acidez de una crítica que apunta a denunciar políticas culturales que manifiestan la complicidad entre la institución literaria y los gobiernos para mantener un *status quo* cuyo objetivo es preservar a la sociedad de conflictos.

De cualquier manera, en el campo cultural argentino el reconocimiento de Aparicio se dio por la conjunción de varios factores entre los cuales no reviste carácter menor el apuntado por Poderti, referido a la concordancia entre su escritura y la renovación del sistema literario hispanoamericano, cuyo nombre fundamental lo constituye el mexicano Juan Rulfo. En términos de reconocimiento nacional, Aparicio ha tenido un mentor, el crítico Jorge Lafforgue, quien contribuyó para que fuera posible la edición en Legasa de *Sombra del fondo* (1982), la que reúne los cuentos que dan título al volumen con *Los bultos*, libro editado en Buenos Aires, en 1974, por Editorial Castañeda.

Con Carlos Hugo Aparicio se cierra la lista de los tres escritores cuya obra aún el reconocimiento nacional y provincial. En el primer caso, el de Dávalos, su registro canónico se basó en los criterios de legitimación del regionalismo; en el de Castilla dichos criterios fueron desplazados por la vanguardia poética que conectó el sistema rioplatense con el hispanoamericano, a través de las figuras tutelares de César Vallejo y Pablo Neruda, dos de los poetas extranjeros con mayor repercusión en Salta. Por último, el de Aparicio es el caso de quien logra representar el habla de un grupo social hasta

entonces excluido de las letras salteñas, el habitante de las orillas, lugar de mixtura sociolectal que fue hábilmente recuperado por la academia, desde los estudios sobre los niveles sociolingüísticos de la literatura del NOA y “La recreación del suburbio a través del lenguaje de *Los bultos*” (ambos trabajos producidos por investigadores de la Universidad Nacional de Tucumán) hasta los planteos críticos según mediaciones teóricas de moda en la academia, tal como lo ejemplifica el trabajo de Alicia Poderti, basado en la polifonía bajtiniana.

Se percibe entonces que la legitimación de estas tres figuras de la literatura de Salta, en el orden nacional, obedece a un contrato de lectura que reproduce, al decir de Walter Adet³², una visión *catalogadora de geografías* que modeló su reconocimiento y pretendió borrar sus diferencias. En tanto, la perspectiva crítica acuñada por los extranjeros y por algunos académicos salteños matiza la consigna, aunque en la mayoría de los casos se advierte que el modelo según el cual se mide la pertinencia de la escritura está en otro lugar. Quizás sea necesario revisar las nociones utilizadas por los críticos, en especial la de “transculturación”, para evaluar si los matices aludidos operan a favor o en contra del contrato de lectura establecido.

3. Entre el contrato y la polémica

3.1. Zulema Usandivaras de Torino o la imposibilidad de domesticar el deseo

En el año 1988 la Fundación del Banco del Noroeste entrega el segundo premio, en la convocatoria para la selección de obras literarias de autores de Salta, Jujuy y Catamarca, a *La esposa* (1989,1996,1997,1999), una novela que pareciera escrita a destiempo, en relación con los modelos vigentes en la literatura latinoamericana y argentina. Si nos remitimos sólo al orden nacional mencionaremos a Manuel Puig, Ricardo Piglia, Juan José Saer, por obra de quienes se han sedimentado las innovaciones que en el campo de la narrativa produjeron, a mediados del siglo veinte, Juan Rulfo y Julio Cortázar, entre otros escritores. Nuevos códigos que, como dijimos en el párrafo anterior, Carlos Hugo Aparicio mostró en 1968 en la escritura de *Trenes del sur*, aunque

³² En la Página Literaria n° 905 de El Tribuno del 14/11/82, a propósito de Baica y Jaime Dávalos, Walter Adet dice que no son reconocidos por varias razones, entre ellas, porque los salteños abominan de quien se va, son “desertores”. Pero además porque escriben “sin incursionar en descripciones paisajísticas, porque el que siempre está mudándose y de paso, con su mustio guardarropa portátil en las rutas de ‘a dedo’ y en los trenes, acaba por saturarse de todos los decorados y ambientaciones exteriores. Y porque todo auténtico trashumante, todo viajero desprejuiciado de cimientos, es un desesperado buscador de sí mismo y nunca, o muy pocas veces, un apacible contemplador de superficies.” Cfr el capítulo IV.

la publicara veinte años después, curiosamente el mismo año que se le entrega a Usandivaras el premio por una novela que ignora olímpicamente las transformaciones contemporáneas del género. No sólo cabe citar el caso de Aparicio, también Antonio Nella Castro recibió por *El ratón* (1970) un premio que le valdría la edición española de una novela cuyo carácter experimental y su fuerte impronta política no colaboraron en procurar a su autor un lugar especial en el quehacer literario salteño³³. En 1984 Juan Ahuerma Salazar publica en una edición casi artesanal *Alias cara de caballo*, muestra acabada del cruce de géneros e hibridación discursiva que mereció la transposición del texto literario a la escena teatral.

Sin embargo, el destiempo no opacó el impacto que produjo la novela de Usandivaras en un ámbito en el que productores y consumidores estaban cambiando de manera ostensible, hecho demostrado por la explosión del género a fines del ochenta y en la década siguiente, como lo prueba la publicación de *La república cooperativa del Tucumán* (1989) de Juan Ahuerma Salazar, *Augustus* (1993) de Liliana Bellone, *La mala leche* (1993) de Martha Grondona, *La imaginaria* (1996) de Carlos Müller, escritores que persistirán *a posteriori* en el género de la novela³⁴.

A lo largo de la investigación realizada se analizan las características del impacto aludido, y se llega a la conclusión de que el mismo no está desasido de un fenómeno que, de acuerdo con lo propuesto por María Rosa Lojo (2000), tiene relación con la imagen de la mujer que fue modelada por la escritura de los varones y que la incursión de las mujeres en el género novela viene a contradecir. Tanto en el ámbito porteño como salteño el espacio literario estuvo tradicionalmente reservado al hombre y sólo la lírica, como género asociado a la subjetividad, era practicada por mujeres. Por cierto que no existe sincronía, pues en Buenos Aires emerge la escritura narrativa de mujeres en los años cincuenta mientras que en Salta hay que esperar a los años ochenta³⁵.

³³ La primera edición de Planeta (Barcelona) desapareció de las librerías en Argentina en la década del 70. Recién en 1988 se realiza una segunda edición en Legasa, su autor envía un ejemplar a Hernán Figueroa Aráoz para que la reseñe pero éste se molesta por el “lenguaje procaz” que Nella Castro ostenta en *El ratón* y regala a Botelli el libro. Finalmente la reseña Eugenio Taruselli en la Página Literaria de El Tribuno dirigida por José Juan Botelli (1974).

³⁴ Como lo prueba Fragmentos de siglo de Liliana Bellone, La mancha de yodo de Martha Grondona, Lluvia amarilla y perros in the night de Ahuerma Salazar y Tamchai Honat (1997) de Carlos Müller. A esos autores habría que agregar el nombre de Gloria Moya quien obtuvo un premio internacional con *Cielo de tambores* (2003).

³⁵ Hay que considerar el fenómeno en su “masividad” pues es cierto que un siglo atrás han escrito novelas mujeres, caso paradigmático es el de Juana Manuela Gorriti.

En el caso que nos ocupa debe hacerse una remisión obligada a la teoría de Georg Lukács (1916) pues el horizonte de expectativa que *La esposa concita* tiene que ver con la novela como una forma de reflexión sobre el espacio social y el tiempo histórico que plantea, en este caso, situaciones diferenciales para el hombre y la mujer. Es decir, si hay innovación ésta se refiere exclusivamente a la trama novelística que no presenta una ruptura formal sino una disociación de la mirada sobre los acontecimientos que constituyen la historia.

Si nos detenemos en el proceso de enunciación de la novela observamos que los sujetos de los enunciados narrativos en muchos casos están puestos bajo perspectivas diferentes que muestran evaluaciones sociales y afectivas. El narrador-descriptor³⁶ pone en escena un observador interno a la historia y otro externo, el primero está figurativizado en el “esposo”, sinécdoque de las conveniencias sociales que instauran una rígida convención respecto del mundo femenino; el segundo, un observador testigo, contradice la versión anterior que es compartida por el entorno social (la mujer valuada, tasada como una mercancía, un objeto de cambio) al introducir un matiz afectivo, de aquiescencia con una interioridad que se rebela frente a las imposiciones del medio, aunque no pueda exteriorizar su revuelta. Manuela, la protagonista, tiene a lo largo de su vida maridos y amantes, los primeros se ajustan a las conveniencias sociales, de alguna manera están impuestos por las reglas que rigen el intercambio de bienes en una sociedad patriarcal y cerrada; los segundos son *los otros absolutos*, hombres al servicio de la oligarquía (el médico, el capataz, el profesor de música) a quienes Manuela, tenga o no relaciones sexuales, desea. Ese es el eje que subvierte “los deseos masculinos de virtuosismo y dominación” (Culler, 1984: 153), porque se despliega un cuerpo femenino activo, no pasible de ser sometido a la violencia sexual. Se desplaza la mujer del lugar ornamental que ocupa en sus relaciones con los hombres y se la muestra en “rebelión irrefrenable” frente a la entrega de su cuerpo a un hombre viejo (el primer esposo) o de su patrimonio al control social masculino del padre y el hermano mayor.

Así como no hay rupturas formales y la trama no hace estallar el orden social instaurado, Manuela no abandona a su segundo esposo pese a la infidelidad de éste. Sin embargo se subvierte el realismo narrativo mediante la subjetividad de la mirada impuesta sobre un orden social que distribuye roles fijos a la mujer, al reconocérsela a ésta como sujeto deseante. Se explicita entonces el papel de la mujer como engranaje

³⁶ Para analizar las particularidades enunciativas de *La esposa* se sigue la teoría de María Isabel Filinich, especialmente el Capítulo 1 “Semiótica del discurso descriptivo” (2003).

privilegiado de una maquinaria social que se perpetuará indefinidamente si no se alteran sus mecanismos. La novela no priva al lector de reflexionar sobre cuáles son los factores que convergen para situar a la mujer en el lugar de esclava del deseo de los hombres: la educación escolar y religiosa. Género y clase social se cruzan en el texto más allá de las intenciones de la autora, quien en modo alguno acuerda con que el feminismo, y menos el clasismo, la hayan influido. La cultura no está, según la perspectiva textual, asociada al prestigio social sino para los que son domesticados y no desarrollan una reflexión propia. La profesionalización de la mujer como escritora es tardía y en el caso de Zulema Usandivaras ésta cumple, por un proceso metonímico, el deseo de ser “ella misma”, de no ser alienada, a través de la *performance* erótica de una Manuela que “despierta” por la lectura de los libros que atesora su viejo primer marido en la biblioteca. Extraña vinculación de Balzac con el deseo femenino en una Salta con resabios conventuales, presentación en sociedad de sus vírgenes selectas y caciquismo político.

Usandivaras polemiza con la tradición de que la mujer de la sociedad salteña debe limitarse a escribir poesía, si la comparamos con Clara Saravia Linares de Arias por ejemplo, cuyos poemas están “trasminados” de efusión religiosa y mística, las diferencias son absolutas. Pero en tanto reproduce una imagen de Salta (rural y ciudadana) que no implica trasgresión alguna al espacio habitable y amable que articula la sociabilidad de los salteños, su literatura establece un contrato con el discurso hegemónico. El reconocimiento que obtuvo en su provincia está avalado, sin distinción, por escritores y por críticos locales (Raúl Aráoz Anzoátegui, Néstor Saavedra, Fernando Figueroa, Liliana Bellone, Emilia Virginia Acosta; María Eugenia Carante de Ragone, Roxana Caramella de Gamarra) entre quienes se destaca la perspectiva de Alicia Poderti. Ella reúne el nombre de Zulema Usandivaras, Liliana Bellone, Clementina Quenel y Libertad Demitrópulos como ejemplos de ruptura con el orden patriarcal masculino y subraya que la primera ofrece un testimonio histórico de las reglas que articularon la sociedad colonial salteña y que perviven en la primera mitad del siglo veinte.

Entre las producciones generadas por nuestro proyecto de investigación la de Sonia Hidalgo Rosas (2000) postula un lugar de producción común para Usandivaras y Bellone a pesar de las diferencias de sus escrituras, en tanto la sexualidad –que las coloca en la posición de ser objeto de intercambio y movilidad sociales– es el arma que les permite resistir a las reglas de una cultura marcada por el patriarcado.

3.2. El oficio del escritor, Liliana Bellone

En *Augustus* (1993,1994,1999) la circulación de la literatura canónica occidental, que también se hizo presente en la referencia a la biblioteca de los terratenientes en *La esposa*, se relaciona específicamente con la línea de vasallaje que la clase media argentina rindió al mundo europeo. La admiración por la lengua francesa y el desprecio por la italiana –y la cultura que mediatiza– se manifiesta en la Generación del ochenta cuando la “avalancha” de inmigrantes traza en el territorio nacional un mapa abominable a ojos de la aristocracia criolla. Bellone logra captar en su novela el extrañamiento del inmigrante que, puesto a sopesar su tradición cultural italiana frente a la local, sólo puede escalar posiciones sociales más aventajadas si ofrece a sus hijas una educación acorde a las convenciones del medio:

Papá decía que el colegio les dará el refinamiento necesario. En el colegio les enseñan francés porque l'education, hijas, l'education. A veces yo pensaba que papá insistía en que aprendiéramos francés con la misma obstinación con que nos negaba la posibilidad de enseñarnos italiano, a pesar de que lo hablaba todavía con mamá (1993:68-9)

Desde una focalización distinta y si tenemos en cuenta un oficio narrativo de mayor complejidad enunciativa al puesto en ejercicio en *La esposa*, ambas novelas significan a partir del uso que hacen de códigos culturales que provienen de realidades contrapuestas, y sin embargo reiteran un mismo modo de funcionamiento en lo que hace a la dialéctica amo / esclavo (orden patriarcal / feminismo; centro / margen). Frente al discurso hegemónico la construcción de una identidad femenina (Culler, 1984) se realiza mediante la adjunción de fragmentos literarios que remiten a una gramática autorreferencial en el caso de *Augustus*. En la novela se traspone el código literario culto a un mundo donde las vanas pretensiones del padre inmigrante son desalentadas por la “barbarie”. De la carencia de un destino deseado, a la sumisión al decidido por el padre (para mantener el orden patriarcal como sucede en la novela de Usandivaras) y de la promesa de una vida en el “gran mundo” al destierro solitario en la casa de ciudad, Clara / Eugenia Grandet/ y Elena, la hermana, envejecen. A través de la memoria-escritura de quien narra se inscribe la historia social y se desajustan las correspondencias entre oposiciones fijas, ya que lo que el padre inmigrante define como bárbaro (el campo, los peones, las fuerzas primitivas, el sexo) es lo que fascina a las

herederas, las condena a la soledad y a la familia entera al acabamiento. Como dice Sonia Hidalgo Rosas:

Se puede hablar de castigo al desobedecer la ley patriarcal, al salir del lugar que la sociedad signó para la mujer. Pero podemos ver que aunque el objeto de deseo de la mujer no se proyecta a un futuro, la desobediencia existe y muestra cómo la rebeldía de la mujer acaba con un proyecto de familia impuesto por los hombres. El proyecto masculino se cierra en el mismo momento en que la mujer abandona su lugar en la cultura de los hombres. Sin ellas, con su desobediencia, no hay ascenso social, ni dinero, ni reconocimiento político ni descendencia, no hay futuro. (2000: 6)

El espejo, metáfora borgeana que la escritura de Bellone intertextualiza, les da a las hermanas la imagen de sí mismas según la mirada masculina, conocerla significa hacerse cargo del lugar que ocupan en el mundo o subvertirlo, negándose a cumplir el destino asignado y asumiendo, en cambio, el de la escritura. Desde el punto de vista que analizamos *Augustus*, la inscripción en el discurso de los códigos literarios cultos y representativos de problemáticas que borran las fronteras de lo *nacional / provinciano* provoca un efecto de reconocimiento en el ámbito de los estudios dedicados a la narrativa escrita por mujeres (Lojo, 2000) pero, a la vez, el olvido de su producción, en tanto subvierte una línea inaugurada por la narrativa de Dávalos, en la que el conflicto está ausente³⁷.

3.3. El escritor rebelde, Juan Ahuerma Salazar

La producción de este escritor circula en ámbitos restringidos, las ediciones de *Alias Cara de Caballo* (1984) y *La república cooperativa del Tucumán* (1989) que él se ocupó de manipular casi artesanalmente se agotaron; en el caso de la primera Víctor Hanne la reeditó en el 2000 bajo la serie *El pájaro cultural ediciones*, título que hace alusión a la revista editada por Ahuerma. El autor ha publicado otras dos novelas pero aquellas, a nuestro juicio, son las que rompen de manera más contundente el discurso hegemónico. Con respecto a *Alias Cara de Caballo* otro escritor rebelde, Walter Adet, escribe un texto que figura en la contratapa de la segunda edición y merece citarse:

Original, polémica como todo lo suyo. Como quien sabe que la única forma de andar en este mundo sin tropezar, es de rodillas. Ahuerma es siempre el desalojado, que al

³⁷ Por la autora nos enteramos de que su novela fue objeto de una tesis de Licenciatura en Letras, en la Universidad Nacional de Jujuy (María Inés Gómez, 2003), donde se la compara con *La hojarasca* de García Márquez.

trasladarse, embala también las nubes del patio en su mudanza. Mi talentoso amigo penitencial, profundo, *sonriente de la vanguardia entre cangrejos*. Por él la poesía de Salta tuvo un resuello extraño, casi de acusación para los que suelen verla como un *entretiempo discursivo*. Frases donde la idea se enfurece como una serpiente de cascabel, sin perder un solo instante su sangre fría. (...) En el sueño de Juan todo acontece sin inocentes ni culpables. Pero por él sabemos, recordamos, que *iglesias, sinagogas y mezquitas son el campo de concentración de las almas aprisionadas por el miedo*. Por él sabemos que los ojos acumulan tiempo hasta desfondarse.³⁸

La escritura de las novelas mencionadas muestra un alto grado de irreverencia a los modelos canónicos. El efecto de dispersión y de ruptura de la unidad formal se acentúa por la concurrencia de voces heterogéneas que irrumpen, verborrágicas, en oraciones caudalosas y de puntuación anómala desde el punto de vista de la corrección gramatical. La narración se alimenta de las voces de la calle, de relatos orales, leyendas y tradiciones, un rumor social inacabable e incierto cuyas resonancias no se ajustan a una dominante discursiva sino que abren la polémica e instalan un contradiscurso en relación con la memoria cultural de los pueblos americanos. La metáfora que condensa el semantismo de la escritura responde al paradigma de la alquimia, porque voces, miradas y personajes se transmutan, se borra la frontera entre personajes históricos, ficcionales y los de la bohemia salteña del siglo veinte. Se transmuta el tiempo pues la memoria refiere el pasado pero también el futuro, abolidas las distancias por obra del presente de la enunciación enunciada. El resultado sería desopilante si no fuera porque en la fragua de la escritura conviven los “héroes” de nuestra historia, sabiamente desprovistos del bronce, con los militares genocidas del “proceso”; se mezcla la seriedad con el humor y la ironía, la muerte de Güemes con la comunicación radial del deceso de Perón. Ni siquiera el discurso académico se salva del embate y el viaje de los escritores bohemios al “congreso” remeda el de los conquistadores: en la reunión de artistas de la república cooperativa a la que alude el título de la segunda novela está la flor y nata de los artistas del norte, los hacedores de poesía que luego el discurso académico encerrará con rótulos.

Lejos de la “tonada salteña” y de la celebración del paisaje, más próxima a las “orillas” de la escritura de Aparicio, resulta sintomático que la narrativa de Ahuerma no se ajuste a ninguna de las dos convenciones que obtuvieron reconocimiento en el orden nacional. La razón es que se lo desconoce en virtud de la misma negación del autor en difundir su obra; sin embargo hacia dentro de la provincia se conectó con la bohemia del interior y ejerció un cierto magisterio, como veremos en el caso de Cabot. Alejandra

³⁸ El énfasis es nuestro.

Cebrelli (1993) lo relaciona con la narrativa de Víctor Fernández Esteban ya que ambos escritores impugnan los verosímiles narrativos y producen así textos marginales, de “poca circulación y escaso reconocimiento” (1993: 191). De acuerdo con esa lectura, la impronta del estilo de Ahuerma en la narrativa de Fernández Esteban estaría en la disolución de fronteras de género, el cuento se puede leer como novela en el caso del segundo, la novela rescribe crónicas y leyendas en el del primero. En tal sentido, estos autores abren vasos comunicantes con la tradición de Macedonio Fernández, Borges y Cortázar, escritores que en el ámbito nacional generaron lectores pero que en el provincial aún son asumidos como propios. De *Noche de cenizas* (1986) de Fernández Esteban, Cebrelli dice que

Habrá que esperar de qué modo proliferará ese sentido y dejará su huella en otras producciones. En otras palabras, habrá que esperar para escuchar su diálogo con otros textos entramándose así en el devenir escriturario salteño. (1993: 211)

De cualquier manera, en el marco de nuestro trabajo pudimos construir una red que comunica sus novelas con las de las escritoras ya mencionadas pues los tres invierten los valores sociales. En el caso de *La esposa*, la contradicción con el orden patriarcal adopta una gradación ascendente, mientras que en *Augustus* desciende hasta lo disfórico y apocalíptico. Las dos novelas de Ahuerma plantean la inversión de los valores socialmente reconocidos y domesticados por el discurso histórico hegemónico, pues en el perfil del “héroe” que dibuja están nuestras pulsiones y deseos.

3.4. Construir una tradición, escritores del interior

*Prófugos del origen
estamos en el exilio
de la Palabra y
de la Historia.*³⁹

En contacto con una realidad que no encuentra en las representaciones realizadas por la literatura canonizada en Salta un modelo con el que aquella se identifique, los escritores del interior (Martha Grondona, Carlos Maita, Santos Vergara, Héctor Arturo Cabot, Hugo Francisco Rivella, entre otros) recurren a inventar sus propias

³⁹ Es la estrofa final del poema “Uno mira desde aquí” de Hugo Francisco Rivella, poeta de Rosario de la Frontera que emigró a Córdoba en la década de los setenta pero mantuvo con su ciudad un contacto permanente.

convenciones estéticas, a partir de núcleos de elaboración que en algunos casos se materializa en la fundación de grupos. Tales los casos de Santos Vergara (Grupo *Vocación*) y de Carlos Jesús Maita (*Takku*), de San Ramón de la Nueva Orán y de Rosario de la Frontera, respectivamente. A pesar de que Vergara se inicia en la narrativa de la mano de la escritura de Dávalos, a poco que consolida su oficio comienza a salir de su coraza e incorporar las formas exploradas por los escritores ya consagrados en América Latina, como Juan Rulfo, lo que se pone en evidencia en la novela *Las vueltas del perro*⁴⁰. A través de su relación con las minorías étnicas y sociales de sus respectivas zonas los escritores del interior no reproducen escrituras “normalizadas”, o sea, seleccionadas e incorporadas al canon para luego ser expandidas a través de la inculcación escolar como competencias literarias legítimas, sino que identifican su proyecto estético con uno de carácter ético y son alternativamente contenidos por los escritores de la capital de la provincia (Juan Ahuerma Salazar, Jesús Ramón Vera) o repelidos por “escribir mal” (Edmundo del Cerro).

Los escritores reunidos en torno a la actividad desarrollada por Santos Vergara y su grupo, por ejemplo, producen a contrapelo de una sociedad que los descalifica por su contacto con las minorías étnicas y sociales de su región. Su inserción social, junto a la escasa representatividad de su literatura con respecto a la clase dirigente del medio, obra en contra de su reconocimiento. Sin contar que el mayor alejamiento de los centros de consagración los coloca en una situación desventajosa si los ponemos en relación con los escritores de la capital de la provincia.

Pero es tal vez el caso de Cabot –escritor tucumano radicado en Tartagal– el que deba ser tomado como testigo en cuanto se advierte una búsqueda, en su escritura, que marca el afán de construir una narrativa que dé inteligibilidad a la experiencia de vivir en la frontera, lo que también pone en cuestión el hecho de hasta qué punto hablar la lengua literaria legitimada⁴¹ por la institución ayuda o perturba en la generación de la propia voz. Y esta se perfila como mediadora, en un diálogo cultural interrumpido por el poderoso efecto de las políticas neoliberales que echaron por tierra los proyectos de integración regional, el desarrollo industrial, y sometieron a las regiones de frontera al abandono y la miseria de los que los piqueteros son un ejemplo cabal y “bochornoso”

⁴⁰ Cfr el trabajo de lectura de Silvia Picat y Laura Vistas producido en el marco del Proyecto 765.

⁴¹ Seguimos el concepto de “lengua legítima” asociada a la lógica de la distinción, elaborada por Pierre Bourdieu (1985).

para la “imagen” de una provincia que los gobernantes pretenden vender, no sólo a los turistas.

Si existe una diferencia, más allá de las relaciones de identificación de la narrativa de Cabot con un discurso indigenista de clara filiación vindicativa, con las formas consagradas a la representación de la alteridad se debe a que en el contrapunto de las situaciones planteadas por sus cuentos y novelas el conflicto no se resuelve y queda latente la tensión que le es constitutiva. La escritura se propone como una maquinaria al servicio de la memoria colectiva, según lo cual se inscriben en el mismo nivel y sin distinción el hacer social del escritor y el del pueblo. La memoria recupera las costumbres pero no las estigmatiza en la figura de las “sagradas” tradiciones a las que son afectos los conservadores, sino que las convierte en referentes necesarios para comprender el grado de alienación sufrido por obra de la entrega del patrimonio de YPF en la venta absurda que se realiza durante el gobierno de Menem. No se salva de la dialéctica de la memoria el rol que juegan las instituciones escolares, entre ellas, la universidad, como factor de legitimación de las políticas de turno.

En su novela *En el refugio de los sueños olvidados* la tradición literaria la construye el escritor loco, Desiderio, condenado a vivir en la Loma junto a los otros marginados. Se tematiza la figura del escritor en la invención de un nombre que se asocia en la novela con los reales de Juan (Ahuerma Salazar) y Aníbal (Aguirre) junto a quienes se comparte la pasión:

Para el Desiderio, la poesía era una realidad cerca de todos, metida hasta en los sueños desde donde salían las palabras deseosas de escritura. La poesía ya era una lluvia impostergable, artesana del consuelo, viviente y sonora, agitada voz de las relaciones solidarias que canta paralela a la historia. (1999: 106)

La palabra del escritor es la palabra de todos, sin jerarquías sociales ni literarias. El arte de decir es un arte de hacer (Michel de Certeau, 1994) por el cual las experiencias culturales de un mundo en permanente transformación son mediadas por un narrador que enlaza las historias y produce imágenes en las que el fluir del tiempo no permite fijarlas en forma definitiva. Escritura moderna, porque se concibe desde el convencimiento de que la literatura es una arma de refutación de que se dispone para contravenir la ingente producción en serie generada por la sociedad de consumo. Al tiempo que se proyecta a la fundación imaginaria de una zona que sólo en virtud de manifestarse en el discurso adquirirá la presencia necesaria para existir con plenitud.

De la lectura de la narrativa de Cabot surgen dos líneas que nos permiten reflexionar sobre la virtual potencia de la polémica como contrapunto del contrato de lectura que opera en la canonización, según se ha visto a lo largo de este capítulo. Una de ellas se relaciona con la idea moderna constituida por la virtud emancipadora de los relatos que incorpora la revuelta femenina frente al orden patriarcal; la otra pone al arte de decir junto al arte de hacer bajo el paradigma de lo estésico, lo que involucra los sentidos no desligados de lo estético, en una composición plural que conecta estas formas con las premisas postmodernas de disolución de fronteras e hibridación. Pero la búsqueda de los escritores “menores” de Salta está, por decirlo de alguna manera, en sus comienzos y si en el cierre de su “obra” se consagran –según reglas de algún futuro canon literario– con certeza surgirán otros que den batalla en el campo discursivo y generen nuevas polémicas.

BIBLIOGRAFÍA

ARA, Guillermo

1981 “Literatura regional y literatura nacional”. Salta: *Actas del Simposio de Literatura Regional*, Salta, Universidad Nacional de Salta – Secretaría de Estado de Educación y Cultura.

ARÁOZ ANZOÁTEGUI, Raúl

1988 “Obra y figura de Juan Carlos Dávalos”. Buenos Aires: *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, tomo LII, julio/diciembre de 1987, n° 205-206

1999 “Obra y figura de Juan Carlos Dávalos” (1984) en *Por el ojo de la cerradura*. Salta: Ediciones del Robledal.

BAUMGART, Claudia et al.

1981 “La poesía del cuarenta. Introducción” y “La poesía del cuarenta. Manuel J. Castilla” en Zanetti, Susana (dir.), *Historia de la literatura argentina*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

BOURDIEU, Pierre

1983 *Campo de poder y campo intelectual*. Buenos Aires: Folios.

1985 *¿Qué significa hablar?*. Madrid: Akal.

1988 “El campo intelectual: un mundo aparte” en *Cosas Dichas*. Buenos Aires: Gedisa.

CALVETTI, Jorge

1983 *Juan Carlos Dávalos*. Buenos Aires: Editorial Cultura Argentina

1988 “Juan Carlos Dávalos, poeta” en *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, tomo LII, julio/diciembre de 1987, n° 205-206.

CASTAGNINO, Raúl H.

1988 “Juan Carlos Dávalos y la Academia Argentina de Letras” en *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, tomo LII, julio/diciembre de 1987, n° 205-206

CEBRELLI, Alejandra

- 1993 “La impugnación del verosímil narrativo: *Noche de cenizas* de Víctor Fernández Esteban” en Elisa Moyano (dir.) *La escritura salteña de los 80: condiciones de producción y de reconocimiento*. Salta: CIUNSa, mimeo.
- CELLA, Susana
1999 *La irrupción de la crítica*. Vol. 10 de *Historia crítica de la literatura argentina* (dirección de Noé Jitrik) Buenos Aires: Emecé.
- CHIBÁN, Alicia et al.
1982 “El proceso de la literatura y su reflejo de la realidad socio-cultural salteña” en *Estudio socio-económico y cultural de Salta*. Salta: Consejo de Investigación de la Universidad Nacional de Salta, tomo II.
- COMBA DE LA VEGA, Rosa
1986 “La incomunicación y el problema de la identidad en los cuentos de Carlos Hugo Aparicio” en *Argentina en su literatura*. Tucumán: Instituto de Investigaciones de Lingüística y Literatura Hispanoamericana, sección Literatura Argentina, pp 56/64.
- CULLER, Jonathan
1984 *Sobre la deconstrucción. Teoría y crítica después del estructuralismo*. Madrid: Cátedra..
- DESPINOY, Genevieve
1995 “Divorcio e integración entre la provincia y Buenos Aires” en *Memorias de las Jornadas Andinas de Literatura Latinoamericana de La Paz* (1993) La Paz: Universidad Mayor de San Andrés de La Paz / Plural Editores, pp 224/232.
- DOTTORI, Nora
1995 “Región, frontera y clase social en el noroeste argentino: *Trenes del Sur* de Carlos Hugo Aparicio”, en *Memorias de las Jornadas Andinas de Literatura Latinoamericana de La Paz* (1993) La Paz: Universidad Mayor de San Andrés de La Paz / Plural Editores, pp. 243/253.
- DRUCAROFF, Elsa
2000 *La narración gana la partida. Volumen 11 de la Historia crítica de la literatura argentina* (dirigida por Noé Jitrik). Buenos Aires: Emecé.
- FILINICH, María Isabel
2003 *Descripción*. Buenos Aires: Eudeba.
- FIORIN, José Luiz
1997 *Linguagem e ideología*. Sao Paulo: Ática.
- FLAWIA DE FERNÁNDEZ, Nilda
1990 “*Trenes del sur* de Carlos Hugo Aparicio. La ciudad, modelo y frustración” en *Cultura y creación literaria en el N.O.A. Ensayos sobre Aparicio, Moyano y Tizón*. Tucumán: INSIL Universidad Nacional de Tucumán, pp 133/148.
- FONTENLA, Alejandro
1980-1986 “Juan Carlos Dávalos. La literatura del noroeste argentino” en Zanetti, Susana (dir.) *Historia de la literatura Argentina*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, tomo 3: “Las primeras décadas del siglo”.
1987 “Prólogo” a *La muerte de Sarapura (antología)*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

- FOUCAULT, Michel
1991 *Las redes del poder*. Buenos Aires: Almagesto.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor
1990 *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes / Grijalbo.
- GARCÍA PINTO, Magdalena
1996 “Breve reseña de la vida y obra de Juan Carlos Dávalos” en Juan Carlos Dávalos, *Obras completas* (éditas), volumen 1. Buenos Aires: Imprenta del Congreso de la Nación.
- GARCÍA PINTO, Roberto
1975 “Semblanza y recuerdo de Juan Carlos Dávalos” en *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, tomo XL n° 155-156, pp 51-86.
1984 *Isis o la Literatura del Norte argentino*. Salta: Fundación Michel Torino.
- GREIMAS, Algirdas J.
1982 *Semiótica. Diccionario razonado de la Teoría del lenguaje*. Madrid: Gredos.
----- y Jacques Fontanille
1994 *Semiótica de las pasiones. De los estados de cosas a los estados de ánimo*. México: Siglo XXI-BUAP.
- GUZMÁN, Raquel del Valle
2000 “La literatura subterránea”. San Salvador de Jujuy: *VI Jornadas de Investigación en Humanidades y Ciencias sociales de la Universidad Nacional de Jujuy*, mimeo.
2002 “Contratos y polémicas en la poesía de Salta”. San Salvador de Jujuy: *VII Jornadas Regionales de Investigación en Humanidades y Ciencias sociales de la Universidad Nacional de Jujuy*, mimeo.
- HIDALGO ROSAS, Sonia
2000 “Cruce de miradas en la narrativa femenina salteña”. Rosario: *II Congreso Internacional de Teoría y crítica literaria de la Universidad Nacional de Rosario*, mimeo.
- IBÁÑEZ, Marta
2000 “Posiciones, disposiciones, legitimación de las obras literarias. Reconocimiento de autores salteños”. San Salvador de Jujuy: *VI Jornadas regionales de investigación en Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Jujuy*, mimeo.
- IBÁÑEZ, Marta y Elisa Moyano
1993 “Anverso y reverso de la escritura salteña de los ‘80” en *Actas del VII Congreso Nacional de Literatura Argentina*. Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán.
1994 La escritura salteña de los ochenta. Informe final del Trabajo de Investigación n° 325/93, mimeo.
- IBÁÑEZ, Marta, Elisa Moyano y Susana Rodríguez
1996 “La lectura como espacio conjetural. Reflexiones teóricas a partir de dos investigaciones realizadas a propósito de la escritura salteña de los ochenta-noventa” en *Cuadernos de Humanidades*. Salta: Universidad Nacional de Salta.
- KALIMAN, Ricardo J.
1994 *La palabra que produce regiones. El concepto de región desde la teoría literaria*. Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán.

- LANDOWSKI, Eric
1993 *La sociedad figurada. Ensayos de Sociosemiótica.* México: FCE
- LAGMANOVICH, David
1974 *La literatura del noroeste argentino.* Rosario: Biblioteca.
- LOJO, María Rosa
2000 “Pasos nuevos en espacios habituales” en Elsa Drucaroff *La narración gana la partida. Volumen 11 de la Historia crítica de la literatura argentina* (dirigida por Noé Jitrik). Buenos Aires: Emecé.
- MARIACA ITURRI, Guillermo
1999 “Las huellas de la memoria. Rastros y rostros de la crítica literaria boliviana” en Zulma Palermo (coordinadora) *El discurso crítico de América Latina Volumen II.* Buenos Aires: Corregidor.
- MAZZOTI, J. A. y U. J. Cevallos Aguilar (coord.)
1996 *Asedios a la heterogeneidad cultural. Libro de homenaje a A. Cornejo Polar.* Philadelphia: As. Internacional de Peruanistas.
- MONTERO María L.
1983 “Nuevos tramos de un camino epistolar. Cartas de Juan Carlos Dávalos a Manuel Gálvez” en *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, tomo XLVIII n° 187-188, enero/junio.
- MORANDINI, Alejandro
2002 “Castilla. Cerca de la revolución”, en Revista *Claves*, Abril, Salta, año XI n° 108, p.4-7.
- (En Elisa Moyano, *La escritura salteña de los ochenta como espacio de hibridación y entrecruzamiento discursivo*, Consejo de Investigación de la Universidad Nacional de Salta, 1995).
- PALERMO, Zulma
1987 *La región, el país.* Salta: Comisión Bicameral Examinadora de Obras de Autores salteños.
1991 *De historias, leyendas y ficciones.* Salta: Fundación del Banco Noroeste.
1998 “Problemas en la construcción de las literaturas de frontera” en *Actas de las II Jornadas Nacionales de Literatura Comparada*, volumen II. Mendoza: Universidad de Cuyo, pp 435 y ss.
- PARFENIUK, Aldo
1990 *Manuel J. Castilla. Desde la aldea americana.* Córdoba: Alción Editora.
- PLANQUE, Sylvain
1999 “Parte primera: Estudio de la narrativa de Carlos Hugo Aparicio” en *La representación de la autoridad en la obra de Carlos Hugo Aparicio y Juan Ahuerma Salazar.* Tesis de grado. Montpellier (mimeo).
- PODERTI, Alicia
1991 *La cultura popular en la escritura de Carlos Hugo Aparicio.* Salta: Fundación del Banco del Noroeste.

2000 *La narrativa del noroeste argentino. Historia socio-cultural*. Salta: Ediciones Milor.

PULCINELLI ORLANDI, Eni

1988 *Discurso e leituras*. Campinas: Editorial Universidade Estadual de Campinas.

1996 “A incompletude do sujeito. E quando o outro somos nós?” en Eni Pulcinelli Orlandi et al., *Sujeito e texto*. Sao Paulo: EDUC.

RODRÍGUEZ, Susana A. C.

2000a “Redes de lectura y política identitaria”, ponencia presentada en el *II Congreso internacional de Teoría y crítica literaria de la Universidad Nacional de Rosario*, mimeo.

2000b “Redes literarias y redes de poder. La literatura en Salta”. San Salvador de Jujuy: *VI Jornadas Regionales de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Jujuy*, mimeo.

2002 “Discurso teórico y estudios regionales”. Mendoza: *Jornadas Nacionales “Literatura de las regiones argentinas” de la Universidad Nacional de Cuyo*, mimeo.

ROMANO, Eduardo

1999 “Huellas cómplices (con ciertas poéticas) en la crítica literaria argentina” en *El discurso crítico en América Latina II*. Buenos Aires: Corregidor.

SYLVESTER, Santiago

2003 *La poesía del Norte. Siglo XX*. Buenos Aires: Fondo Nacional de las Artes.

III

LOS OLVIDOS DEL SIGLO XX: LAS LITERATURAS URBANAS Y LOS TEXTOS DE MUJERES

Beatriz Elisa Moyano

Me refiero a los procedimientos, estrategias y agenciamientos convocados en la canonización, territorio siempre movedizo en el cual se ocultan y develan las complicidades de la crítica con la hegemonía. Kemy Oyarzún

Un texto femenino no puede ser más que subversivo: si la mujer escribe es trastornando volcánica, la antigua costra inmobiliaria. En incesante desplazamiento. Hélène Cixous.

Hemos hablado hasta ahora de los reconocimientos canonizadores de los textos salteños realizados en otras latitudes y hemos reflexionado acerca de las causas que los hicieron posibles, pero no nos detuvimos en la opinión que la crítica literaria local tenía sobre este fenómeno, al comienzo de nuestra investigación. Quizá nadie se había formulado la pregunta de esta manera, pero se lo atribuía intuitivamente a cuestiones editoriales y a la “autogestión”.

En una entrevista realizada en aquel momento (1999) por la Lic. Alejandra Cebrelli, entonces co-directora del Proyecto, a la Lic. Fany Osán de Pérez Sáez, ésta afirma:

El relevamiento de la producción local que iniciamos en el setenta y dos fue muy importante porque sólo se conocía a Dávalos. Claro, él publicaba en *La Nación*, en el *Boletín* de la Academia Argentina de Letras, en *Nosotros*, en *Riel y fomento*. Entonces y ahora los escritores tenían que hacer el periplo por Buenos Aires para que los conocieran. De todos modos, particularmente *Caras* y *Caretas* y *Riel y fomento* le daban cabida a escritores del interior menos conocidos. Por ejemplo, en *Caras...* se publicaron “Los casos del zorro” de Dávalos, como folletín. La otra revista era una publicación de los Ferrocarriles Ingleses y editaba todo lo que se escribía por las zonas donde transitaba el tren. ¿Te imaginás la cantidad de escritores desconocidos que accedían a la publicación por ese medio? Lamentablemente, esta promoción de escritores del interior se acabó con la nacionalización de los ferrocarriles.

Sabemos que el citado relevamiento incorporó los nombres de Joaquín Castellanos, Manuel Castilla, Raúl Aráoz y muchos otros agrupados en las llamadas generaciones del cuarenta y del sesenta. Pero el tema del reconocimiento canonizador

en la metrópolis, que permite —muchas veces— acceder a la publicación, no ha llegado para la mayoría de ellos. Las variables que se conjugan para que éste se realice ya fueron analizadas anteriormente (aunque alguna cosa más diremos aquí). Y aunque los críticos hayan pensado sólo en cuestiones de política editorial, sabemos que la cuestión no se reduce a ella. Tampoco el olvido tiene una sola causa y poner al descubierto otras ha sido el objetivo inmediato de este capítulo, cuyo objetivo final es su superación.

1.- Regionalismo-ruralismo y canonización de textos marginales

Mucho se ha hablado, en los últimos tiempos, de márgenes, orillas, fronteras. Las ciudades tienen márgenes, las naciones ¿también? ¿Qué sector es el margen de una nación? ¿Una región geográfica? ¿Un sector socio-económico-cultural? Todo margen supone un centro que funciona como mecanismo de inclusión-exclusión. Si es así ¿qué decimos cuando hablamos de textos marginales? Si estos existen ¿es porque han quedado fuera del reconocimiento canonizador? ¿Cuál es el motivo por el que ciertos textos no son incorporados al canon de una nación?

Dos tipos de cuestiones, una estética y otra ideológica, parecen conjugarse en la marginación de un determinado escrito. Tomemos un ejemplo de todos conocido, la situación de *Martín Fierro* en el siglo XIX⁴². El texto, por un lado, incorpora las peculiaridades léxicas y fonéticas del habla del gaucho y por otro, recupera su despreciada figura. Fue lógico entonces su apartamiento realizado por los grupos que adherían a las líneas estéticas dominantes cuyo modelo estaba en Europa y que, ideológicamente suscribían a la antítesis *civilización / barbarie*, cuya equivalencia con *ciudad / campo* es de todos conocida. Pero estos círculos, poseedores del dominio discursivo en ese momento, no eran un bloque. Se produjo en su interior la lucha entre una posición hegemónica⁴³ y una contrahegemónica que tuvo entre sus estrategias realizar reconocimientos canonizadores de algunos textos, cuestión que les permitió superar la marginalidad. Veamos algunas de las causas de ese proceso. En la Argentina posterior a la caída de Rosas, los liberales erigen como paradigma⁴⁴ de lectura de la

⁴² Esto ya fue mencionado en el capítulo I.

⁴³ En la noción de hegemonía se encuentra la idea de dominación y subordinación. Esto llevó a Williams a postular la idea de contrahegemonía y de hegemonía alternativa que pueden ser neutralizadas o incorporadas por la hegemonía (1988:130 y 136).

⁴⁴ Si T. S. Khun usa paradigma para los modelos científicos vigentes durante cierto tiempo cuyas crisis provocan la aparición de uno nuevo (Argumedo,1993:82), la categoría es usada acá metafóricamente para

realidad la citada dicotomía, con una sobrevaloración del polo mencionado en primer lugar y, a partir de entonces, todo lo extranjero y lo urbano eran evaluados como superiores. Ya hacia fin del siglo, el descontento de los sectores que habían quedado en la zona devaluada (el campo), como los gauchos, hace posible la aparición de portavoces que los visibilicen. Se trata de los gauchescos en general y particularmente de José Hernández. Pocas décadas después, “los primos pobres de la oligarquía”⁴⁵ agroexportadora, los nacionalistas⁴⁶ agrupados por la crítica en la “Generación del Centenario”, se presentan como el grupo contrahegemónico que produce el cambio paradigmático: la fórmula conciliadora del mestizaje comienza a imponerse, *Martín Fierro* es canonizado y el gaucho y los ambientes rurales se convierten en emblema del país (Ver Capítulo 1. y Moyano, 2002)⁴⁷.

Durante el siglo XIX argentino, además de la marginación estético-ideológica de los textos gauchescos es posible constatar la de los textos escritos en los microespacios provinciales, cuyo rescate y canonización realiza un recorrido semejante a la de aquellos. En la década de 1880, durante la presidencia del provinciano Roca, las regiones del interior son recuperadas de su aislamiento en una verdadera “reconfiguración de la Nación” (Ighina, 2000:13) por algunos de sus voceros como Joaquín Víctor González. Pero recién en las primeras décadas del siglo XX, a partir de la rehabilitación que los mismos nacionalistas realizan de la cultura de las provincias del Norte, esos textos son utilizados, junto con la gauchesca y el emblemático gaucho ya mencionados, como parte de las estrategias de ese grupo contrahegemónico en busca del dominio discursivo.

Ambas maniobras son consentidas por el campo del poder ya que estos nacionalistas, como sector “Dominante-dominado” (Bourdieu,1983:9) del mismo habían constituido el campo intelectual del momento y, a pesar de los matices diferenciales de sus reflexiones sobre la Nación, su reconocimiento canonizador de los

las sistematizaciones discursivas de lo real usadas desde el poder que son reemplazadas después de algún tiempo por otras.

⁴⁵ La frase es de Arturo Jauretche, citada por David Rock (1993:111)

⁴⁶ Los llamamos nacionalistas por su posicionamiento en defensa de la Nación. No debemos confundirlos con los nacionalistas que actuaron en política en las décadas subsiguientes. Se trata de provincianos residentes en la Capital Federal como Ricardo Rojas, Leopoldo Lugones y Manuel Gálvez.

⁴⁷ Un situación parecida es posible rastrear en el Perú de esos mismos años: si durante el siglo XIX peruano, el hispanismo cultural acompañó la dominación oligárquica, a comienzos del XX dos hispanistas Luis Alberto Sánchez y José de la Riva-Agüero, ante los síntomas de malestar expresados por los levantamientos indígenas y los textos del indigenismo romántico, desarrollan la “ideología del mestizaje” (Vich,2000:43) con la “canonización patriótica de Garcilaso” (Cornejo, 1994:102), de Los Comentarios Reales y la elevación de su indo-hispano autor a la categoría de emblema de la nación.

textos producidos desde estéticas y territorios marginales —a la larga— servía para ampliar el alcance de la cultura oficial y permitía la conservación del poder. Todo esto hizo posible la difusión de los textos mencionados más allá de su antigua y limitada circulación.

En lo que hace a las décadas que rodean ese fin de siglo, Aníbal Ford (1987) ha llamado la atención acerca del crecimiento de un doble tipo de ruralismo: uno referido a los campos productivos (como la “Oda a los ganados y las mieses” de Leopoldo Lugones) que acompañó el rescate mitificador del *Martín Fierro* y otro relacionado con zonas periféricas al que denomina “regionalismo oligárquico” por su complicidad con el poder central. Con esa etiqueta se refiere fundamentalmente a un regionalismo que comienza a fines del siglo XIX, el de Joaquín V. González y Martiniano Leguizamón. Al estudiar más a fondo la producción de Ricardo Rojas, matiza el planteo de esa supuesta connivencia al presentar las críticas de este ensayista al liberalismo, a la inmigración y al centralismo como una crisis interna del ruralismo cómplice del poder, sin percibir que se trata de un juego de hegemonías y contrahegemonías que derivó en las complicidades del campo del poder con el campo intelectual ya mencionadas. El ruralismo en todas sus vertientes trata —según Ford— de hacer frente al crecimiento de una literatura urbana que comenzaba a proliferar en la gran ciudad.

Aunque no está pensando el tema en correspondencia con el de la canonización, presenta lo que fue el meollo de la misma: más allá del género (narrativa, lírica, teatro) y la estética (realismo-naturalismo, modernismo) practicados, se debe focalizar lo rural para hacer frente a las literaturas urbanas, dice Ford y para lograr un reconocimiento canonizador, agregamos aquí. Diana Sorensen realiza una lectura no opuesta sino complementaria a éstas que nos ayuda a completar las “condiciones de producción” (Verón,1987) de los textos admitidos en el canon en los alrededores del fin del siglo. Refiriéndose a Joaquín V. González dice que el regreso a lo nativo que habría de operarse en los primeros años del siglo XX es “un intento de hacer frente a la amenaza inmigratoria” (1998:158).

Podemos decir que si nuestro interés son los reconocimientos canonizadores, éstos fueron posibles a partir de una especie de “contrato”⁴⁸ que tenían los intelectuales provincianos identificados con el nacionalismo y residentes en la Capital Federal, con los que vivían y escribían en el interior. El pacto tuvo entre sus “cláusulas” la

⁴⁸ Ver Capítulo II.

incorporación de paisajes provincianos estáticos que fijaran lo rural como la variable fundamental del discurso identitario argentino y se convirtió en un mecanismo necesario frente a la desestabilización provocada por las oleadas inmigratorias que invadían la gran urbe y por las literaturas urbanas producidas desde la antípoda ideológica del ruralismo por escritores socialistas y anarquistas. En forma simultánea, el dispositivo canonizó algunos textos y marginalizó a otros.

1.1.- El regionalismo y las antinomias

Explicitado el periplo canonizador y antes de proseguir son necesarias algunas precisiones terminológicas. Ford utiliza “regionalismo” sin aclarar los alcances del término pero, a partir de las obras y los autores seleccionados, es evidente que se refiere a aquella parte de la producción de los literatos del interior del país que enfocaban lo rural. Regionalismo es entonces el conjunto de los textos producidos en las provincias y atravesados por la textualización de lo rural (o ruralismo) y en ese sentido será usado aquí. Se trata de un “ismo”.

Pero veamos la relación entre el mencionado “regionalismo” y la idea de lo regional. Dice Domingo Ighina que

Para dar cuenta de lo que no es ni propio ni ajeno se elabora y se impone la idea de lo ‘regional’. Idea confusa y nunca bien definida, pero eficaz en su cualidad taxonómica, que da cuenta de la economía, las costumbres y las prácticas culturales (una de las cuales sería la producción de textos regionalistas, agregamos) en general, tanto las “elitistas” como las “populares” —si se permiten estos términos— de las sociedades periféricas” (2000:20 y 21).

En la afirmación de Ighina está implícita la oposición *centro / margen* o *centro / periferia*. A propósito de esto, recordemos que las parejas de opuestos, aunque hunden sus raíces en las dos vertientes principales de la Cultura Occidental⁴⁹, han impreso su cuadrícula sobre todo lo existente, fundamentalmente a partir de la época clásica. El siglo XIX ha acentuado esta tendencia, y lo ha hecho con la literatura del Romanticismo que incorpora en nuestro país la dicotomía *civilización / barbarie*, sistematización discursiva de lo real de larga descendencia en Hispanoamérica. En todos los casos, debemos recordar que el pensamiento binario ha valorizado siempre un solo término, pero también que las evaluaciones pueden invertirse y que los términos de la oposición

⁴⁹ Nos referimos a lo judeo-cristiano y a lo greco-latino que podemos ejemplificar con cuerpo / alma; esclavitud / libertad.

pueden sintetizarse en una instancia superadora del conflicto. Estas afirmaciones son válidas también para las antítesis que manejaremos en los apartados siguientes.

Cuando habla de lo regional, Ighina se refiere al final del siglo XIX, pero el concepto se mantuvo vigente a comienzos del XX con una significación similar, y aunque poco a poco esas “sociedades periféricas” (que son en realidad regiones construidas desde la mirada del centro) eran incorporadas simbólicamente al territorio de la nación, lo hacían siempre dentro de la dialéctica *lo nacional / lo regional* o *Capital / interior* (la Capital es Nación, no región). La visibilización de la periferia posibilitada por el “contrato” que mencionábamos al final del párrafo anterior, significó también la canonización, comenzada por los grupos contrahegemónicos y después generalizada, de ciertos textos regionalistas producidos en el interior del país, esta vez dentro de la antítesis literatura nacional / literaturas regionales. A la oposición ya mencionada al final del párrafo anterior (*figurativización de lo urbano / figurativización de lo rural*), sumamos las que contraponen *lo nacional / lo regional; literatura nacional / literatura regional*, antítesis ambas cuyo primer polo —a diferencia de la textualización de lo rural revalorizado— continúa sobrevalorado aún hoy, como ocurre con *Capital / interior*, a pesar de una temporaria inversión evaluativa de esta antinomia que mostraremos en el apartado 1.3.

1.2.- El regionalismo en producción y en reconocimiento

La idea de lo regional como aquello que no es ni propio ni ajeno (ni argentino, ni foráneo) ha hecho que los textos construidos desde el “regionalismo” por una voluntad “contractual” fueran leídos desde una mirada exotista a la que el escritor del interior se amoldaba, a la que sujetaba **en producción** sus textos y con la que, paradójicamente, construía territorio regional-nacional. En esta instancia, el escritor, adecuándose a los requerimientos del grupo contrahegemónico (asociándose a él, según Ighina), produce textos mitificadores de la región⁵⁰ y “funcionales” a las estrategias del grupo. Esto le facilita la canonización de sus textos y ocupar un lugar de privilegio dentro de las

⁵⁰ La crítica literaria sobre estos autores no pudo escapar de esa “mitificación”. Osán de Pérez dice que “toda la geografía salteña irradia la aureola mágica del cuento, de la leyenda, del mito” y habla de “alma regional” (1982:192 y 201) y Parfeniuk apunta que: “la tierra es elevada por Castilla a la categoría de principio originario y fundante”, en referencia a su “ilustración lírica” del mito de la Pachamama (1990:12)

estructuras sociales de su propia provincia⁵¹. Un ejemplo del periplo mencionado es Juan Carlos Dávalos. Además de la importante circulación de sus textos a través de diversos medios gráficos ya mencionada, su cuento “El viento blanco” (Dávalos, 1996:201) recibe un premio nacional, es publicado en el diario *La Nación* (1921), da título a uno de los libros de su autor (1922) y ha sido incorporado con posterioridad a muchas antologías de amplia circulación (Ibáñez,1999). La coproducción teatral Dávalos-Serrano, *La tierra en armas* (Dávalos, 1997:355), permanece en cartel durante algún tiempo en Buenos Aires, entre los años 1926 y 1928 en que la compañía de Camila Quiroga la trae a Salta (Moyano,2003). Estas distinciones y otras sucesivas⁵² colocan a Dávalos en el lugar preeminente que ocupa aún hoy en el imaginario colectivo, cuarenta y cinco años después de su muerte.

El regionalismo-ruralismo fue utilizado también **en reconocimiento**. Esto permitió a escritores como Raúl Aráoz Anzoátegui⁵³ o pertenecientes a los sectores medios hasta entonces postergados, cuya obra comenzó a publicarse en las décadas de 1940 (la de Manuel J. Castilla) y 1960 (la de Carlos Hugo Aparicio), franquear la barrera del olvido a nivel nacional⁵⁴. Si la discrepancia axiológica de algunos textos de Dávalos con los rioplatenses⁵⁵, fue obviada en las lecturas canonizadoras, esta tendencia se acentuó en las lecturas que se hicieron a los escritos de esos autores: las diferencias fueron olvidadas y fueron reconocidos, en gran medida, porque todavía textualizaban el campo, o una ciudad ruralizada, la vida de los pueblos de las fronteras o las orillas de

⁵¹ En un trabajo anterior “Campo literario salteño. Pasado y presente” (1995) colocábamos a Dávalos en relación con los grupos dominantes de la provincia de Salta, mostrando su posición de Dominante-dominado y también su dominio absoluto en el campo intelectual.

⁵² Sus textos son estudiados en distintas universidades y en varias historias de la literatura argentina. Al respecto merecen mencionarse los textos de A. Prieto (1969), P. Orgambide y R. Yahni (1970) y A. Berenguer Carisomo (1970), que —de toda la producción literaria salteña y a esa altura del siglo— sólo incorporan la de Dávalos. Los dos últimos mencionan uno a su hijo Jaime y el otro a Juana Manuela Gorriti. Un crítico de las provincias como D. Lagmanovich y justamente por referirse a la literatura del NOA (1974) incorpora además los nombres recuperados por las antologías de Aráoz Anzoátegui y Fernández Molina (1963-1964), pero sólo coloca en su antología textos de Aráoz, Roberto Albeza, Néstor Saavedra, Julio Díaz Villalba, Manuel Castilla y Walter Adet. Llama la atención el silencio acerca de la poesía de Jacobo Regen.

⁵³ Los de Raúl Aráoz fueron reconocidos también por su “neorromanticismo”. La *Historia de la Literatura Argentina* de CEAL habla de “neorromanticismo” para referirse a ciertos poetas de la década del 40 (VV.AA., 1968: 1162). Este poeta recibió un reconocimiento a nivel nacional cuando se publicaran antologías de sus poemas (1993 y 1998). Esta situación indica una admisión en la Literatura Nacional, mas no una canonización.

⁵⁴ Esto ya fue explicado en profundidad en el capítulo II.

⁵⁵ Ford es el único crítico que vislumbra la fisura de este —para él— segundo regionalismo representado por Dávalos que se hace presente en la aparición de cuestiones relacionadas con las economías periféricas. No se trata, sin embargo, de la misma que habíamos percibido al constatar la textualización de una racionalidad diferente en las percepciones del mundo del indio Anastasio Cruz en “El viento blanco” (Moyano,1998) .

las ciudades del interior. Los que no podían leerse desde la categoría regionalismo-ruralismo permanecieron fuera de los circuitos canonizadores.

Hay otro momento en el que el ruralismo intervino en los procesos de canonización. No se trata ya de la canonización nacional de las escrituras producidas en Salta Capital, sino la que opera en la relación *Capital de la provincia / ciudades del interior provincial* aunque la cuestión ya poco o nada tenga que ver con el “contrato” analizado. Hubo un momento en el que, a los escritores no capitalinos, se les exigió la adhesión a ciertas líneas de escritura para pasar la barrera del reconocimiento. Como en una especie de residuo ideológico activo (Williams,1988), si ellos no se hacían cargo del paisaje nativo, vanos eran sus esfuerzos para ser admitidos en los cenáculos de la capital provincial. En esa tesitura debieron colocarse Santos Vergara (Orán), Carlos Jesús Maita (Rosario de la Frontera) y Héctor Arturo Cabot (Tartagal), aunque después siguieran su propio derrotero según se colige a partir de lo expuesto en el Capítulo II.

A través de lo enunciado hasta ahora vislumbramos algunas de las “continuidades”, que el discurso literario argentino hegemónico a partir del Centenario o del mundonovismo modernista⁵⁶, impuso a las letras del interior (nacional y muy posteriormente provincial) y que hicieron posible la canonización en la Capital Federal y en Salta Capital. Si planteamos la cuestión por las parejas de opuestos que han quedado implicadas, tendríamos la dupla: *figurativización de lo rural (reconocida) / figurativización de la ciudad (olvidada)* cuestión que corroboraremos en el apartado 2.- al centrarnos en textos no canonizados que construyen los distintos sectores urbanos, la ciudad en sus distintos registros.

1.3.- El primer regionalismo salteño canonizado y la inversión de las antinomias

Recapitulemos lo expuesto en los apartados anteriores. Fue posible en ellos explicar el cambio operado en el cruce de siglo gracias a las estrategias de los sectores contra hegemónicos que buscan figuras o, en su defecto, regiones emblemáticas a fin de luchar por un lugar central. Hemos dicho también que los nacionalistas —a pesar de las distancias que los separan entre sí— operaron más o menos de esa manera y sus luchas fueron aceptadas por el campo del poder que las aprovechó para conservar su dominio.

⁵⁶ Discurso que dejara marginado al construido desde la afrancesada torre de marfil.

A partir del análisis realizado, ha quedado trazada la importancia que tuvo en la Argentina, a partir del Centenario, focalizar el mundo rural valorizado.

La xenofobia de este grupo tuvo que ver con un doble frente ya que entre sus adversarios se encontraban la oligarquía agro-exportadora que era anglófila en economía y francófila en literatura y artes, y también las masas de inmigrantes, italianos y españoles en su mayoría, que habían importado las ideas socialistas y anarquistas. En este contexto nada más comprensible que su intento de recuperar todo lo que había quedado en el polo sombrío de la dicotomía revalorizadora de lo foráneo, que había sido el paradigma de los liberales que todavía ejercían el poder, en sociedad con los dueños del puerto. Después de la adquisición del dominio a nivel de sentido, lo rural antes devaluado pasó a ser el centro del discurso oficial. David Rock ha mostrado los nexos del pensamiento preliberal (federal) hegemónico durante el caudillismo con el pensamiento nacionalista. El primero tuvo un eclipse en la segunda mitad del siglo XIX con la caída de Rosas y su nuevo amanecer en los comienzos del siglo XX, con los hombres que revalorizaron al gaucho, al caudillo y a las provincias del interior (recuperando así lo dejado de lado en aquél paradigma). Si este análisis ya fue realizado por Rock (1993) y otros estudiosos del nacionalismo como Zuleta Álvarez (1973), lo interesante es ver su incidencia en las canonizaciones nacionales de los escritores del interior.

Esta ocurrió efectivamente. En 1931 se creó la Academia Argentina de Letras y tres salteños conforman su primer plantel. Este reconocimiento por la obra realizada fue adjudicado a Carlos Ibarguren, nacionalista salteño radicado en Buenos Aires, más inclinado a la historiografía que a la literatura, y a Joaquín Castellanos cuya adhesión al romanticismo y al naturalismo fue estudiada por la crítica (Arias,1982), aunque Raúl Aróz Anzoátegui parangona algún segmento de su obra con textos vanguardistas de Nicolás Guillén (1999:257). Poco antes de su incorporación a la Academia, su escritura había tomado un sesgo nativista⁵⁷ al publicar “La gran querencia” (1926), poema que sin ser gauchesco en su registro lingüístico, a nivel temático recupera las raíces indo-hispanas del gaucho, su historia y sus costumbres. También se reconoció a Juan Carlos Dávalos cuyos textos, aunque estén ambientados en la ciudad, generan la atmósfera de estatismo que las visiones mitificadoras, esencialistas y cristalizadoras de la identidad del primer regionalismo (según las etapas de Aníbal Ford) habían reservado a los

⁵⁷ Usamos nativismo y más adelante criollismo, a la manera de otros críticos como Eduardo Romano y Antonio Cándido, como sinónimos de regionalismo.

ambientes rurales. Un ejemplo es el cuento “La cola del gato” (1997) que, aparecido en su libro *Salta* (también de 1926), según la crítica literaria local “caricaturiza la indolencia provinciana, el calma dejar pasar la vida” y en el que, en acuerdo tácito con pensadores que teorizan sobre la idiosincracia latinoamericana, se señala “la dimensión más contemplativa que activa” (Chibán,1982: 283,284) de las gentes del norte argentino.

Los dos últimos escritores mencionados pertenecen a la elite criolla arraigada en su ciudad e incorporan el espacio rural (o urbano ruralizado) por un contrato con sus pares metropolitanos, pero también como un modo de diferenciarse de la Capital Federal (la única Ciudad en el fondo), en una búsqueda de autonomía cultural. Esto es muy visible en el tan mentado cuento “El viento blanco” en el que hay una valorización muy grande de los modos de percepción indígenas cosa que, en general, no ocurre con los textos rioplatenses: el indio Anastasio Cruz hubiera podido impedir la catástrofe final si su patrón, consustanciado con la honra española y con las obligaciones contractuales de la modernidad capitalista, lo hubiese escuchado (Moyano,1998). Por el contrario, en muchos otros textos, estos escritores asumen discursivamente la vida de los sectores que en la práctica consideraban inferiores. Esto es así por influencia del positivismo que postulaba la existencia de diferentes grados de evolución y por la de su correlato literario, el naturalismo, vigentes aún en esos días. Este modo de evaluar se escapa como *lapsus* en algunos textos. Por ejemplo, y a pesar del rescate del gaucho, en *La gran querencia* se deslizan comparaciones que lo asimilan con los animales y en “Idilio salvaje”⁵⁸ (Dávalos,1996:343), las que equiparan a los pastores con la naturaleza.

Dice el gaucho de sí mismo, igualándose a un caballo:

Soy obediente a la rienda
y arisco para el fiador;
cincha aguanto; pero nunca
ni bozal ni maneador. (Castellanos,1926:538)

Y el narrador de “Idilio salvaje” al hablar de los protagonistas del relato, Tomasito Chocobar y Faustina Renfiges, afirma: “Largo rato estuvieron así: contemplándose frente a frente. No se miran de otro modo fascinadas por el instinto, dos vicuñas jóvenes que se encuentran al acaso en una vega solitaria de los Andes.” (1996:346)

⁵⁸ En otras recopilaciones el texto, publicado originalmente en el libro *Airampo* de 1925, ha sido denominado “Idilio pastoril”, designación que en las Obras Completas nomina el relato de un episodio autobiográfico (Dávalos,1997:587)

Esta asunción-rechazo, que los criollos letrados del interior realizan, dota al hombre de la región de una determinada personalidad y de una determinada manera de situarse ante el mundo: un “vivir más cerca de los elementos y ritmos naturales” (Chibán,1982a:284). A partir de las estrategias discursivas con las que se lo construye, rodeándolo —por otra parte— de un espacio que es una especie de “locus amoenus”, otra de las antinomias importantes que van a sufrir temporaria inversión, además de *figurativización de la ciudad / figurativización del campo, es Capital / interior*. El primer término va a ser descripto como una megápolis bárbara (los bárbaros eran entonces los inmigrantes que la desbordaban y originaron la xenofobia, no ya el gaucho ni el caudillo). El interior va a ser considerado el reservorio de la argentinidad (Rojas,1971), o sea de los valores y las tradiciones propiamente argentinos (Zuleta Álvarez,1973:91-95). Todo esto está muy presente en las palabras preliminares que los nacionalistas realizan a ciertos libros de Juan Carlos Dávalos. Nos referimos concretamente al Prólogo que el académico salteño Carlos Iburguren hiciera a *De mi vida y de mi tierra* (1914) y el que Manuel Gálvez realizara para *Salta* (1926). En ambos se la mira como receptáculo de las “esencias” argentinas. Dice Iburguren: “Allí deben libar nuestras líricas abejas para que el poema nacional perdure...” y el segundo: “Pero, a pesar de todo, permanece en Salta lo suficiente para que miremos a esta ciudad como la más completa y bella imagen del pasado argentino”. (Dávalos:1996:14 y 571).

1.4.- Un regionalismo que ya no es tal

Si estos textos de la literatura regional de esas primeras décadas del siglo XX, textos regionalistas (estadistas y mitificadores) que focalizaron el mundo rural, ordenado y jerarquizado (o lo urbano ruralizado, como decíamos) cruzaron la barrera de la canonización, a partir de la alianza de clase entre los intelectuales de la Capital y de las provincias, posteriormente también lo hicieron otros, pero esta vez estaban atravesados por el conflicto.

Fueron entonces recuperados, en una primera fase, los textos que respondieron al modelo regionalista finisecular y, en una segunda, los que, por presentar tipos regionales y —sobre todo— rurales, fueron leídos así, aunque su “regionalismo” —según Bracamonte— “exploraba los sumergidos sociales y sus conflictos en sus provincias” y que “va a adquirir otro grado de construcción estética e indagación de la realidad” (1991:71). Con estas palabras no hacemos sino volver al punto en que el

regionalismo no está en **producción** sino fundamentalmente en **reconocimiento** como decíamos antes. En este último caso se encuentran, sobre todo, los libros de Manuel J. Castilla. Algunos de ellos fueron vinculados por la crítica del noroeste⁵⁹ a otras genealogías, fundamentalmente a la poesía latinoamericana en su línea indigenista. Se formuló la hipótesis de la existencia de un circuito que nada tenía que ver con las capitales de las naciones⁶⁰. También se lo relacionó a las escrituras de César Vallejo y Pablo Neruda, cuya adscripción a la “literatura comprometida” fue marcada por Martha Campobello (1999). Esto ya se encontraba prefigurado en el manifiesto de “La Carpa”, movimiento interprovincial cuyas resonancias en lo que hace a una supuesta fundación de la poesía en el norte también influyó para el reconocimiento y canonización de Castilla, que se propone hacerse cargo de “la tragedia del indio”. Susana Rodríguez ha marcado en sus trabajos sobre el tema que los textos de Castilla fueron canonizados en las décadas en que el regionalismo era recuperado por las políticas nacionalistas de los gobiernos militares (Rodríguez,2000). En el poema que transcribimos parcialmente, tomado de *Luna muerta* (1984);, queda plasmada la categoría semántica fundante de algunos de sus poemarios⁶¹, la dicotomía **explotador / explotado** presentada aquí en la metonimia **botas / alpargatas**:

Que mientras tú trabajas
y el cacique te manda,
él se queda sentado
de **botas y bombacha**.
Que al final de la zafra
al peso que te guardan
de los dos que por día
con el machete ganas,
te lo dará el Ingenio
en un par de **alpargatas**,
un chaleco, una manta,
alguna yegua flaca,
cinco kilos de azúcar
para endulzar la marcha
de regreso a tu monte
porque ya no haces falta. (1984:87 y 88)

⁵⁹ Esto fue visto en profundidad en el Capítulo II.

⁶⁰ Esto fue expuesto resumidamente (resume un trabajo anterior) por Kaliman (1996). La adhesión al indigenismo de Castilla fue leída también como el posicionamiento estético usado en la búsqueda de un lugar en el campo intelectual salteño (Moyano,2002).

⁶¹ Está también fundando el libro que textualiza la vida de los mineros bolivianos Copajira en *Obras Completas* (Castilla,1984).

Jorge Bracamonte, a pesar de que vuelve a caer en la trampa de conservar para los distintos momentos la misma denominación: regionalismo⁶², matiza su discurso crítico al tener en cuenta en su análisis la variable socio-económica:

Una perspectiva histórica que considere el desigual desarrollo de la estructura socio-económica del país desde mediados o fines del siglo pasado a esta parte, y entienda su vinculación con las sucesivas configuraciones del campo intelectual y literario permitiría comprender el término “regionalismo” que designó propuestas estéticas de clases o grupos socio-culturales diversos y hasta antagónicos coyunturalmente (1991:70).

La crítica salteña más reciente se ha hecho cargo de las divergencias del segundo momento de este “regionalismo” salteño con respecto al primero. En el trabajo “Campo literario salteño. Pasado y presente” (1995) —por ejemplo— marcábamos las distancias estéticas e ideológicas entre el libro *Copajira* (Castilla) y su prólogo el “Ditirambo amistoso a mi buen amigo, el poeta M. J. Castilla” (Dávalos). Algún tiempo después Alejandro Morandini al referirse a Dávalos dice:

El Pasado y el Paisaje se constituyen de ese modo en las coordenadas estéticas y políticas de un hombre definitivamente taciturno, silencioso y sin reclamos. El resultado son indios y campesinos amansados por la tierra y el tiempo. Así surge lo atávico, a la vez que un orden económico y político del mundo.

Y en referencia a Castilla:

Existe en el poema una tensión entre la producción de riqueza y el horror que se acumula ¿Cómo pasar indemne? No hay distancias glamorosas, punto de vista privilegiado, no hay una observación descomprometida para el poeta. Por el contrario, Castilla trabaja. Coloca su poesía en una vía de acumulación semántica que le permite participar activamente en el proceso de producción. No sólo está nombrando, está definiendo y organizando un mundo, y ese mundo se organiza alrededor del trabajo y de la explotación del trabajador.(2002:4-5).

A pesar de las diferencias, los textos de Castilla entran al canon nacional quizá porque las circunstancias lo permitieron, pues como dice Noé Jitrik el criollismo será un sentimiento de repuesto que será enterrado y desenterrado cada vez que el grupo dominante se sienta seguro o amenazado (citado por Cohen Imach, 1994:55).

Con respecto al tercer momento importante que la crítica rotuló con el nombre de “regionalismo” podemos decir que de nuevo la propuesta estética e ideológica es diferente. En realidad se lo mencionó con la oximorónica fórmula de “regionalismo no regionalista”. Este fue el nombre que Beatriz Sarlo daba, hace algunos años, al apartado

⁶² Hay alguna conciencia acerca de la jaula de los nombres ya que coloca en la palabra un sugestivo entrecomillado.

en el que incorporaba los textos de Héctor Tizón a sus programas de Literatura Argentina; pero no dudamos que bajo esa denominación pudieron haber sido reconocidos los textos de Carlos Hugo Aparicio.

Para pensar en la diferencia ideológica de este tercer momento con el primero valen las palabras de Victoria Cohen Imach quien había afirmado que la canonización de los escritores del '60 (Tizón, Di Benedetto, Hernández) tuvo que ver con la fuerte demanda de visibilidad, propia de la periferia, posterior a la caída del peronismo⁶³. Ella no percibe el juego contrahegemónico de los nacionalistas de principios de siglo que también fueron antiliberales. Toma la cuestión a partir del momento en que el discurso de estos últimos gana la partida contra el de los liberales europeizantes en las luchas por la hegemonía discursiva:

Los ecos de su presencia⁶⁴ van a ser recogidos y pensados por los intelectuales de *los sesenta*. También entonces serán recuperadas de manera sistemática las figuras y culturas tradicionales agraviadas por la modernización. Será una revisión marcada por un claro signo antiliberal, diferente de la mirada mitificadora que la oligarquía refractaria a los inmigrantes europeos vuelve hacia el gaucho o hacia el interior a fines del siglo XIX. (1994:55).

Esta lectura de los '60 plantea la total oposición de este momento con el regionalismo mitificador reconocido por Buenos Aires, y esto tiene una cierta coincidencia con lo afirmado por nosotros con respecto a Aparicio: no rescatábamos tanto su adhesión a la cultura del centro, representada por las letras de tango recuperadas en su novela *Trenes del sur* (1988), que ha llamado tanto la atención de la crítica y que, aunque pertenecen a las orillas son las orillas del centro, sino su rescate y valoración de lo andino (Moyano, 1998).

Las distancias estético-ideológicas que separan los distintos momentos del regionalismo son expuestas magistralmente por Antonio Cándido quien en "Literatura y subdesarrollo" (1974:335) utiliza la denominación para Latinoamérica en general y plantea una primera etapa de optimismo patriótico. Se refiere al entusiasmo propio de todo "país nuevo" vigente hasta la década de 1930 que reconoceríamos también en cierta producción de J. C. Dávalos. Luego distingue un pesimismo, distinto del que atravesaba la ficción naturalista, que veía al hombre pobre como refractario al progreso

⁶³ Según Cohen Imach la periferia busca visibilidad porque había adquirido una conciencia social. Una búsqueda similar a la de los escritores mencionados está presente en *Trenes del sur* (1988) de C. H. Aparicio.

⁶⁴ Se refiere a las provincias excluidas.

y que también dejara (como vimos) su huella en ciertos textos de Dávalos. Se trata de la propuesta de los escritores posteriores al '30 en la que se hace presente un volverse contra las clases dominantes a quienes se responsabiliza de la situación del desheredado. Desde sus palabras es imposible no pensar en la ya mencionada producción de Castilla. Para este estudioso, las tendencias regionalistas se encuentran, en esta segunda instancia, atravesadas por el realismo social.

Para referirse a un tercer momento dice que la dimensión regional sigue presente pero no ya como requisito de conciencia nacional, sino que la floración novelística está marcada por el refinamiento técnico que transfigura la región y subvierte sus contornos humanos, llevando los rasgos, antes pintorescos, a descarnarse y adquirir universalidad. Esto nos lleva —dice— a la tercera fase, la superregionalista. Ella corresponde a la conciencia lacerada de subdesarrollo y opera una superación del naturalismo que se basaba en la referencia a una visión empírica del mundo. El hecho de haberse superado lo pintoresco y lo documental no hace menos viva —para él— la presencia de la región en la realidad fragmentaria y obsesiva de *El llano en llamas* por ejemplo. Y concluye diciendo que, en ese momento, se practica una especie nueva de literatura que todavía se articula de manera transfiguradora con el propio material del nativismo. Imposible no pensar en la narrativa de Aparicio⁶⁵.

Ahora bien, ¿por qué motivo si las propuestas estéticas se iban modificando fue tan difícil cambiar las denominaciones? ¿tal vez porque el regionalismo se había convertido con el correr del siglo en una formación discursiva que estaba operando en la larga duración y fue muy difícil desbaratar sus redes, las que todavía atrapaban a la crítica?

2.- La ciudad, los espacios interiores y el olvido

Santiago Sylvester ha meditado en las causas de la actual extensión del referente urbano y expresa su pensamiento con las siguientes palabras, aunque no hace mención a los olvidos⁶⁶ de esta producción a nivel nacional:

⁶⁵ No es descabellado pensar que el texto de Cándido haya inspirado a los estudiosos citados en el Capítulo II que relacionaron la narrativa de Aparicio con la del boom de la novelística latinoamericana.

⁶⁶ El Fondo Nacional de las Artes publicó en 1996 antologías a algunos de estos autores como Regen y el propio Sylvester. Cuando decimos olvido queremos significar que no han sido admitidos aún en el canon .

La vida en Salta tiene menos proximidad rural, las tareas de campo son más técnicas y algo más desprovistas de mística; y, por otra parte, los problemas generales de la gente, hoy por hoy, [...] son urbanos, y esto ha tenido lógica consecuencia en la cultura local, poetas como Walter Adet, Jacobo Regen, Teresa Leonardi Herrán o (sic) Holver Martínez Borelli, para citar sólo algunos nombres [...] dejaron de tener el paisaje como referencia. (2003b:135).

Nosotros hemos mencionado hasta aquí los textos reconocidos por figurativizar el campo y adscribirse al “regionalismo” en sus distintas fases. Podemos afirmar que, a partir de la década de los sesenta, los que focalizaron la ciudad proteica y nauseabunda, quedaron relegados al olvido porque, según nuestra hipótesis, no eran ya funcionales a ninguna estrategia política nacional, y porque la pureza, el brillo y el aura de la región incontaminada de comienzos de siglo era ya imposible con las migraciones del campo a la ciudad y de la periferia hacia el centro, propiciadas por los nuevos movimientos políticos y sociales (radicalismo y peronismo).

Varias son las ciudades posibles de ser figurativizadas y que parecen habitar en la misma ciudad. La primera es una ciudad ruralizada, ordenada, homogénea, inmersa en el significado⁶⁷ instituido por los discursos de comienzos del siglo XX; ciudad más rememorada que real, y en virtud de la evocación, más sagrada que profana, más estática y monológica que dinámico-polifónica. La segunda, la caótica, insignificante (o cargada de una significación distinta que intenta otros modos de construir el espacio, otras pertenencias, otras formas de contacto, otros tipos, esta vez más urbanos), desestructurada, heterogénea y llena de voces y presencias indeseables que se hacen visibles por la escritura: mendigos, prostitutas y marginados. El discurso que instaure la primera ciudad permitió la admisión de los textos que la figurativizan, pues se trata nada menos que del “regionalismo”⁶⁸. El que funda la segunda ciudad los relegó al olvido.

2. 1.- La ciudad estática y ruralizada ¿un regionalismo olvidado?

En apoyo al proyecto de revalorización del interior, las mujeres escritoras, que pintaron una Salta idílica, contribuyeron a fundar el discurso de la placidez

⁶⁷ Usamos aquí el término a la manera de Jenaro Talens: “significado remite a un código asumido y aceptado por una comunidad, y por lo tanto es algo institucionalizado y, hasta cierto punto, objetivo” en Chiaffone, Constanza et al. (2000).

⁶⁸ Ya vimos de qué manera los textos de Dávalos que construían una ciudad ruralizada fueron canonizados junto a los que focalizaban lo rural.

provinciana⁶⁹, discurso de la diferencia en un país convulsionado por huelgas obreras y acciones militares. Recordemos la “semana trágica” de 1919 y la represión en la Patagonia, algo anterior a la caída del radicalismo en el año 1930. Discurso cuya vigencia en la actualidad nos hace pensar que no habitamos una ciudad sino su representación (los sujetos marcamos el espacio sin ser signados por él como pensaba el determinismo geográfico, o sea, generamos discursos que luego operan sobre los individuos) y cuya fuerza es tan grande que ha obrado en la larga duración al punto que hoy es utilizado como recurso renovable⁷⁰. Aunque el discurso que ayudaron a fundar trascendió los límites provinciales, los textos que lo originaron no lo hicieron, salvo raras excepciones como la escritura de María Torres Frías (1877-1954) que mereció algún panegírico fuera de Salta⁷¹; no fueron recogidos en antologías ni estudiados en historias de la literatura argentina⁷²; tampoco ingresaron al canon nacional.

Un ejemplo de esa construcción de la calma lugareña es “Elogio de la vida provinciana” de Sara Solá de Castellanos. Nótese que la pintura de ese mundo ordenado y sin fisuras está dicho en verso medido⁷³ y tiene huellas de la “Oda a la vida retirada” de Fray Luis de León:

Dices que esto te aburre? Que te abruma
el tedio de la vida provinciana?
Tú no comprendes el encanto de una
vida sencilla, sosegada y sana.
[...]

Aquí es puro el ambiente, se respira
la brisa de la plácida campiña,

⁶⁹ Es interesante ver la lectura de textos actuales que muestran el revés de la trama (Martel, Cabot) hecha en el Capítulo II. Este textualizar los aspectos conflictivos tiene sus antecedentes en textos como los de M.J. Castilla, aquí analizado, o los de W. Adet (ver capítulo IV).

⁷⁰ La tranquilidad provinciana es ofrecida hoy como mercancía. Dice Raúl Bueno situándose en los Andes peruanos de fines del siglo XX: “El hecho de que las diferencias resulten expuestas a nivel mundial no volatiliza sus peculiaridades; al contrario, las vuelve recurso renovable, medio de subsistencia, materia de reproducción y de continuidad.” (Bueno, 2001:53) Encontramos una posición diferente sobre este fenómeno en Ford (Illanes, 2004) ya que el crítico hace hincapié en la administración de la diferencia desde el poder.

⁷¹ Nos referimos al “Prólogo” a su libro Camino de ensueño, escrito por Teodoro Palacios.

⁷² En una situación parecida se encuentran los textos de las mujeres del interior provincial que aunque formen grupos como “Tinta fresca” de Metán, equivalentes a los fundados por sus colegas varones Vergara (grupo Vocación), y Maita (grupo Takku), no alcanzan el reconocimiento en la Capital de la provincia. Los textos de Gladys Lucero de Poma, poeta metanense de principios de siglo XX, fueron recogidos por Walter Adet en sus antologías. Reconocemos que debieron tener mayor difusión por su fina andadura.

⁷³ Santiago Sylvester en su antología dice que los poetas del NOA de comienzos del siglo XX: “fueron permeables por excepción, ya que la norma fue otra: el desinterés olímpico, cuando no el fastidio, por todo lo que alterara la sensibilidad troquelada por la poesía española clásica” (Sylvester, 2003a). Anotamos esto para mostrar una vez más la significación de las formas literarias.

aquí en el patio colonial se mira,
junto a las rosas, prosperar la viña.

Hay esa paz sencilla de la aldea
para quien ame su vivir tranquilo,
y ruido mundanal para el que crea
que es ese mundo de la dicha asilo.

Y hay el encanto de las cosas viejas,
en los muros tres veces centenarios,
y en los férreos encajes de las rejas,
en los vetustos templos solitarios.

En el austero hogar hay todavía
nobles retratos que el salón presiden,
y reviven las viejas hidalguías
cuando el honor o la amistad lo piden.
(Fernández Molina, 1971: 63-64)

Las mujeres criollas de esa época, además de construir la ciudad idílica, asumen eglóticamente el campo y, junto con él, la voz del otro (en el llamado verso colla, trabajado a la manera del jujeño Domingo Zerpa, 1931), apropiación discursiva similar a la del letrado con el habla del gaucho en la literatura gauchesca que fue leída como escamoteo⁷⁴, pero también como posibilidad de visibilización del sector:

Allegáte m' hijo, pa' qui descabalgue.
Ya no 'stá tu tata pa' tanto trajín.
Se me lu hécho largo d'est' hecha el camino
Del poblao p' aquí. (Solá de Solá:1945:63)

A pesar de esto su escritura regionalista-ruralista no fue reconocida a nivel nacional, porque su lugar como productoras de textos en la estructura patriarcal estaba muy pautado, como veremos en el apartado 3 cuando veamos que, si ningún nombre de mujer ha pasado las vallas de los reconocimientos canonizadores a nivel nacional, tendríamos al respecto que tener en cuenta también la antinomia *escritura de varones (reconocida) / escritura de mujeres (olvidada)*. La lectura en contrapunto se va a dirigir entonces a mostrar no sólo la producción y la reproducción de ciertas políticas de género, sino también las resistencias.

2.2. La ciudad caótica y polifónica

⁷⁴ Josefina Ludmer (1988) afirma que la apropiación de la palabra del otro en la gauchesca es similar a la apropiación del cuerpo del otro para la guerra.

En la antípoda de este modo eglógico de “fundar” la ciudad, aparece construida la ciudad desestructurada y caótica de la modernidad tardía. Su polifonía no aparece tanto en los poemas sino que está en el conjunto de ellos, en la cantidad de miradas sociales diversas que la enfocan y en la cantidad de voces distintas que la dicen. Veamos para realizar un fuerte contraste con lo expuesto en el punto 2.1, un fragmento de un poema de total ruptura, “ConvenciON” tomado de *Nunca dar con el jamás de tanto siempre!* (1990) de Raquel Escudero, en el que encontramos una verdadera inversión de lo poetizable que se manifiesta también en el nivel gráfico:

[...]en la circunYAcencia del anDRAjo
un vino en la disTANcia
vomita (-vomiiita)
-en TOdos Ladoss
hay / una PUta coMUN [...] (41)

A partir de este texto que, además de destruir el discurso bucólico sobre la ciudad, rompe con las reglas de puntuación, de uso de las mayúsculas y los signos auxiliares, vamos a centrarnos en poemas escritos por un grupo importante de autores salteños (Jacobo Regen, Mercedes Saravia, Miriam Fuentes, Liliana Bellone y Antonio Gutiérrez) que, aunque han obtenido importantes premios y justos reconocimientos realizados entre los '70 y los '80 por diversos equipos de investigación (Chibán,1982b; Palermo,1987) y en los 90 por integrantes de nuestro equipo (Guzmán,1992; Ibáñez,1992-1993; Moyano,1994), no han recibido el mismo tratamiento a nivel nacional. La hipótesis de lectura que nos guía es que la causa del olvido tiene que ver con la construcción de una mirada que se posa sobre la ciudad y sus costumbres:

En un edificio de la ciudad
he visto cómo sus moradores
arrojaban por el tobogán,
desde lo alto de sus altos pisos,
los residuos del día y de la noche,
de la semana,
de los siglos.
La basura caía, dando tumbos,
entre las llamas cariciosas del incinerador.
y un sabio dijo: “La ceniza es pura”.

En el poema, que pertenece a Jacobo Regen y lleva por título “El tobogán” el sujeto lírico es un improvisado *flaneur* que, como en los textos de Poe estudiados por Benjamín en *Poesía y capitalismo* (1991), fija su mirada en los edificios de la ciudad y

en sus habitantes como la mendiga de la estrofa siguiente. Él cede también su visión y su voz al sabio, especie de otro yo del enunciatario cuya reflexión final denuncia la propia inutilidad, con lo que la polifonía de la ciudad ingresa mínimamente al poema:

En la acera de enfrente
una desmemoriada vieja
barre con su mirada los umbrales
en busca de las sobras que siempre le faltaron.
Y el sabio mira,
reflexiona,
dice:
“Con el ojo derecho veo la sombra del izquierdo;
con el izquierdo, nada” (1992:61)

A pesar de que Benjamin habla de “una preponderancia expresa de los ojos sobre la del oído” (1991:52), a veces se superponen las imágenes auditivas a las visuales y los ruidos de la ciudad dejan su huella en el poema, pero, al estar personificados, parecen provenir de un ser humano, como en este fragmento del poema “Universo” del libro *Mendiga luz* de Mercedes Saravia:

El día sobrevive a su tristeza
En la calle
la queja de los autos
el bramar de los enormes colectivos
el intermitente desfilar
de los paraguas [...](1991:27)

La acumulación de lexemas referidos a la pena o la rabia unida a la personificación que mencionábamos hace posible el montaje de una ciudad impregnada de sentimientos que no son de la ciudad sino del yo lírico.

El eco de los ruidos y sensaciones producidos por la ciudad se compagina — otras veces— con una escritura cuyo referente es otra escritura, como en estos dos textos extraídos de *Retorno* (1979) de Liliana Bellone, en uno de los cuales, un sujeto plural “padece” con los otros la ciudad:

Puedo recordarlo todo y hacer literatura; pero no importa. Sólo el ruido de un andador en la vereda... ¡andá pillalo!, ¡andá pillalo! (47)

Son muy tristes las noches cuando, en ómnibus,
la gente regresa a sus casas.

La vida se acelera mientras nosotros

somos las hojas desgarradas por el viento
y Dios —si existe Dios— debe mirarnos
con el mentón en la mano, deleitándose.

En un instante,
somos los mosqueteros de la reina
y los pobres ciervos y las largas calaveras
que ha amontonado la tierra en su lento peregrinar
por capricho, quizás....

Vamos húmedos
en una expedición de solitarios hombres de ciudad
hacia ningún lugar específico de tiempo. (55-56)

En un libro muy posterior *La travesía del cuerpo* (1992), la poeta abandona la ciudad evocada, para construir textos cuyos referentes son puramente literarios. En el que transcribimos a continuación, aunque se denomina “mientras él iba cazando” y parece conformar un paisaje por el que se desliza “rodrigo”, en realidad éste va a través de alguno de los romances del ciclo del Cid:

vas por el romance rodrigo
el viento es cálido y te aguarda
el misterio de los ojos del amor
oh la corza del bosque
huyendo
las codornices las palomas.

Los lexemas que aluden a mamíferos y aves europeos indican una voluntad expresa de no remitir a la fauna local. Cosa que ocurre también en la poesía de Antonio Gutiérrez, sobre todo en su libro *La ciudad de los lugares comunes* (1991), cruce evidente entre el espacio urbano y la escena de la escritura:

Aquel señor me dijo: si tú nunca o muy pocas veces
has visto la nieve cómo es que...
Le respondí: en este caso tampoco,
salvando las diferencias, Rimbaud había visto el mar
cuando escribió...
Me dijo: además en tu zona de residencia
nunca hubo abedules...
Le respondí los abedules no menos que los paraísos
o los algarrobos además de ser árboles son palabras
cuando no meras ilusiones ópticas.
[...]
Me dijo: me parece que escribir sobre una realidad ajena
es una especie de impostura que...
Le dije: tú y yo no somos menos ajenos
e impostores que la nieve y los abedules
que nunca vimos. (XVIII)

2.3.- Las orillas

En este apartado, aunque seguiremos rastreando la lírica “urbana” (poemas de Walter Adet, Leopoldo Castilla, Jesús Ramón Vera, y Eduardo Romano) como una nueva constante de las letras locales, también aludiremos a los cuentos de Zamora y Fernández Esteban.

Las ciudades construidas en los textos poseen anillos donde un centro — recordemos el libro *Cine del centro* (1986) de este último escritor cuyos cuentos están ambientados en el supermercado o en algún bar— es rodeado por una periferia en la que habitan sujetos de profesiones varias y que constituye una especie de margen, suburbio que está en la transición entre la ciudad y el campo.

Esos conglomerados urbanos y sus habitantes son textualizados ya desde formas clásicas, como el soneto “Padre carpintero” de Walter Adet, ya desde estructuras de vanguardia en verso libre, como el poema “El vendedor de animales” de Leopoldo Castilla⁷⁵:

Dio virutas de cedro su garlopa
Cuando asentando nuestra casa pobre
Fueron sus manos, del pisón de cobre
A los muebles, lustrados por su estopa. (Ovalle,1979:41)

Él,
milagroso
por los papagayos,
va por la ciudad
como un árbol soñando.

.....

Él vende monos
monos como números. (Ovalle, 1979:115)

En los poemas de Jesús Ramón Vera (1983) y de Eduardo Romano (1997), aparecen voces que nombran los conventillos y las barriadas y estos adquieren visibilidad:

No costó abrir la puerta
del pasillo.

Nada

⁷⁵ El Fondo Nacional de las Artes publicó una Antología de poemas de Leopoldo Castilla (1996). Pero admisión no implica canonización, según se colige de lo expuesto en el cap. I.

entre las dos paredes por caer
impidió los pasos.
Fácil esquivar la soga de la ropa
a la altura del cuello.

No despertaron los perros
del conventillo [...] (Vera,1983:49)

He vuelto a caminar tus calles.
Deambulo por el pasaje, cruzo el canchón
y me pierdo en la polvareda
de tus ojos
mi querido Barrio Maravilla [...] (Romano,1997:12)

Las orillas a veces invaden el centro; en otras palabras, lo que había sido controlado por la ciudad jerárquica por la apropiación de las voces que colocaban a los cuerpos de los sujetos “en su lugar” como en los textos analizados en **2.1.**, ahora toma su corazón. Como en los cuentos de Francisco Zamora “Con la sal a cuestras”, cuyo personaje principal baja de la Puna a la ciudad a vender panes de sal, o “Seis años para Veneranda”, cuya protagonista es una puneña empleada en una casa de familia urbana, que asfixia en un parque —sin querer— al bebé que había sido concebido cuando el “niño” de la casa la violara (1974). O en los poemas de Raquel Escudero (1990) cuyos sujetos del enunciado son femeninos y que, como la palliri de Manuel J. Castilla, pudieron “hilar sus sueños por las cumbres” (1984:151), pero que, ubicados en las ciudad, desfallecen. Esta ruptura de un orden ancestral dado por la explotación, desorganiza incluso el espacio de la página y destruye las normas de la escritura:

CirVIENta
[...]
un laMENTo verDOSo
deamBUla sin soNIdos
por esa CALle
perDIda. (1990:30)

ELLA

FelIsa trEpa pelDAños
emPUja q' te/emPUja
balDOSas kerosen-NAda
vacIANdose de suEños [...] (1990:39)

La invasión de sujetos marginales en el centro de la ciudad rompe la polaridad centro-periferia y la ciudad polifónica hace estallar a la ciudad planeada y discursivamente sometida por autores que daban voz a los que no la tenían. La denuncia impugna muchas veces el discurso oficial. Como ocurre en el poema “Aparecidas” de

Miriam Fuentes, en que las estatuas van humanizándose hasta que el lector se da cuenta de que son simples metáforas de las prostitutas:

Aparecen las estatuas
en tamaña serie
de las lenguas de la mano y de la lengua
del pubis,
gesticulando mordidas
de intemperie.
Suturas.
Estatuas de tripas coloradas de intenciones
deseosas
de usar medias negras
Amantes perpetuas
voluntarias
a la tragedia inevitable
salientes
libando pujos indescifrables
como raíces.
[...]
Repueblan la ciudad
asoman en lo que duele
dentro de zapatos de otros
y alzan vuelo
perdidas en el vientre. (1996: 16)

Ni estas transformaciones de la lírica (el paso de la ciudad idealizada a la ciudad polifónica inscripta en la letra, de la ciudad evocada a la referencialidad literaria absoluta), ni su puesta al día con las corrientes escriturarias más recientes, han provocado —sin embargo— modificaciones en lo que hace al ingreso al canon nacional. Tampoco la prosa, hollada por los veloces ritmos ciudadanos, en una estética próxima al video clip, va a encontrar un sitio en él. Veamos fragmentos del libro *Noche de cenizas* (s.f.) de Víctor Fernández Esteban cuya escritura fue comparada con la de Ahuerma Salazar (ver Capítulo II):

“[...]vi llegar casi sin luces, un inmenso ómnibus oscuro fileteado en rojo y bermellón” (18)
“Como siempre, los autos pasaban hacia un solo lado, entrando por la ZZA del cartel de pizzas la luz pálida y musical de un ómnibus oscuro.” (27)
“Tanta gente que empezó a meterse en el vaso esa noche, [...] esa noche, la última que vi el ómnibus oscuro que no me dejaría volver sino con las lágrimas a pasar por la amplia plaza sin nombre, los hoteles, la gente en las veredas, el recodo donde había un techado oscuro y húmedo de kiosko [...] que luego iba a ver muchos años después de estos que ahora estoy viendo pasar por la penumbra del espectáculo del Hotel Colón [...]” (1987:59-60)

2.4.- Los interiores

En este apartado veremos como, al olvido de los poemas y cuentos que se sigue de la textualización de los espacios urbanos se le puede agregar una variable más: el que sobreviene de la construcción textual de un espacio urbano no público sino privado, que es dominio de la mujer. Es posible percibir acá también, como en **2.1.**, que el cruce de lo espacial urbano con lo genérico exacerba la tendencia al olvido. Pero profundizaremos sobre esta última variable en el apartado **3.**

En los poemarios de Emilia Virginia Acosta es posible rastrear la oposición entre espacio público y privado, lo exterior y lo interior (íntimo) que a veces está separado de la ciudad sólo por un vidrio:

(
De pie. Desnudos.
Ante el vidrio que nos separa
de la vorágine avasallante.
(1988:59)

El sujeto de la enunciación es un nosotros y el espacio se carga de subjetividad y de ambigüedad:

Hoy es el día de abrir las puertas
y que la vida llene los rincones de la casa.
[...]
Seremos una sola piel
 una sola sangre
 un movimiento solo
en esta casa sin rincones. (s.f:11)

A pesar de la aparente impersonalidad (parece no haber un sujeto que diga “yo”) el siguiente texto de Mercedes Saravia, tomado de *Mendiga Luz* (1991) está construido desde una mirada atravesada por el género femenino y su preocupación por la casa y las tareas domésticas:

Casa de verano

Hay una casa sola en la noche

las ventanas abiertas a la lluvia
En un mar espeso de distancias
es un barco que avanza
cargado de recuerdos [...] (1991:25)

En “Sinsentido” de su libro *Plaza Desierto* (1993), esas mismas preocupaciones se construyen, al comienzo, desde la aparente ausencia de un sujeto que las asuma, hasta que el *yo* irrumpe:

La casa desarreglada y sucia
¿ayudaría limpiarla
enjabonar los pisos y frotarlos
hasta lograr un brillo reluciente?
La ropa amontonada en los roperos
ropa vieja ropa que nadie usa
[...]

podría separar una gran bolsa
Y dársela a los pobres
¿acaso eso ayudaría? [...](1993:65)

También con una mirada atravesada por el género, pero con un sujeto del enunciado abiertamente femenino, aparecen en la poesía de Rosa Machado los rituales cotidianos y las tareas ancestralmente asignadas a la mujer.

Perdida entre las cosas una mujer
no puede matarse de risa
en la mitad de la mañana
ni rodar en bicicleta por los cielos
descubriendo uno a uno sus paisajes.

Buscar aquel influjo tibio, personal
que la despoje
le neutralice los roles y las faltas
tragada por la casa, el trabajo
y los quehaceres.

Enredada en las telarañas
de la ropa sucia y los pañales
en la neblina del equilibrio calórico del guiso
que se esparce a través de su conciencia
no puede recitarse necesidades personales:
la reclama la urgencia de la vida. (1993: 53)

Tres participios (perdida, tragada, enredada) distribuidos uno por estrofa, poseen semas de opresión: la mujer está en una jaula (la casa) cuyos barrotes (la casa, los quehaceres, la ropa sucia, el guiso), le impiden “rodar en bicicleta por los cielos”, “buscar aquel influjo personal/ que la despoje”, “recitarse necesidades personales”; pero la conciencia de estar sosteniendo la vida, invierte el planteo del poema: alguien tiene que estar ahí. Al hablar de la francesa-argelina de familia judía H. Cixous, dice Marta Azpeitia Gimeno: “La masculinidad se construye a partir de la idea de pérdida; no así la femineidad en la que Cixous descubre la economía del don, amor del otro, derramarse, alimentar” (1996:244); y más adelante relaciona esta cuestión con la escritura al citarla:

“la escritura femenina es placer de derramarse, pero también voz como grito del cuerpo reprimido que estalla” (247), cuestión en la que abundaremos más adelante.

La incorporación del paisaje urbano público y privado al texto literario y de las minorías (seres marginales, mujeres), con sus prácticas y discursos emergentes, con sus puntos de vista, ritmos y estrategias discursivas, no reconocidos por el discurso hegemónico, no modificó para nada el canon, quizá porque la problemática urbana es similar en todas las ciudades y no hay nada verdaderamente distinto, algo que permita “diferenciarse” como a comienzos del siglo XX. Esto ya había sido vislumbrado por Dávalos cuando reconoció su desinterés por tipos humanos urbanos que no reflejaran lo típicamente regional-rural: “comprendo que tarde o temprano se me ha de reprochar mi indiferencia con la gente de mi clase (...) En todo el mundo civilizado, esas clases burguesas afectan las mismas modalidades éticas, estéticas y sociales y las trabajan idénticas pasiones y análogos prejuicios.” (1997:243). Recordemos que *burgo* es ciudad.

3.- El lugar de la mujer en la sociedad, feminismo y olvido

La teoría social moderna, al menos en tres de sus autores: Weber, Durkheim, Marx⁷⁶, ha impuesto al mundo humano sus lecturas binarias. Aun cuando ellos parten de premisas diferentes, lo disocian en *varón / mujer* y colocan sus respectivas actuaciones en las esferas de lo público y de lo privado. Al primero se le atribuyó la razón y a la segunda, el sentimiento y la pertenencia al mundo de la cultura y de la naturaleza, respectivamente. A estas últimas oposiciones se le sobreimpusieron las que separan la producción (material y discursiva) de la re-producción, en una verdadera división sexual del trabajo. Tampoco el psicoanálisis pudo escapar de las antinomias y la posesión del falo hizo que el varón estuviese en el lugar del poder, mientras que la mujer, “el no-todo”, cuyo goce “está de más” (Lacan, 1992:92), llegase a ser lo innombrable, lo irrepresentable. El pensamiento binario —como decíamos anteriormente— ha operado

⁷⁶ “Max Weber es (...) quien primero teoriza sobre el sistema del patriarcado, al reflexionar sobre la dominación patriarcal y matrimonial en su obra *Economía y sociedad*” (Gomáriz, 1992:92). Durkheim aboga a favor del individuo libre de la tradición, pero ese individuo capaz de elegir es de género masculino. La subordinación de la mujer es necesaria por razones de cohesión social. (Ib:92). Aunque Marx reconoce que el capitalismo (que rescata la fuerza de trabajo no importa si es de varón o de mujer) es un modo de producción históricamente construido, y es dialéctico para todo, no encuentra contradicción en el ámbito familiar. Los lazos son afectivos y no económicos, ni políticos. La mujer se diluye.

siempre colocando en un polo lo valorado y en otro lo desvalorizado (en este caso, lo público, la razón, la cultura, la producción, el poder vs. lo privado, el sentimiento, la equiparación con el mundo natural, la reproducción, el sometimiento) y ha hecho de la mujer un sujeto invisible.

La teoría social contemporánea hizo un esfuerzo por revertir con síntesis o inversiones esta situación y el concepto de sujeto completo con una identidad fija y esencial (como la concebida por la teoría moderna) ha cedido paso a la idea de identidades múltiples y fragmentarias que se adquieren en determinados contextos y a partir de las prácticas materiales y discursivas y en las que se cruzan (entre otras) las variables de género, de clase o de etnia⁷⁷. Un abordaje de esta naturaleza (aunque se trata de la lectura de un texto y no de la sociedad) es el que realiza Ana Peluffo al referirse a la novela indigenista *Aves sin nido*:

La posibilidad de sentir piedad que tiene la mujer criolla (Lucía) por la mujer indígena (Marcela) depende de su *status* protegido y privilegiado que la coloca por encima de su contraparte indígena. Por otro lado, la solidaridad de clase que une a Lucía con un sujeto masculino sentimental y letrado (Fernando) es por momentos más igualitaria y horizontal que la relación entre ella y los indígenas, que (...) están altamente “femineizados”. (2002:221-222).

A través de estas palabras es posible vislumbrar cómo se cruzan, en cada sujeto, características atribuidas por los posicionamientos esencialistas de la identidad sexual, ya al varón, ya a la mujer.

Dentro de la teoría social contemporánea están los aportes de Foucault con su reflexión sobre los efectos del poder que no remite a una instancia única y central, “sino que resultan de las relaciones interpersonales tejidas entre los individuos y los grupos” (Chartier, 1996: 116) y los de Derrida que, en la revisión de los dualismos de la Cultura Occidental, generó los conceptos de archi-escritura (1971) y de archi-mujer. Éste último fue utilizado por las feministas en sus luchas. También los estudios de Mijail Bajtín acerca del dialogismo (1986) fueron utilizados ya que comenzó a visualizarse que tanto el patriarcado como la teoría social moderna eran altamente monológicos por estar contruidos por el sujeto varón, blanco, letrado, heterosexual. La incursión de la mujer en el mundo del trabajo y de la producción, en las esferas de la política y del poder, por un lado, y la multidisciplinariedad actual de los enfoques sobre el género, por el otro, habrían instaurado formas de polifonía. La aplicación del cuadrado semiótico (Greimas, 1990) a la polaridad varón/mujer —en lo que hace sobre todo al eje de los

⁷⁷ Julia Kristeva dijo al respecto: “No hay una mujer”, citada por Hernán Reyes (1999)

sub-contrarios no varón-no mujer— dio pie para explicar las infinitas variantes de la sexualidad (gay viriles, gay afeminados, travestidos, transexuales, etc.). Aportes interesantes hicieron las historias de las mujeres. Finalmente, fueron importantes los aportes de la psicología que, con sus estudios sobre los trastornos en la identidad sexual, introdujo la categoría de género relacionado más que con el sexo biológico, con experiencias, ritos y costumbres atribuidas a cierto grupo (Ardaya Salinas,1997:19). Con la distinción sexo/género se pueden enfrentar los argumentos biologicistas: las mujeres no son por naturaleza pasivas y vulnerables, sino por un proceso individual y social de adquisición del género (ib:21).

La teoría contemporánea constituye un verdadero cambio de paradigma a partir del cual es posible preguntarse si fue la práctica feminista (práctica política y no teórica que cuestiona el sexismo, superioridad de un sexo sobre el otro, diferencia vuelta desigualdad tanto en el mundo de la vida como también en las ciencias sociales modernas) la que propició el cambio y la contestación es afirmativa ya que las prácticas suelen agujerear las teorías. También podríamos preguntarnos si los cambios en el nivel teórico tienen alguna influencia en las prácticas. La respuesta es de nuevo positiva porque los estudios del género, categoría relacional que —ya en la academia, ya en los medios— se hace cargo tanto de la masculinidad como de la feminidad⁷⁸, ha provocado, en muchos casos, la toma de conciencia de los sectores más marginados en una sociedad determinada. En este sentido, Giddens dice que las estructuras no son externas a los individuos, sino ambientes que condicionan, pero que se modifican por acción de los propios individuos. Habla de tendencias que no están preestablecidas sino que los sujetos pueden cambiarlas (Reyes, 1999). Por último, vamos a formularnos la siguiente pregunta que tiene que ver ya con el tema de los reconocimientos canonizadores. El nuevo lugar de la mujer en la sociedad y en la teoría, propiciados por el feminismo, ¿hizo posible la recuperación de su escritura? o, a pesar de todo, sus textos fueron y siguen siendo sometidos al olvido. Según Neuss Carbonell

Las prácticas feministas en los estudios literarios han tomado como su punto de partida común, aunque haya sido objeto de controversia desde los diferentes y a menudo enfrentados feminismos, que la categoría de género supone una marca inscrita en el

⁷⁸ Tal vez sería mejor en ambos casos utilizar el plural, como también sería conveniente hablar de los feminismos ya que hubo corrientes radicales, marxistas, postestructuralistas, posmodernas, etc. que están atravesados ya de las construcciones de la teoría moderna (crítica desde sus mismos parámetros y cae en contradicción como en el uso que hicieron las primeras feministas de la categoría weberiana del patriarcado), ya de la contemporánea, atravesada por la categoría de la diferencia. H. Cixous plantea inclusive la necesidad de pensar diferente a través de un nuevo lenguaje (Azpeitia,1996:250), no de pensar la diferencia. Nos serviremos de esta idea al analizar los poemas de este apartado.

texto que solamente otras prácticas de estudio pueden borrar o convertir en invisible. [...] Esta premisa ha permitido que se revisaran los contenidos del canon literario, se cuestionara la ausencia de nombres de mujeres a menudo bajo el argumento capcioso de la calidad y, desde luego, que se compulsaran también las interpretaciones de obras consagradas. En definitiva, las repercusiones de las prácticas feministas han llevado a nuevas lecturas así como a la inclusión de nombres y obras relegadas. (1996:269-270)

Según esta catedrática española, entonces, la respuesta a la pregunta planteada es positiva; sin embargo, y a pesar del optimismo de sus palabras, hay que pensar que en ciertas sociedades los feminismos son todavía una utopía irrealizada.

3.1.- El siglo XIX abre una brecha

Si bien desde mediados del siglo XIX podemos rastrear la particular virulencia de esa rama del feminismo que intentó conseguir el voto femenino y se denominó en Inglaterra y Estados Unidos *sufragismo*, sabemos que las prácticas feministas se imponían en ese momento en ciertas sociedades y no en otras.

Para centrarnos ya en una realidad más cercana, pongamos el ejemplo de Clorinda Matto de Turner, escritora del interior peruano que hizo “de la pluma un oficio, una forma de lucha, su modo de vivir”, según el Prólogo de *Aves sin nido* (1995:7). Nace en Cuzco, pero se radica en Tinta donde se indigna por la prepotencia de los notables. A la muerte de su hijo, su esposo le aconseja dedicarse a la escritura. Publica las *Tradiciones cuzqueñas* y un semanario. Viaja a Lima donde es muy bien recibida en 1877 en la tertulia de una salteña notable que allí residía, Juana Manuela Gorriti. Después de la muerte de aquél, vive en varias ciudades distintas: Arequipa, Lima, Buenos Aires a la que llega por persecuciones de tipo político y en la que lucha por la incorporación de la mujer al mercado del trabajo (Peluffo, 2002:221). En todas dirige periódicos y recibe premios. En algunos de sus emprendimientos periodísticos sus empleadas son sólo mujeres.

Pero más allá de sus luchas como agente de cambio en la sociedad, nos interesa acercarnos a la novela *Aves sin nido*, publicada en 1889 para mostrar cómo, en una época regida por la estricta división de las esferas de lo público y lo privado, lo racional y lo sentimental, la producción y la reproducción, una mujer utilizó la escritura para la promoción de su género y su propio ingreso a la política. En efecto, Ana Peluffo realiza una lectura de la novela que había resultado controvertida para la crítica por estar situada en un cruce de paradigmas (romanticismo / realismo, indianismo / indigenismo)

y muestra que la búsqueda de la promoción del indio es sólo una máscara de las propias demandas. Esta interpretación se acerca a la realizada por Ángel Rama de las novelas indigenistas de comienzos del siglo XX (1974), cuyos productores utilizaron —según él— la figura del indio sometido y humillado como un estandarte en la batalla por un sitio en el campo intelectual⁷⁹. Según Vich, con esta pelea dada desde los Andes, desde muy lejos de las grandes urbes, los escritores presentaban un nuevo modelo de intelectual que aspiraba a descentralizar el campo intelectual del Perú aún dominado por los hispanistas (Vich,2000).

Otro tanto podríamos decir de Clorinda Mato quien en el doble frente de la ética y la estética, de la política y el arte, intentaba fuertemente abrir un lugar para sí y para su género. La figura y la actuación pública de Clorinda Matto tienen un cierto paralelismo con los de una salteña de ese siglo: Juana Manuela Gorriti. Dice de ella Santiago Sylvester luego de enumerar sus publicaciones:

Esta obra extensa tuvo el mérito de ser pionera en cuanto a la producción literaria femenina de Latinoamérica. Tiene un carácter epigonal del movimiento romántico, del que nunca se apartó, y es fácil observar exageraciones de estilo, exaltaciones, desmayos y excesos de vocativos. Sin embargo, a pesar de estas limitaciones de escritora, no hay dudas del interés histórico de esta obra que muestra muy bien la incorporación difícil de la mujer, no sólo a la cultura, sino también a la autodeterminación de su destino en esta parte del mundo. (2003b,155).

Estas pioneras no van a encontrar —al menos en Salta— seguidoras en el comienzo del nuevo siglo.

3.2.- El siglo XX (primeras décadas) y un acople posible: asumir el patriarcado

Para continuar con la tónica comparatística del apartado anterior, prestemos atención a lo afirmado por la crítica chilena Kemy Oyarzún quien en su trabajo “Género y pluralismo: crítica heterogénea de las culturas latinoamericanas” (2002) hace referencia a las escritoras de las primeras décadas del siglo XX:

Las mujeres entran al campo discursivo literario en forma decisiva en el primer tercio del siglo XX: Nellie Campobello, María Luisa Bombal, Victoria Ocampo, Juana de Ibarbourou, Alfonsina Storni, Gabriela Mistral. Yo misma he tratado de demostrar que con contadas excepciones (Nellie Campobello, cierta Alfonsina Storni, la última

⁷⁹ Este modo de leer el indigenismo, retomado por Cornejo Polar en sus estudios sobre el tema, resultó muy útil a la hora de pensar la posición de Manuel Castilla dentro del Campo literario de Salta, ver supra y Moyano, 2002.

Gabriela Mistral, Marta Brunet), en esos años, la mujer productora de textos literarios entraba a ocupar el sitio asignado a ella por el discurso hegemónico. La mujer histórica —contrapartida de la mujer sentimental— tiende a perpetuar la cartografía “nebulosa” del patriarcado. (2002:273)

Si bien ella afirma que sólo “cierta Alfonsina Storni” y “la última Gabriela Mistral”, creemos que hay una distancia inmedible entre ellas, la Ibarbourou en Chile, la Ocampo en Buenos Aires y las escritoras salteñas de las mismas décadas. En efecto, Ema Solá de Solá, Clara Saravia Linares de Arias, entre muchas otras se dedicaron a apropiarse de la voz del otro cultural, a cantar las virtudes de la provincia o la belleza de la ciudad (como ya vimos) y a exaltar los valores patrióticos y religiosos. Los sujetos que hablan en sus poemas están encerrados en el dorado templo del orden patriarcal. Esto las separa y aleja de aquellas que quieren abrir jaulas. Demos ejemplos. Un soneto didáctico de Clara Saravia Linares de Arias se constituye en una especie de lección sobre el amor tan ceñida como su forma:

Amar es dar amor y apetecerlo
y al alcanzado amor aquilatarlo.
Al conseguido amor, acrisolarlo
y en su sagrado fuego mantenerlo.

Amar es ser, para dejar de serlo,
porque se pierde el ser al entregarlo;
y a ese perdido ser recuperarlo
con aquel ser que nos llevó a perderlo.

Amar es no contar lo que se ha dado,
pero sí atesorar lo recibido
y confundirlo, aún, con lo esperado,

y de todo otro afán desposeído,
en Dios confiar y a Dios confiar lo amado,
para amarlo después de haber vivido. (Fernández Molina, 1971:66)

En la antípoda del yo lírico capaz de perder su ser por el amor, el sujeto poético de un texto de Alfonsina Storni, cuya producción literaria fue relacionada con el feminismo en la *Historia de la literatura argentina* de CEAL (VV.AA.1968:811), apostrofa por esos mismos años al “hombre pequeñito” implorando libertad. El uso del pie quebrado acompaña el quiebre con el dorado mundo patriarcal:

Hombre pequeñito, hombre pequeñito,
Suelta tu canario que quiere volar...
Yo soy el canario, hombre pequeñito,
Déjame saltar.

Estuve en tu jaula, hombre pequeñito,
Hombre pequeñito que jaula me das.
Digo pequeñito porque no me entiendes,
Ni me entenderás.

Tampoco te entiendo, pero mientras tanto
Ábreme la jaula que quiero escapar;
Hombre pequeñito, te amé media hora,
No me pidas más. (1996:154)

Los textos de las salteñas de comienzos del XX citados hasta ahora (el de Clara Saravia y los del apartado **III 2.1.**) confirman las ideas que las investigadoras del Proyecto 511 del CIUNSa formularon, al referirse a las poetas de fines del siglo XIX y comienzos del XX:

Las escritoras que ubicamos en el primer grupo, en cuya escritura reconocimos una destacable homogeneidad, adscriben a un ejercicio de la poesía, que da cuenta de una inserción armoniosa en su contexto, en una doble proyección:

-con respecto a un mundo de valores establecidos: religiosos, patrióticos, familiares, cuyos supuestos e implicancias no se cuestionan, sino al contrario, se asumen ferviente, resignada o heroicamente, según los casos y circunstancias.

-y con respecto al entorno regional, en tanto hábitat entrañable y cómplice de la aventura poética; entorno que se vivencia con distintos alcances: desde la incorporación de los ámbitos ciudadano y rural más inmediatos, hasta el rescate de ancestros y tradiciones que remontan hasta lejanos sustratos, por la sangre, la impronta cultural, los paradigmas matriciales.” (1997:10-11)

Se afirma que estas mujeres cumplen su rol de escritoras en conformidad con un mundo de valores establecidos; es decir, en forma no conflictiva con respecto al mundo del poder; y son en buena medida portavoces de un mundo de creencias, de un statu quo que consienten como sustento de sus conductas y sus actitudes vitales. Esto parece confirmar la idea de que ellas no participaron en la lucha política, ni en batallas por la superación de las postergaciones del género, sino que sólo acompañaron a los hombres de su tiempo en la construcción de una Salta idílica donde los valores de la nacionalidad se habrían refugiado ante el avance de las oleadas inmigratorias sobre la pampa húmeda. Este acople hizo posible que una ola de prestigio y reconocimiento las rodeara en su entorno, pero no más allá de los límites provincianos.

3.3.- El “exilio” de adherir al feminismo

Marta Ibáñez, en el trabajo “La literatura femenina, un reto que no cesa” (2002) y en referencia a la mitad del siglo XX, realiza un cierto comparatismo cuando expone las opiniones que Elías Castelnuevo enunciara al publicarse el libro *La casa Modesa*

(1949) de Fina Warschaver: “Para frecuentar los así llamados territorios nocturnos del alma y proyectar allí alguna luz, se requiere una valentía y una franqueza difícil en el hombre, casi insalvable en la mujer”. La afirmación de Castelnuovo le sirve para poner en evidencia que, a mediados del citado siglo y a pesar de las luchas del feminismo, cierto modelo de mujer estaba todavía vigente. Dice la autora que el escritor se apoya en “una tradición que enfatiza la libertad, la autonomía, la racionalidad como patrimonio masculino, mientras que a la mujer se la describe como un ser sobredeterminado” con lo cual confirma que —desde ese punto de vista— Fina Warschaver (1910-1989) había incursionado por senderos poco transitados por las mujeres hasta esa altura del siglo, cosa que las mujeres salteñas no habían realizado.

Sin embargo, con las primeras fisuras importantes al orden político del patriarcado (desde el primer gobierno peronista la mujer es ya ciudadana con posibilidad de voto en la Argentina), ocurridas sobre todo a partir de mediados del siglo, la escritura de mujeres en general comienza a alejarse del discurso patriarcal. En lo que hace a Salta, esta trasgresión significa para ellas una especie de ostracismo. En un trabajo reciente “Olvidos y reconocimientos de la escritura de mujeres (Salta, década del '60)” (Moyano,2003) nos hemos referido fundamentalmente a los textos de María Angélica de la Paz Lescano y de Sara San Martín de Dávalos que no pudieron saltar la barrera del reconocimiento porque, como dice Juan Mac Innes, las sociedades modernas son patriarcales mientras no hayan abolido el legado material e ideológico de sus sociedades genuinamente patriarcales que las antecedieron. También pudo haber funcionado en el olvido de la obra de Sara San Martín la vigencia del machismo que debe distinguirse del patriarcado. Dice Ardaya Salinas:

Hubo un período de la historia que fue patriarcal. Otra cosa es el machismo: forma de organización social y de ejercicio del poder de dominación masculina, donde las mujeres existen como sujetas de algunos derechos y en la que tienen algunos espacios de autonomía, pero también mucha indefensión (1997:28).

En ese trabajo hemos demostrado que el discurso feminista asumido por Sara San Martín en un artículo periodístico sobre Simone de Beauvoir, fue inaudible en la década de los 60. Por otro lado, su aparición en una antología (Fernández Molina,1971, la primera edición es de 1964), que recogió algo de su producción y de otras mujeres de letras, no significó en absoluto reconocimiento de su obra porque su autor incluyó voces femeninas sólo buscando diferenciarse, en una revancha evidente contra su propia exclusión del *Panorama poético salteño* de Raúl Aráoz Anzoátegui (1963). Así los

libros de Sara San Martín fueron leídos poco y mal y una de las causas fue su adhesión al posicionamiento político de las feministas. Esto puede percibirse en el artículo sobre el libro de Simone de Beauvoir, y también en un poema dedicado a Alonsina Storni.

Ya en los setenta el feminismo tuvo en Salta militantes como Ana María Giacosa (también poeta) y fue en esas décadas que mujeres de la talla de Teresa Leonardi Herrán comenzaron a enfrentar desde la escritura las diversas formas de dominación. El texto que sigue, perteneciente a un libro titulado *Incesante memoria*, fue publicado en los '80 pero recoge lo producido en la década de la dictadura militar:

Qué haré yo para dejar de ser espina
en la carne de su mediocre dicha
No mencionar los gritos de las Hécubas
los lamentos de Antígonas
que no pudieron enterrar a sus muertos (1985: 11)

En una línea similar había actuado la metanense Elva Rosa Arredondo en su libro *Meditación azul* (1977). Su reconocimiento en Salta Capital fue posible porque en las lecturas realizadas al texto se obviaron los aspectos de denuncia y se la leyó como poesía metafísica (Moyano, 1999b).

3.4.- ¿Seguir los mandatos ancestrales o romper el silencio?

La poesía que se juega contra las situaciones de dominación tiene como contrapartida la que, todavía en los 80/90 responde al “ideologema del símbolo” (Kristeva, 1981), cuyo sujeto enunciativo está sometido a una ley sobrenatural, como la poesía religiosa de las mujeres de comienzos del siglo XX. Un ejemplo de este retomar ideologemas del pasado es el poemario *El errante* de Nancy García (1992) en el que un sujeto mendicante afirma: “Yo era la mendiga/ del Errante”. También aparecen por esos años sujetos sometidos a un “Mandato” ancestral:

Serás
la cuidadora de los muertos
la inútil guardiana
de un tesoro de tristezas
reina
de un reino de fantasmas
habitante
de la melancolía (Saravia, 1991:11)

Esto evidencia la vigencia de los discursos que rigen el sometimiento de la mujer, más allá de ciertas prácticas que fueron ya posibles en esos días. Dice Marta Ibáñez en el trabajo subtítuloado “De la ética de la sumisión a la estética de la liberación” (1993) referido al funcionamiento de la *Hoja de Poesía*, publicación conjunta de cinco mujeres que se presentaba cada mes, durante la década de los ochenta, en una feria de arte callejera, con el mínimo sostén material de una hojita doblada:

El sujeto que produce la *Hoja* no se asimila a la idealización que la cultura occidental ha hecho de la mujer. Sería interesante relevar en la superficie escritural la presencia o no de marcas textuales que muestran estas quiebras, trabajo que excede los límites de esta propuesta. Sin embargo, no es aventurado sostener que, pese a la polifonía y heterogeneidad que devienen de su particular constitución, la *Hoja de Poesía* fractura la ética sacrificial al quebrantar el centro ordenador del espacio, para apostar y contribuir a la construcción de una estética de la liberación, proyecto aún en ciernes, pero que encabalgado en las reivindicaciones del feminismo, abre una perspectiva distinta, en tanto lleva al escenario social la palabra silenciada de la mujer. (1993: 123)

La lucha a brazo partido por romper el silencio y el sufrimiento que éste provoca es un *leit motiv* que atraviesa los textos de muchas escritoras de esa década. Como el paradigmático “La desdentada” de Rosa Machado. Veamos la interesante metáfora de la negación de la voz, cuya caja de resonancia es la boca, presente en el poema: la falta de un lenguaje es metaforizada por la falta de dientes. Algo del orden material (los dientes) sirve de metáfora a algo que es del orden de lo simbólico (el lenguaje). Azpeitia Gimeno al analizar el pensamiento de Hélène Cixous afirma que para ella: “La mujer convierte todo en cuerpo y su cuerpo en texto.” Y que “Ese lenguaje-cuerpo desmonta la oposición cuerpo-mente” (1996: 248). Estamos no sólo ante la superación de los dualismos y la evidencia de que entre naturaleza y cultura (razón) no hay divisiones tan tajantes como creyó el Occidente moderno, sino también ante un caso de *pensamiento diferente*⁸⁰.

Yo soy la desdentada

la que le roba los besos al amor
y va siempre acurrucada en las encías.

La que sufre
pero nunca muere
la que escupe
pero por accidente
la que jamás ignora
y nunca canta.

⁸⁰ Ver nota 38.

Soy las palabras no dichas por decir
pudriéndose una a una entre los dientes
y este aliento de nunca decirles nada
todas las palabras al revés guardadas
en el interminable desconcierto cotidiano.

Estos años callada, ángel mío,
me han desdentado
de un solo manotazo atroz
en las encías.
Tanto decir que no cuando
a la vida le faltaba la voz del decidero.

Aquí estoy
a sabiendas que mi lugar está
por otra parte
estoy en el exilio, encerrada en mi casa
acurrucada a punto cero
sin poder ni callar ni decir.

Soy la ambigüedad de las palabra
fluidas en la zeta.
Me escapo a borbotones
por el vacío de una boca
el corazón entumecido
hoy está boquiabierto ante el silencio.

Jamás le contaré al amor la pena.
Aquí se pasea lo que silba
lo que es pájaro en mano
y cien volando.
Sin predecirlo
cantará alguna vez el mirlo a la sordera.
¿Cuántos son los amigos
los desdentados amigos de la vida
los desdentados del amor? (1993:47 y 48)

Las palabras relacionadas con la voz y el canto —canta, palabras (dos veces),
decirles, decir (dos veces), voz, decidero, contaré— modificadas por otras que anulan su
semantismo, pasándolas al campo del silencio —nunca canta, palabras no dichas, nunca
decirles nada, palabras al revés guardadas, decir que no, faltaba la voz del decidero, ni
decir, jamás le contaré—, construyen la ambigua necesidad de callar esperando el
momento oportuno para hablar que está en los versos:

acurrucada a punto cero
sin poder ni callar ni decir.

Pero ¿qué significa esta ambigüedad de que un poema hable del silencio? La última estrofa posee un deíctico que señala al mismo texto: "aquí (en la página) se pasea lo que silba/ lo que es pájaro en mano y cien volando". Interesante inversión del refrán que ha denotado siempre una actitud conformista "más vale pájaro en mano que cien volando". Indica que el poema es el pájaro de la mano y los cien que van volando, o sea es escritura de un inconformismo radical. La posibilidad de *decir*, en el poema, permite que la última estrofa se oponga a la de las anteriores y genere su inversión. Acá los "verba dicendi" no están neutralizados por el cotexto. Son "silba" y "cantará" cuyo sujeto "el mirlo" será capaz de decir y contrarrestar tanta incapacidad de oír, tanta "sordera".

La ambigüedad de no poder callar ni decir, de que el poema sea el pájaro en la mano y el que va volando, nos pone ante la posibilidad de ser varias cosas a la vez que para el discurso falocéntrico según Azpeitia (1996: 243) es nada o demasiado.

La denuncia de la imposibilidad de decir aparece en otros poemas no asumida como propia por el sujeto enunciativo, sino vista desde fuera por un sujeto exterior:

La muJER Tiró Dados al vaCIO
abanDOno afOnico
 es su des-DIcha
 un/entOnces
 un iGUal. (Escudero,1990:18)

O está dicha desde adentro por un sujeto femenino que se incluye pero que enuncia en un plural que abarca a todo el género.

Cubrir el corazón
cubriendo el cuerpo
calladas gritar desde adentro.(Acosta,1988,31)

3.5. Una vía de escape: recuperar el cuerpo

En el párrafo 3.4. hablábamos de la relación entre el cuerpo de la mujer y su propio texto. Dice Azpeitia: "La represión sufrida en su cuerpo hace a la mujer más

conciente de él y, el habersele negado la palabra, la lleva a convertirlo en lenguaje”⁸¹. Son interesantes al respecto, las palabras de H. Cixuos citadas por ella: “la escritura femenina es [...] grito del cuerpo reprimido que estalla” (1996:247-248). La lírica de mujeres recobra entonces el cuerpo sexuado como un espacio totalizante que había sido tan reprimido anteriormente. Verdadero acto de rebeldía que está presente en el poema “Es cuna nido redondo” (1993:61) de Rosa Machado que en sus tres primeras estrofas dibuja un hueco y en la última cambia lo cóncavo por lo convexo⁸²:

Es cuna nido redondo atmosférico mundo
lo que armo y desarmo
cada mes.

Amaranto en las dudas
Corto a destajo
La frágil amapola roja
Que me crece.

Suaves membranas
el útero es el centro del mundo
allí vive el humano con su historia.

Sin embargo
me resisto llorando
lágrimas de sangre
cada mes. (1993:61)

A partir de la equiparación cuerpo-texto, la escritura va haciéndose innovadora, rica y sensual y va convirtiéndose en un instrumento de ruptura de las viejas estructuras mentales, como en este poema de Miriam Fuentes:

[...]Ella florece firme a retazos de azahares
fanática de noche
intransigente
huele a pasto verde
tropiezos de pelambre y de saliva.

Vuelca
en juegos despedazados
aromado corazón y atrapantes pezones

⁸¹ Este “sonido del cuerpo” está inscripto en unos versos de María Belén Alemán en los que un sujeto lírico plural convierte lo táctil en auditivo: “En la eléctrica sinfonía de los/ cuerpos/ reanudamos la vida” (2000:).

⁸² No puedo resistir a la tentación de relacionar el tema del poema (habla del útero) con lo que dice Aspeitia con respecto a la histeria (recordemos que histeria viene de histera, útero, matriz en griego): “catalogada como pérdida de la razón no sería tal, sino un logos encarnado en un cuerpo” (1996,248). La histeria es valorada positivamente por ella. Se ve su origen en la represión.

inspirando
vertiginosos deseos a un extraño.
Y ajedrez fatal
regresa.
Ella se aparea por su cuenta [...] (1998:31-32)

Una serie de verbos (florece, huele, vuelca, aparea) y de nombres (pelambre, saliva, pezón, deseo) comparten semas que van generando la sensualidad que mencionábamos, hasta convertirse en un desenfadado erotismo que no teme la disolución⁸³, como en “Antes del goce” de Mercedes Saravia:

Imagino (porque el deseo
despierta la imaginación)
el ceremonial amor
de los cuerpos entrelazados
Imagino el goce secreto
de la entrega
el deslumbramiento
la disolución

Recuperar el instante absoluto
Dejar que los cuerpos cobren
su cuota de eternidad (Saravia,1991:33)

De este sujeto lírico en singular pasamos a uno plural que luego se divide en el tú y el yo en el siguiente fragmento del poema de “La magia sin regreso” de Teresa Leonardi Herrán que transcribimos. A través del desdoblamiento, cada uno de los sujetos crea su propio universo erótico (el “tú” caza, el “yo” se eleva hasta las estrellas). La página se puebla de referencias bíblicas y literarias. La voz (casi profética) transfigura a los amantes hasta provocar resurrecciones y apoteosis (cuerpo = estrellas):

[...] Entonces habíamos extraviado nuestros rostros
Éramos la Sulamita y el rey Salomón muertos hace miles de
años
y que resucitaban a través de nosotros
Oh tus ojos cazándome en la noche
El peyotl de tu beso haciéndome crecer como si fuera Alicia
Mi cuello atravesando la chimenea del mundo
Mi cuerpo ilimitado carnadura de estrellas [...] (1991: 33)

⁸³ Dice Azpeitia Gimeno: “Según la hipótesis del miedo a la castración, el hombre teme ser mujer por lo que tiene de nada, de negación, de disolución y muerte, lo que lo lleva a una autoafirmación de lo masculino; temeroso de perder su identidad, refuerza su unisexualidad falocéntrica” (1996:240)

de un andrógino, que se acerca a la idea derrideana de la archimujer (Moyano,1999a). Esa instancia superadora de los binarismos se encuentra en un poema curiosamente atravesado por el discurso religioso, "Génesis". En él se construye un sujeto de la enunciación en plural que encierra un segmento, en el que una especie de letanía es repetida por un enunciador ya en singular, ya en plural que se dirige a un enunciatario y pide la restitución del nosotros, superador del yo, potencia salvífica que hiciera posible que todo (tanto en las relaciones varón-mujer como en las del ser humano con la tierra) fuese tan incorrupto como en el momento de la creación. En realidad, se trata de un retorno a los orígenes, a un momento anterior a la constitución del pensar binario:

Aprender a crear todo de nada
aprender a nombrarse nuevamente.

Debemos reconstruirnos
alejarse a los vulgares
cruzar las grandes aguas
y cambiar la energía que tomamos del fondo
del infierno
porque mata y ensucia.

Devuélveme el ozono tan perdido,
separa el plástico
de la tierra para el trigo
devuélveme el ozono tan perdido,
que en el desierto llueva
el maná que occidente
guardó en la casa del banquero.
Colabóranos
en restituir el verdadero amor
en la andrógina mente
no dejes que la usura se trague
a nuestra Madre.
Déjanos ser! [...] (1993: 35)

La instancia andrógina, potencia salvífica, es equivalente a la pareja humana que progresa hacia una superación de las dicotomías propias de las concepciones esencialistas de la identidad genérica y sexual y es capaz de vencer "el agrio desteñirse de la vida" y "el tufo de los tedios cotidianos", en el momento de compartir las tareas tradicionalmente asignadas a la mujer:

En el supermercado se encontraron ayer
nuestras miradas
las manos nos temblaron
y entre botellas de aceite
detergentes y cajitas de fósforos
encendimos el nivel
de nuestro amor cotidiano.

Rodamos por las góndolas repletas
de una esquina a la otra
en un viaje sin fin
sedientos nuestros cuerpos
ofrendados al son de las ofertas [...](1993: 43)

Y de nuevo, hacia el final del poema, un sujeto de la enunciación en plural superador de todas las dicotomías, de todos los silencios, de todas las caídas que llegan a una:

Celebración final,
dos dedos de tiza
nos señalan los rumbos. (1993: 44)

La presencia de los andróginos es muy fuerte también en la poesía de Teresa Leonardi Herrán:

[...]Los amantes viajan en su nave carnal
Oh andrógino sin llanto pájaro de ocho alas
atraviesas un África del tiempo
y redime tu beso la pasión de los réprobos
trágicos cuerpos de Tristán e Isolda
irreversible noche de Abelardo
Mariana Alcoforado en soledad ardiendo
Camila O’Gorman vientre en sazón segado [...](1993:37)

Pero a diferencia de los andróginos de Rosa Machado no constituyen un proyecto de futuro, sino el antepasado mítico de la pareja humana separado con dolor por la ley del Padre:

[...]
Afuera la ley del Padre
su mentirosa claridad fundando diferencias
su sombrío bisonte agrietando lo uno
el corazón andrógino volviéndolo
este doble sollozo discontinuo (1993:55)

3.7.- Un reconocimiento nacional de la escritura de mujeres

A pesar de muchos imperdonables olvidos (Sara San Martín, Liliana Bellone, Mercedes Saravia, entre otras) y de haber conservado —para las últimas décadas— la proporción de poemas de varones y de poemas de mujeres de la antología de Fernández Molina mencionada en **III 3.3.**, cuando en la realidad predominan las escritoras y

obtienen los más importantes premios, la presencia de textos de Teresa Leonardi Herrán y de Rosa Machado en una antología nacional de reciente aparición (Sylvester,2003a) nos lleva a preguntarnos acerca de cuáles fueron las cuestiones que les han permitido pasar la barrera del reconocimiento que no es sinónimo todavía de canonización, pero puede precederla.

Vamos a centrarnos en los poemas ahí recogidos para ver si en la construcción de los sujetos enunciativos o en sus isotopías hay algo que pueda mostrarnos un cambio de actitud de los antólogos (recordemos lo afirmado: si se recuperaban poemas de mujeres en antologías como en la Fernández Molina se lo hacía como una estrategia defensiva que anulaba el bello gesto, además —y lo confirmaremos después— los poemas recogidos en ella adherían casi en su totalidad al orden patriarcal).

Un poema de Teresa Leonardi Herrán parece contener una revalorización del amor (el amor no puede morir), aunque su tratamiento nada tenga que ver con el realizado por otra poeta salteña a comienzos del siglo anterior, adherido ideológicamente al patriarcado, el ya citado soneto de Clara Saravia Linares de Arias:

Al amor, ese cáncer, destrúyanlo
antes que haga metástasis
.....
Búsquenlo en su cubículo de animal desmedido
extirpen sus células solares
pidan auxilio al derecho romano a los gendarmes
....
pidan ayuda a dios el gran ausente
para matar del todo al que no muere
al que morir no puede. (Sylvester,2003:373)

Y aunque en otro se cede la voz a un sujeto femenino que parece atarse a dependencias anteriores a la revolución feminista:

¿Qué soy yo sin él?
La que extravía para siempre el paraíso
encuentra el rostro de la aniquilación.
La vida apaga sus luces.
Su cuerpo ausente me lame con su frío. (Ib.)

predominan, en los poemas recogidos, los sujetos de enunciación y del enunciado femeninos que han saltado fuera de los límites diseñados para “ellas”:

-la niña (Ib:372) lo expresa así: “Quise correr hacia mi madre pero ya era tarde./La orilla invisible me había atrapado para siempre.”

-la mendiga (Ib:373) es “la deseante del más hermoso amado”.

- y la “Mujer dibujando los países por venir”:

Ha roto con el árbol genealógico.
Al señor con galera que vivía en su memoria derecha
lo envenenó esta madrugada.
A la abuela con bucles
que en la foto se esconde detrás de un abanico
la encerró en el sótano.
Al tío que distinguía con su nariz enorme
quiénes eran bastardos en familias ilustres
lo ha izado hasta las nubes para que no regrese.
En el invierno alimenta la estufa
Con las hojas del Derecho Romano.
Aplauda los desastres bursátiles
Y confía en los terremotos futuros. (Ib:374)

Los sujetos femeninos (la madre, la desdentada del poema analizado en 3.4.) pueblan los textos de Rosa Machado seleccionados por Sylvester. Aluden —como veíamos— al silencio ancestral de la mujer (o su pena) que son rotos, con la presencia misma del poema:

Estos años callada, ángel mío,
me han desdentado
de un solo manotazo atroz
en las encías.(Ib:485)

Jamás le contaré al amor la pena. (Ib.)

Merodeaban mis penas, tus mismas penas.
Mis lágrimas salaron tus lágrimas de niña (Ib:487)

En un trabajo anterior “La instancia andrógina: acerca de *Canción de la ballena* de Rosa Machado” (1998) sostuvimos que era posible leer en los poemas del libro una isotopía que une mujer a arraigo, a pena, y a higiene que se opone a la que une varón a errancia, a traición y a mancha (culpa). Las construimos fundamentalmente a partir de la lectura de los poemas “Oficio” (se refiere a la mujer lavandera) y “Vía libre” (al varón ferroviario). En la misma oportunidad, mostrábamos la capacidad de los sujetos femeninos de sobreponerse a la pena y lo hacíamos a través del poema “El vendedor de alhajas”, recuperado por Sylvester:

Las vecinas rabiarán por la envidia
Y mi madre se contempla al espejo sonriendo
Se olvidará del mundo y de la suerte

Que correrán las plantas de la casa
Si ella no las riega con sus lágrimas. (Ib:484)

También fue posible leer en el poema “Oficio” la capacidad de romper con el ancestral mandato de limpiar, lavar y planchar, que en los poemas seleccionados se hace presente en el poema “Seda quebrada”, dedicado “a Irene, mi mamá, que padece mal de Alzheimer”, sobre todo en la repetición del sintagma: “ropa sin planchar”:

Nuestra madre anciana ha renunciado
se esconde en su mente
pero yo no encuentro aún sus poemas.
Mi hermana entra de cabeza en el canasto de mimbre
donde se guarda la ropa sin planchar.
Allí estaban sus medias y calzones perdidos
y la canción de ella cuando sueña,
sus palabras bordadas,
el transparente encaje de su risa,
la muselina de sus versos
y años y años de ropa sin planchar (Ib:468)

Se construye un sujeto enunciativo plural que dice: “nuestra madre” que parece incorporar, en el acto de decir, a la hermana. Tiene como sujeto del enunciado a la madre, cuyos poemas no son hallados. Pero la hermana entra al canasto de la “ropa sin planchar”, metáfora de la doble transgresión femenina (no hacerse cargo ella sola de las tareas domésticas, ni de lavar-planchar las manchas de los pecados de los otros con sus lágrimas) y encuentra canciones, palabras, risas, versos ¿de la hermana o de la madre? ¿a cuál de ellas alude el adjetivo posesivo “sus”? Poco interesa. Lo que sí es cierto es que un mundo de mujeres, absolutamente ajenas al orden patriarcal, distantes y distintas, habita en los poemas seleccionados de ambas poetisas.

En las antípodas del poco creíble reconocimiento realizado por Fernández Molina en los sesenta (Moyano, 2003a) que significó rescatar poemas de trece mujeres, ya que estaban ligados, con poquísimas excepciones, a un sistema de valores propio del patriarcado, el texto de Sylvester se atreve a inscribir poemas atravesados por nuevos vientos. Puede ser criticable comparar dos antologías tan alejadas en la línea temporal, pero la de Fernández siguió reapareciendo en los setenta, cuando la poesía de Teresa Leonardi Herrán ya era de todos conocida y nunca se hizo mención a ella ni se intentó una edición ampliada. Por eso podemos decir en conclusión, por cierto provisoria, que tanto Herrán y Machado (junto a las otras escritoras recuperadas aquí) con su escritura poética, como Sylvester con su posicionamiento como antólogo pueden estar

constituyéndose en fundadores de un nuevo discurso poético-crítico. Y tal vez esta Antología pueda servir para que estas mujeres (al menos) puedan ser reconocidas y recogidas por el canon de la literatura nacional, con lo que el ostracismo de la mujer escritora del interior pueda ser, en parte, superado.

Hemos transitado por textos reconocidos por figurativizar el campo. Tuvieron ese privilegio cuando fueron escritos por varones, ya que si la mujer se hacía cargo de lo rural o de la ciudad ruralizada en sus textos, éstos eran sistemáticamente olvidados. Pero si la ciudad ruralizada de textos cuya firma es de una escritora mujer no ha llegado al canon nacional, tampoco lo han hecho los textos de varones que han focalizado la ciudad. Curiosa aporía, estar relegados por atreverse a rescatar otra vez la ciudad y dar vuelta de nuevo la inversión de la dicotomía **civilización / barbarie** hecha por los nacionalistas a comienzos del siglo XX.

Y qué decir del olvido que se potencia cuando una mujer construye en sus textos espacios interiores que son como una prolongación de su propio cuerpo sexuado. O cuando, animada a gritar en ellos, se atreve a deconstruir las dicotomías del pensamiento binario construyendo androginias impensables desde el logos occidental.

Pero, como decíamos en el Capítulo I, los cánones no son definitivos. Nuevos nombres deben aparecer en la cartografía literaria nacional. Tal vez los de las mujeres recogidas en las antologías de la presente década. O tal vez los de varones capaces de plegarse a los nuevos vientos. Un poema de Víctor Hugo Lellín, tomado de su libro *Sobre el sonido de las pequeñas cosas* (1997), nos sorprendió gratamente ya que posee una imagen, el “dedo plural”, que se acerca a los “dos dedos de tiza” de Rosa Machado, la constructora de andróginos:

de pavimento a pavimento
 la gran oreja de la tierra
de vereda a vereda
 sólo un dedo plural
y en los andariveles
 donde andan las canciones del mundo
 sólo vos
 y una colmena (23)

El poema nos ha hecho pensar en la importancia de las prácticas discursivas de las mujeres de las últimas décadas que venimos rastreando, las que en palabras de Jenaro Talens

más allá de lo que tienen de búsqueda reivindicativa social, han reflexionado sobre la historicidad de los modos de ver y de intervenir, y esa reflexión ha obligado a cambiar, desde el punto de vista historiográfico, lo que ha sido definido tradicionalmente como la posición patriarcal del discurso occidental (Chiaffone,2000).

Y esto es muy claro en la poesía de Lellín en la que los poemas del mucho amor para los hijos del libro *Como un zurcador de rastros* (1987), unidos al minimalismo del libro mencionado anteriormente, evidencian un nuevo modo de caminar la ciudad, esta vez varón y mujer juntos. Los polos de las dicotomías estallan y el desplazamiento trastorna la antigua costra inmobiliaria.

BIBLIOGRAFIA

ARGUMEDO, Alcira

1993 *Los silencios y las voces en América Latina*. Buenos Aires: Ediciones del pensamiento nacional.

ARDAYA SALINAS, Gloria

1997 “Del patriarcado a la categoría de género”. Santa Cruz de la Sierra, Bolivia: Seminario Internacional Estrategias de Comunicación con Enfoque de Género, mímeo

ARIAS SARAIVA, Leonor

1982 “Joaquín Castellanos y la generación del '80 en Salta” en *Los primeros cuatro siglos de Salta. 1582-16 de Abril- 1982. Una visión multidisciplinaria*. Salta: Dirección de Publicaciones e Impresiones de la UNSa.

AZPEITIA GIMENO, Marta

1996 “Nosotras, las sembradoras del desorden”. El pensamiento de la diferencia sexual en H. Cixous y L. Irigaray” en Nieves Ibeas y María de los ángeles Millán (ed.) *La conjura del olvido. Escritura y feminismo*. Zaragoza: Icaria Antrazyt.

BAJTIN, Mijaíl M.

1986 *Problemas de la poética de Dostoievski*. México: FCE.

BENJAMIN, Walter

1991 *Poesía y capitalismo. Iluminaciones II*. Madrid: Taurus.

BERENGUER CARISOMO, Arturo

1971 *Literatura argentina*. Buenos Aires: Labor.

BOURDIEU, Pierre

1983 *Campo del poder y campo intelectual*. Buenos Aires: Folios.

1988 “El campo intelectual: un mundo aparte” en *Cosas Dichas*. Buenos Aires: Gedisa.

BRACAMONTE, Jorge

1991 “Más allá del regionalismo” en *Boletín N° 6*. Córdoba: Facultad de Filosofía y Humanidades.

- BUENO, Raúl
2001 “Modernidad alternativa y debate cultural en el Perú” en Javier Lazarte V. (coord.) *Territorios intelectuales. Pensamiento y cultura en América Latina*. Caracas: La nave va.
- CAMPOBELLO, Martha
1999 “La memoria histórica / la memoria textual: una lectura del *Canto General* de Pablo Neruda” en Instituto Literario y cultural hispano: *Alba de América* N° 32.
- CÁNDIDO, Antonio
1974 “Literatura y subdesarrollo” en César Fernández Moreno (coord.) *América Latina en su Literatura*. México: Siglo XXI.
- CARBONELL, Neus
1996 “Esencialmente mujeres: feminismos / escritura / identidad” en Nieves Ibeas Op. Cit.
- CEBRELLI, Alejandra
1999 “Entrevista a Fanny Osán de Pérez Sáez”, mimeo.
- COHEN IMACH, Victoria
1994 *De utopías y desencantos: campo intelectual y periferia en la Argentina de los '60*. Tucumán: Facultad de Filosofía y Letras de la U.N.T., I.I.E.L.
- CORNEJO POLAR, Antonio
1980 *Literatura y sociedad en el Perú. La novela indigenista*. Lima: Lasontay.
1994 *Escribir en el aire*. Lima: Ed. Horizonte.
- CHIAFFONE, Constanza et al.
2000 “Entrevista a Jenaro Talens” en www.otrocampo.com.
- CHIBÁN, Alicia
1982 “Juan Carlos Dávalos. La narrativa” en *Los primeros cuatro siglos de Salta. 1582-16 de Abril- 1982. Una visión multidisciplinaria*. Salta: Dirección de Publicaciones e Impresiones de la UNSa.
- CHIBÁN, Alicia y otros
1982 “El proceso de la literatura de Salta y su reflejo de la realidad socio-cultural salteña” en *Estudio socio-económico y cultural de Salta, Áreas lingüística y literaria*. Salta: Consejo de investigación de la UNSa, tomo II.
- CHARTIER, Roger
1996 *Escribir las prácticas. Foucault, de Certeau, Marin*. Buenos Aires: Ediciones Manantial.
- DERRIDA, Jacques
1971 *De la Gramatología*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- FORD, Aníbal
1987 *Desde la orilla de la ciencia. Ensayos sobre identidad, cultura y desarrollo*. Buenos Aires: Punto Sur.
- GOMARIZ, Enrique

- 1995 “Los estudios de género y sus fuentes epistemológicas: periodización y perspectivas” en *Isis Internacional: Revista de las mujeres* n° 17.
- GREIMAS A.J. y J. Courtés
1990 *Semiótica. Diccionario razonado de las ciencias del lenguaje*. Tomo I. Madrid: Gredos.
- GUZMÁN DE DALLACAMINA, Raquel
1992 “Regionalidad y textualidad” en *1991 Crítica literaria*. Córdoba: Editorial de la municipalidad.
- IBÁÑEZ, Marta Ofelia
1993 “De la ética de la sumisión a la estética de la liberación” en *La escritura salteña de los 80: condiciones de producción y de reconocimiento*. Informe final del Trabajo de Investigación n° 325/93, Salta: CIUNSA, mimeo
- 1999 “Mapas literarios: las antologías. Reconocimiento de autores salteños”. Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca: *X Congreso de Literatura Argentina*, mimeo.
- 2002 “La literatura femenina: un reto que no cesa”. Universidad Nacional de Jujuy, Jujuy, VII Jornadas de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales, mimeo.
- IGHINA, Domingo
2000 “Territorios desplegados. Los ensayos de reconfiguración de la Nación” en *Diseños de Nación en los discursos literarios del Cono Sur 1880-1930*. Córdoba: Alción editora.
- ILLANES, Darío
2004 “Entrevista a Aníbal Ford” en *El Tribuno* del domingo 13 de Junio.
- KALIMAN, Ricardo
1994 *La palabra que produce regiones. El concepto de región desde la teoría literaria*. Tucumán: U.N.T.
- KRISTEVA, Julia
1981 *Semiótica*. Madrid: Fundamentos.
- LACAN, Jacques
1992 *El seminario 20*. Buenos Aires: Paidós.
- LAGMANOVICH, David
1974 *La literatura del noroeste argentino*. Rosario: Ed. Biblioteca.
- LUDMER, Josefina
1988 *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- MORANDINI, Alejandro
2002 “Castilla. Cerca de la revolución” en *Claves* año XI, n° 108. Salta, p. 7.
- MOYANO, Beatriz Elisa
1995 “Campo literario salteño. Pasado y Presente” en *La escritura salteña de los ochenta como espacio de hibridación y entrecruzamiento discursivo*. Informe final del Trabajo de Investigación n° 425/94, mimeo.

- 1998 “La elección de lo andino frente a la hegemonía porteña en dos textos del noroeste argentino: “El viento blanco” y *Trenes del sur*” en *Memorias 2, Jornadas Andinas de Literatura Latinoamericana 1997*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar.
- 1999a “La instancia andrógina: acerca de *Canción de la Ballena* de Rosa Machado” en *VI Symposium Internacional de Crítica Literaria y escritura de mujeres de América Latina*. Salta: EUCASA, Tomo III.
- 1999b “Las voces del silencio (las rupturas con los discursos homogeneizadores en la literatura salteña de los ’70)”. Universidad Nacional del Sur (Bahía Blanca): *X Congreso de Literatura Argentina*, mimeo.
- 2002 “Pensar la nación desde las fronteras. El caudillo, el gaucho y el indio en las letras salteñas del siglo XX”, Tesis de Maestría en Estudios Latinoamericanos aprobada en Quito, en la Universidad Andina Simón Bolívar.
- 2003a “Reconocimiento/olvido de la escritura de mujeres (Salta, década del ’60)”, Universidad Nacional de Salta: *VII Jornadas nacionales de Historia de las mujeres y congreso Iberoamericano de Estudios de Género*, mimeo.
- 2003b “Las antologías y los textos de crítica periodística de los años ’60 en Salta. Fundamentos de un canon”. Pontificia Universidad Católica Argentina (Buenos Aires): *Jornadas Literatura/ crítica/ medios*.

ORGAMBIDE, Pedro y Roberto Yahni

- 1970 *Enciclopedia de la literatura argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.

OSÁN DE PÉREZ, Fanny

- 1982 “Las vertientes de las letras salteñas: folklore poético y literatura culta” en *Los primeros cuatro siglos de Salta. 1582-16 de Abril- 1982. Una visión multidisciplinaria*. Salta: Dirección de Publicaciones e Impresiones de la UNSa.

OYARZÚN, Kemy

- 2002 “Género y pluralismo: crítica heterogénea de las culturas latinoamericanas” en Friedhelm Schmidt-Wella (ed.) *Antonio Cornejo Polar y los estudios latinoamericanos*. Pittsburg: Instituto internacional de Literatura Iberoamericana.

PALERMO, Zulma et al.

- 1987 *La región, el país. Ensayos sobre poesía salteña actual*. Salta: Comisión Examinadora de Obras de Autores Salteños.

PARFENIUK, Aldo

- 1990 *Manuel J. Castilla. Desde la aldea americana*. Córdoba: Alción Editora.

PARRA, Mabel et al.

- 1997 *La escritura de la mujer en la lírica salteña: continuidad y ruptura*. Salta: Víctor Hanne.

PELUFFO, Ana

- 2002 “El indigenismo como máscara: Antonio Cornejo Polar ante la obra de Clorinda Matto de Turner” en Friedhelm Schmidt-Wella (ed.) *Antonio Cornejo Polar y los estudios latinoamericanos. Op. Cit.*

PRIETO, Adolfo

- 1969 *Diccionario básico de la literatura argentina*. Buenos Aires: CEAL.
- RAMA, Ángel
1974 “El área cultural andina (hispanismo, mesticismo, indigenismo)” en México: *Cuadernos Americanos* N° XXXIII citado por Cornejo Polar, Antonio (1980). *Op. Cit.*
- REYES, Hernán
1999 “Género y Modernidad”. Quito: Seminario dictado en la Universidad Andina Simón Bolívar en el marco de la Maestría en Estudios Latinoamericanos.
- ROCK, David
1993 *La Argentina autoritaria. Los nacionalistas, su historia y su influencia en la vida pública*. Buenos Aires: Espasa Calpe.
- RODRÍGUEZ, Susana A.C.
2000 “Redes de lectura y política identitaria”. Universidad Nacional de Rosario: *II congreso internacional de teoría y crítica literaria*.
- ROJAS, Ricardo
1971 *La restauración nacionalista*. Buenos Aires: Peña Lillo.
- SILVA, Armando
1997 *Imaginario urbano. Cultura y comunicación urbana*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- SORENSEN, Diana
1998 *Facundo y la construcción de la Cultura argentina*. Rosario: Beatriz Viterbo editora.
- VV. AA.
1968 *Historia de la Literatura Argentina*. Buenos Aires: CEAL.
- VERÓN, Eliseo
1987 *La semiosis social. Fragmentos para una teoría de la discursividad*. Buenos Aires, Gedisa.
- VICH, Cynthia
2000 *Indigenismo de Vanguardia en el Perú. Un estudio sobre el Boletín Titikaka*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- WILLIAMS, Raymond
1988 *Marxismo y Literatura*. Barcelona: Ediciones Península.
- ZULETA ÁLVAREZ, Enrique
1973 *El nacionalismo argentino*. Buenos Aires: Ediciones La Bastilla.

BIBLIOGRAFÍA LITERARIA

- ACOSTA, Emilia Virginia
1988 *Clamor en distintos tiempos*. Salta: Grafiker.
s.f. *La mujer y las casas*. Salta: Grafiker.
- ALEMÁN, María Belén

- 2000 *Poemas para leer sin voz/s.* Salta: Pro Cultura.
- APARICIO, Carlos Hugo
1988 *Trenes del Sur.* Buenos Aires: Legasa.
- ARÁOZ ANZOÁTEGUI, Raúl
1963 *Panorama poético salteño.* Salta: Dirección General de Turismo.
1985 *Obra Poética.* Buenos Aires: Corregidor.
1998 *Poetas argentinos contemporáneos. Raúl Aráoz Anzoátegui. Antología Poética.* Buenos Aires: Fondo Nacional de las Artes.
1999 *Por el ojo de la cerradura.* Salta: Ediciones del Robledal.
- ARREDONDO, Elva Rosa
1977 *Meditación azul.* Salta: Ediciones Apacheta.
- BELLONE, Liliana
1979 *Retorno.* Salta: Dirección Provincial de Cultura.
1992 *La travesía del cuerpo.* Salta: Ed. Retorno.
- CASTELLANOS, Joaquín
1926 *Poemas viejos y nuevos.* Buenos Aires: Jesús Menéndez Librero Editor.
- CASTILLA, Leopoldo
1996 *Poetas argentinos contemporáneos. Leopoldo Castilla. Antología Poética.* Buenos Aires: Fondo Nacional de las Artes.
- CASTILLA, Manuel
1964 *Copajira.* Salta: Editorial Cepa.
1984 *Obras Completas.* Buenos Aires: Corregidor, Tomo 1.
- COSCIO, Lucrecia
1997 *Los subsistemas del caos.* Salta: Editorial Gofica.
- DÁVALOS, Juan Carlos
1996 *Obras completas.* Buenos Aires: Secretaría de Publicaciones del Senado de la Nación, Volumen 1.
1997 *Obras completas.* Buenos Aires: Secretaría de Publicaciones del Senado de la Nación, Volumen 2.
- ESCUADERO, Raquel
1990 *Nunca dar con el jamás de tanto siempre!* Salta: Editorial año 2000.
- FERNÁNDEZ ESTEBAN, Víctor
1986 *Cine de centro.* Salta: Fundación de Canal 11.
s.f. *Noche de cenizas.* Salta: Fundación del Banco del Noroeste.
- FERNÁNDEZ MOLINA, José
1971 *Panorama de las letras salteñas.* Salta: Editorial Cepa.
- FUENTES, Miriam
1996 *De lagartos tatuados y pájaros de mangos.* Salta: Víctor Hanne Editor.
1998 *Las bestias del arco iris.* Salta: Fundación de Canal 11.
- GARCÍA, Nancy María

- 1992 *El Errante*. Salta: Biblioteca de textos universitarios.
- GONTA, Graciela
1997 *Carta de Otoño*. Salta : Municipalidad de la ciudad y Editorial Gofica.
- GUTIÉRREZ, Antonio
1991 *La ciudad de los lugares comunes*. Salta: Municipalidad de la Ciudad.
- LELLÍN, Víctor Hugo
1987 *Como un zurcidor de rastros*. Salta: Comisión Examinadora de Obras de Autores Salteños.
1997 sobre el sonido de las pequeñas cosas. Salta: edición del autor.
- LEONARDI HERRÁN, Teresa
1985 *Incesante Memoria*
1991 *El corazón Tatuado*. Salta: Comisión Examinadora de Obras de Autores Salteños.
- MACHADO, Rosa
1993 *Canción de la Ballena*. Salta: Tumparenda.
- MATTO DE TURNER, Clorinda
1995 *Aves sin nido*. Lima: Mantaro.
- OVALLE, Hugo
1978 *Poesía de Salta .Generación del '60*. Salta: Fundación Carmen Rosa Ulivarri Etchart.
- REGEN, Jacobo
1992 *Poemas reunidos*. Salta: Ediciones del Tobogán.
1996 *Poetas argentinos contemporáneos. Jacobo Regen. Antología Poética*. Buenos Aires: Fondo Nacional de las Artes.
- ROMANO, Eduardo
1997 *Derramo un hombre*. Salta: Tumparenda.
- SARAVIA, Mercedes
1991 *Mendiga luz*. Salta: Gráfiker.
1993 *Plaza desierto*. Salta: Comisión Examinadora de Obras de Autores Salteños.
- SOLÁ DE SOLA, Emma
1945 *Allpamiski (miel de la tierra)*. Buenos Aires: Editorial difusión.
- STORNI, Alfonsina
1996 *Poesías completas*. Buenos Aires: SELA.
- SYLVESTER, Santiago
1996 *Poetas argentinos contemporáneos. Santiago Sylvester. Antología Poética*. Buenos Aires: Fondo Nacional de las Artes.
2003a *Poesía del Noroeste Argentino Siglo XX*. Buenos Aires: Fondo Nacional de las Artes.
2003b *Oficio de lector*. Córdoba: Alción.
- VERA , Jesús Ramón
1983 *Subsuelo*. Salta: Tumparenda.

ZAMORA, Francisco
1974 *El llamaviento* Salta: Ediciones culturales.

ZERPA, Domingo
1931 *Puya-puyas. Poemas de la puna jujeña.* Buenos Aires: Imprenta Antygua.

CAPÍTULO IV

MIGRACIÓN Y LITERATURA

Raquel Guzmán de Dallacaminá

El alma tierna fija su amor en un solo lugar en el mundo; la fuerte extiende su amor a todos los sitios; el hombre perfecto ha aniquilado el suyo.

Hugo de St Victor, monje sajón del siglo XII

1. Acerca de los lugares

1.2. Interrogantes

¿A qué lugar pertenecemos? Dicen que a aquel donde hemos nacido, o en el que vivimos o tal vez a aquel lugar donde nos hemos formado o al espacio que fuimos construyendo con esos retazos, con esos fragmentos que convergen en un espacio que es propio y a la vez común no con un grupo social, con una cultura sino con varias, las que vivimos como experiencia real y las que nos atravesaron en las lecturas, en los intercambios comunicativos. También podríamos preguntarnos por los alcances de una experiencia real, ¿es acaso más real nuestra forma de comer, que nuestro modo de comportarnos después de leer un libro de etiqueta europeo, por ejemplo? El carácter dinámico de la existencia es más profundo y a la vez más evidente en quienes manifiestan una permeabilidad a los cambios, no como meras imitaciones, sino como quien está dispuesto a probar aquellas experiencias que pueden hacer repensar las propias.

Esta permeabilidad suele generar escisiones y fisuras que pueden vivirse como pérdidas o como nuevas posibilidades. Y en este punto se nos imponen dualidades como *nacionalismo* -la defensa de la propia religión o cultura-, *cosmopolitismo* -el elogio de la pluralidad de las culturas- que denotan tensiones límites para las experiencias del hombre. También nos encontramos con espacios de conflictos entre la cultura propia y una cultura otra, la *desculturación* –degradación de la cultura propia– y como resultante la *aculturación* –adquisición progresiva de una nueva cultura, que busca resolverse en la *transculturación* – la adquisición de un nuevo código sin pérdida del antiguo⁸⁴. Sin embargo cuando hablamos de cultura es preciso entender este término en sentido amplio ya que hablamos también de las diferentes prácticas que configuran identidades

⁸⁴ Acerca de esta última categoría Tzvetan Todorov dice: “Así vivo en un espacio singular, a la vez fuera y dentro: como extranjero ‘en mi casa’ (en Sofía), ‘en mi casa’ ‘en el extranjero’ (en París)” (1998:25).

culturales y que están ligadas a grupos de edad, religiosos, profesionales, sociales, por ejemplo.

1.2. Migración y cultura

Como afirma Michel de Certeau (1994) hablar de cultura nos arroja a un terreno inestable; sin embargo es posible observar rasgos que nos permiten organizar este concepto. Por un lado está relacionado con la percepción o comprensión del mundo propios de un medio o ámbito y que estructura la experiencia, y por otro a los comportamientos, ideologías y mitos que componen los cuadros de referencia de una comunidad. Complementariamente la cultura está relacionada con lo adquirido, lo artificial, lo producido por el hombre y que a la vez configura un patrimonio a conservar, una memoria cultural que se transmite a través de las distintas formas de comunicación que la misma comunidad construye y selecciona.

Cuando Iuri Lotman delimita el concepto de semiosfera⁸⁵ observa que ésta puede identificarse con un espacio cultural determinado, delimitado por un espacio de tránsito: la frontera. El espacio cultural entonces, puede entenderse como espacio semiótico que supone un adentro y un afuera y también un ayer y un hoy. La frontera es una posición funcional y estructural que permite acercar / separar lo propio de lo ajeno y tomar conciencia de la propia especificidad; pero a la vez la frontera es un dominio de procesos semióticos periféricos que pueden llegar a las estructuras centrales y desalojarlas:

“En los sectores periféricos, organizados de manera menos rígida y poseedores de construcciones flexibles, <deslizantes>, los procesos dinámicos encuentran menos resistencia y, por consiguiente se desarrollan más rápidamente” (Lotman 1996:30).

En esta consideración cobra especial importancia este espacio de traducción de un lenguaje a otro y de intercambios que permiten la movilidad de la cultura, sin obviar, por cierto las fronteras internas de la semiosfera que posibilitan observar variaciones y particularidades en el seno de una misma cultura.

La perspectiva de Todorov tiende a la lectura ontológica del espacio y a los efectos que producen en el individuo los cambios culturales; de Certeau en cambio

⁸⁵ “La semiosfera es el espacio semiótico fuera del cual es imposible la existencia misma de la semiosis” (Lotman 1996:28)

procura un análisis sociológico de la cultura y Lotman la identifica con un espacio de producción semiótica, pero en los tres casos subyace la hipótesis de una dimensión de una cultura y una no-cultura, lo propio y lo ajeno que suponen un lugar de tránsito de uno a otro, un dinamismo, una movilidad que no es aséptica ni ingenua, sino cargada de una intensa y variada dimensión significativa. En este caso particular nos interesa llamar la atención sobre un tipo de movimiento que se desarrolla en ese espacio fronterizo, la migración.

En *La ciencia de la cultura* (1964) Eugenio D' Ors propone el concepto de *eón* para analizar aquellos factores de permanencia y estabilidad que permiten la continuidad fenoménica de los acontecimientos. Estas constantes son a la vez categorías e historia, y señala la relevancia del concepto de *eón* para analizar dualidades teóricas como clásico / barroco, femenino / viril, ecúmeno / exótero. Ecúmeno⁸⁶ y exótero⁸⁷ son eones que atraviesan la historia desde la antigüedad con sus semas de *centro*, que convoca y aglutina, y *periferia*, lo exótico y extraño, entre ambas un *eón mixto* la emigración:

En la base del formidable número de acontecimientos a través de los cuales (las) emigraciones se producen, hay algo ya cercano a una ley y que en todo caso nos permite afirmar la existencia, no de *una serie* de emigraciones sucesivas, sino de *una* fundamental determinación emigratoria. (D'Ors, 1964:254)

Para este autor el carácter migratorio no está determinado por causas específicas y únicas sino por una actitud humana que sobrepasa las leyes del materialismo histórico y que ha llevado al hombre a moverse entre el ecúmeno y el exótero, entre el centro y la periferia en una dinámica constante de la humanidad.

La sociología se ha ocupado con mucho énfasis de este tema, algunos autores como Mario Margulis (1967) observan que los procesos migratorios están interrelacionados con otros procesos estructurales que propician el traslado de grupos sociales de la sociedad de origen a otras nuevas, provocando cambios tanto en los migrantes como en la sociedad que dejan y la que los recibe. Uno de los modelos típicos

⁸⁶ “Ecúmenos eran, para los antiguos, las cartas o mapas geográficos que daban cuenta en forma de figura, de la parte de la tierra por ellos conocida y explorada. (...) Ecúmeno en un momento cualquiera de la evolución de la palabra ha exigido siempre imagen, representación del mundo en términos reducibles al diseño (...) Es la tierra inteligiblemente figurada” (D'Ors 1964:236).

⁸⁷ Exótero es el nombre que acuña D'Ors para dar cuenta de lo que en la antigüedad era marcado en los mapas como extensiones vacías “sin dibujo ya, sin indicaciones de composición, ostentando un vago rótulo – bárbaros, hiperbóreos, antípodas, etc – correspondiente a ensueños míticos, fabulosos o semifabulosos, poéticamente alusivos a su excentricidad. Un rótulo hacia lo limítrofe y para salir del paso. Después, nada: ya no se hablaba más de ello” (1964: 237).

de migración es el que se da desde el medio rural al medio urbano, cuyas consecuencias sociales son críticas; el traslado supone cambios notables para los grupos involucrados: desarraigo, ruptura de los vínculos primarios, limitaciones en la comunicación y por ende en la participación, y hasta rechazo, discriminación y marginalidad. Estos cambios traen aparejados también cambios psicológicos en los individuos, muchas veces acentuados por la conflictividad familiar.

Sin embargo el fenómeno migratorio no es un movimiento uniforme, tiene considerables variaciones históricas y geográficas que han generado también diferentes tipos de migrantes - exiliados, refugiados, asilados, migrantes económicos, migrantes ilegales, trabajador contratado o invitado – que contribuyen de distinta forma a las modificaciones económicas, demográficas y sociales de la sociedad que los acoge. Esta perspectiva nos lleva a la distinción entre *sociedad expulsora* y *sociedad receptora*, roles éstos que pueden ser intercambiables a lo largo del tiempo (v. gr. España durante el franquismo fue expulsora y en la actualidad es receptora). Hoy en día, muchos gobiernos perciben a este flujo de extranjeros como una amenaza para su identidad nacional, su legitimidad o prosperidad - lo que ha llevado al crecimiento de la xenofobia – y se puede observar que a veces la migración no es una acción voluntaria de los individuos, sino que es impulsada o alentada por los gobernantes.

En el ámbito político se suele rechazar la presencia de migrantes por que se considera que inciden en la alta tasa de desempleo, presionan sobre los servicios de salud y educación, propician la evasión impositiva y previsional y un importante drenaje de divisas a sus países de origen. Estos temores surgen fundamentalmente de la situación interna de los países, ya que cuando se necesita mano de obra para determinada actividad económica en muchas ocasiones se alienta el flujo de inmigrantes.

Obsérvese que también de este modo se van diseñando relaciones de centro / periferia entre los países, que determina un vínculo según el cual esta periferia se encuentra sometida a las reglas que emanan del centro.

Umberto Eco (1997) llama la atención sobre la diferencia entre <migración> e <inmigración>, en este segundo caso se trata de un fenómeno masivo de traslado de un país a otro, que puede controlarse - limitarse o aceptarse – y donde el inmigrado acepta la cultura receptora. En cambio las <migraciones>

son como los fenómenos naturales: suceden y nadie las puede controlar. (...) los migrantes (que nadie puede detener en las fronteras) transforman radicalmente la cultura del territorio al que migran. (Eco, 1997:121).

En el ámbito internacional es evidente, en este momento, la migración del sud hacia el norte y hasta se pueden observar migraciones particulares como las de los japoneses, que influyen a través de sus organizaciones industriales y económicas, “están presentes incluso cuando no se desplazan físicamente de forma masiva” (1997:123).

Estos movimientos – lentos o rápidos, masivos o grupales – generan en la sociedad receptora respuestas pulsionales de tolerancia o de intolerancia y respuestas argumentales como el fundamentalismo o el integrismo, que se dan en ese espacio permeable que es la frontera, intercambios, tensiones, acuerdos, que no son de carácter político, ni pueden ser manipulados deliberadamente, pero que determinarán los futuros desplazamientos de centro y periferia, las hegemonías y las dependencias.

1.3. Sujetos y migraciones

Es importante aquí revisar otro concepto que resulta sumamente operativo para nuestro análisis, el de **sujeto migrante** que construye Antonio Cornejo Polar y que resultó muy productivo para analizar la enunciación resultante de las experiencias de desplazamiento – individuales y sociales – en América Latina. Estos desplazamientos, no sólo territoriales sino también sociales, políticos e ideológicos generan un espacio heterogéneo que involucra “el conflicto, la pugna lingüística, la desarmonía, el estado inestable, la deflagración en ciernes” (Bueno, 2002:178), el sujeto que se construye en esta situación es el sujeto migrante, caracterizados en primera instancia por el desarraigo y la memoria⁸⁸. Cuando Cornejo Polar analiza *Zorro de arriba, zorro de abajo*, define la condición migrante y dice que atañe a “un sujeto disgregado, difuso y heterogéneo” (1994:104). Este sujeto migrante supone al menos dos posiciones de enunciación que se textualizan a través de una gramática del discurso migrante que puede reconocerse por sus coordenadas enunciativas, su morfología y su sintaxis que ponen en escena dimensiones divergentes (aquí / allá; recordar, comparar; querer ser / deber ser). Resulta así un discurso “radicalmente descentrado, en cuanto se construye alrededor de ejes varios y asimétricos, de alguna manera incompatibles y contradictorios de un modo *no* dialéctico” (Cornejo Polar, 1996:841).

La condición del sujeto migrante se define a partir de tres rasgos -multiplicidad, inestabilidad y desplazamiento- que permiten articular la heterogenidad discursiva de

⁸⁸ A propósito de *Los ríos profundos* de José María Arguedas.

latinoamérica. Los textos que se producen dan cuenta de una deriva que genera intertextos “vulnerables y efímeros, desacompañados, porque su figuración primera es la de un sujeto siempre desplazado” (Cornejo Polar, 1994:106).

Raúl Bueno, profundizando el estudio de Cornejo Polar, considera al sujeto migrante como una dinámica que existe en su movimiento - físico y mental - constante, empeñado en la diferencia y que proyecta su diferencia y la mantiene más allá del lenguaje en la dimensión performativa. Los polos que aparecen como supuestos de esta dinámica son el centro y la periferia, lo urbano y lo rural, lo monolingüe y lo bilingüe.

Dos dimensiones se convocan en la condición migrante, por un lado un sujeto que, ejerciendo diferentes formas de desplazamiento - viajes, exilios, búsquedas diversas – engendra una dinámica de pluralidades que se sobrepunen en su experiencia, provocando el impacto de movimiento de lo uno a lo múltiple. El movimiento geográfico de un espacio a otro, implica también espacios más amplios que se manifiestan en lo lingüístico, social, educativo, ideológico, mudar de una ciudad a otra modifica todo ese espectro de referencias que constituye al sujeto, lo descentra y lo obliga a re-construir su propia imagen para poder seguir interactuando en el nuevo ámbito, necesita re – posicionarse, delimitar un lugar para la necesaria relación yo / otros. Pero, simultáneamente estas transformaciones se ponen en escena en un discurso que – en cuanto movimiento *orientado hacia* – es también un desplazamiento, un camino que implica transformaciones.

2. La escritura de la migrancia

2.1. Sujeto y enunciación

Viaja el escritor, pero también viaja la escritura, doble derrotero el que se constituye en el texto literario, fundando a la vez múltiples recorridos de lectura. El viaje del escritor puede ser entre ciudades (Walter Adet, Carlos Aparicio) o países y culturas diferentes (Ricardo Martín-Crosa, Agustín Bas Luna); entre lugares y situaciones vitales disímiles (Sara San Martín), pero también puede la mirada ser migrante en el distanciamiento de lo cotidiano, del orden establecido, del ritual que impone la ciudad. La migrancia desdibuja el punto de partida y el punto de llegada para poner el acento en la ruta, en las múltiples sorpresas que tiene el derrotero, en las fronteras que se cruzan, después de esto se puede volver a casa, pero ya la casa no es la misma.

Para estos escritores la morada no es local ni cerrada, “morar” es “estar en el mundo”, esta actitud significa concebir la morada como “un hábitat móvil, como una forma de vivir el tiempo y el espacio no como si fueran estructuras fijas y cerradas, sino fuentes que incitan a una apertura crítica” (Chambers 1994.18). La escritura se plasma como ese movimiento que es indagación y búsqueda, la página en blanco posibilita la construcción de múltiples caminos y la palabra es el anclaje provisorio desde el cual permanentemente se vuelve a comenzar. A la vez el texto es la puesta en escena de los caminos ya recorridos - intertextos, pensamiento crítico, fragmentos de la memoria – que re – construyen los viajes realizados; la escritura es, entonces un tránsito hacia las múltiples posibilidades de la palabra o hacia sus límites.

El sujeto de la enunciación también aparece desbaratado, en un juego de movimientos que manifiestan que el lugar de enunciación es también plural e inestable y el enunciado ya no es un punto de llegada, sino un nuevo punto de partida. El texto literario se inscribe así en una instancia de diálogo constante con sus interrogantes y apelaciones, sus afirmaciones y sus carencias permitiendo un viaje entre ideas y lenguajes.

Este movimiento que trazan los sujetos con su propio devenir, construye nuevos territorios con los retazos de los vividos y con los efectos de las fronteras que tuvieron que atravesar. Ser extranjero se vuelve un síntoma del yo, es ser extraño, vivir en la ambigüedad y la incertidumbre, descentrando el racionalismo clásico del sujeto.

2.2. Derroteros

La **migración** propone un nuevo modo de entender las relaciones, frente a la *linealidad* que impone la genealogía se abre la *lateralidad* como ámbito de contacto con los otros ¿cómo ingresa el extranjero a la cultura, si los locales sólo miran su propia línea de tradiciones y repeticiones del discurso ancestral? Evidentemente esta actitud puede llevar a un etnocentrismo que, sostenido en la defensa de la propia cultura, genere en cambio un rechazo por lo diferente. El extranjero puede ser visto como una amenaza para el orden constituido y por eso mismo como una presencia que tiende a ser negada o fagocitada.

En 1940, y al amparo de un espacio cultural aglutinante, se constituyó en Tucumán el Grupo Literario *La Carpa*:

Al finalizar 1944 se dio a la estampa, en Tucumán, la tercera edición de *La Carpa*, bajo cuyo signo se nucleaba lo más representativo del novísimo movimiento literario del norte de nuestro país. Se trataba de una “muestra colectiva” integrada por poetas de la referida ciudad de Tucumán, Santiago del Estero, Salta y Jujuy (Aráoz Anzoátegui, 1999:13).

Esta afirmación, que pertenece a Raúl Aráoz Anzoátegui, uno de los integrantes del movimiento *La Carpa*, permite observar cómo un lugar se convierte en un sistema de relaciones laterales que permite la interacción de autores provenientes de distintas provincias. Para ellos el Noroeste argentino se discursiviza como espacio común, en Tucumán no son extranjeros, son norteros. La proximidad generacional entre los autores, la lectura compartida de diversos poetas (Rilke, Neruda, Vallejo, Whitman) produce un acercamiento que rompe con los estrechos límites provinciales. Sin embargo cuando cada uno – por diferentes situaciones – vuelve a su provincia se reinstala en la genealogía y poco a poco se pierde la dinámica que había impreso su carácter migrante. Dos excepciones hay a esta afirmación, la situación de las dos poetas que integraron el grupo, Adela Agudo, exquisita poeta santiagueña que muere poco tiempo después y Sara San Martín⁸⁹ que continúa su periplo por Salta.

En un primer nivel de acercamiento podemos registrar en la obra de esta escritora una dimensión topológica que diseña una trayectoria susceptible de ser señalada como correspondiente a cierto recorrido geográfico, Tucumán, Ledesma, Salta, Argentina, América son espacios caracterizados con referencias contextuales específicas. Pero a la vez hay en esas alusiones la construcción de un espacio significado desde la percepción de sus contrastes y sus ambigüedades.

Ledesma es una hoguera de coyuyos que elitran
Una siesta infinita en mi niñez inquieta.
El barco era la higuera...
Pata de Palo está con su único ojo
Pirateando la huerta
(...)

⁸⁹ Sara había nacido en Tucumán, vivió su infancia y adolescencia en el Ingenio Ledesma en Jujuy y se trasladó luego a continuar sus estudios universitarios en Tucumán, llega a Salta para casarse con Arturo Dávalos.

Un cerdo gruñe al sueño que el alboroto arrastra
Y al fin...
Huye la infancia tras una chancha overa.

(“Ledesma” en 1984:79)

En un segundo nivel podemos observar cómo los lugares van cargándose de
semas que aluden a la trayectoria de un yo en permanente búsqueda y permanentes
cambios

Allá, en el alto Norte de los Incas,
En los antigales; el viento arcaico
desde las urnas milenarias
planeando el silencio
(...)
La sed y yo.
Tántalo confinado.
entre vértigo y gracia,
más allá de la Historia
más aquí del verbo originario
defraudada, soportando el oráculo.

(“Confinamiento” en 1995:13)

El yo oscila entre la alusión a un sujeto individual y un sujeto plural que
trasciende su propia pertenencia histórica para aunarse con otros sujetos y otras culturas.

En un tercer nivel el cuerpo es el lugar, cada espacio de la geografía americana
se siente en el propio cuerpo, los conflictos y desventuras de los pueblos americanos, las
tensiones en que se sume el continente, se perciben como dolores y huellas marcadas en
el propio cuerpo (ver *Yo soy América*).

Pero podemos observar un cuarto nivel donde la dinámica de oscilaciones se da
entre el mundo terreno y el mundo ultraterreno. La dialéctica vida / muerte pone en
escena un mundo dual donde esos dos polos lejos de oponerse se complementan, el
sujeto fluye entre uno y otro en tensiones y desdoblamientos. Cada una de esas
dimensiones se constituye en lugar de enunciación desde donde se mira la otra. Se
plantean interrogantes, afirmaciones, objeciones en un mundo donde el sujeto
manifiesta su dinámica fundamental.

La obra poética de Sara San Martín da cuenta de la situación del hombre del
siglo XX que percibe la inestabilidad de un mundo pero trata de aferrarse a sus pocas

seguridades, ellas son el punto de apoyo para formular un discurso poético signado por la migrancia. Se trata de una poesía que no elude la exploración de nuevos espacios para situar una mirada obsesivamente cuestionadora, poesía del desarraigo y de la búsqueda que no responde a una perspectiva genealógica, sino que se va desplazando hacia todos los intercambios que permiten modificar miradas, inquirir en los lugares habituales, sesgar las afirmaciones consolidadas.

2.3. Fronteras genéricas

El **desplazamiento genérico** aparece en la obra de Walter Adet⁹⁰ donde lírica y ensayo, producen textos que se complementan en forma permanente, el ensayo desarrolla una teoría sobre la creación poética, el rol de los poetas, sus búsquedas y contradicciones, pero la complementariedad llega más allá por cuanto hay en los ensayos un uso intenso de las estrategias discursivas típicas de la lírica: condensación significativa, unidades rítmicas, fragmentación. En la poesía de este autor la migración se construye como la mirada excéntrica que pone en escena las afirmaciones y convicciones consolidadas en los ritos cotidianos. Se trata de una trama invertida que pone al desnudo las hipocresías de una sociedad complaciente y rígida al mismo tiempo.

El texto poético se constituye como un vacío, no hay caminos posibles que atraviesen el espacio entre el yo y el mundo, entre el yo y los otros- La ausencia se manifiesta también en las elipsis del texto, en la presencia de elementos contradictorios, el oxímoron, las rupturas sintácticas sorprendentes y sorprendentes que lejos de tender un puente entre los términos los aleja, sosteniéndolos en la tensión semántica:

Allí también la piedra
donde dormía un niño,
poca leche en el diente que se llevan los ratones del sueño;”
(Memorial de Jonás II en 1981:53)

El vacío es el territorio donde las palabras deambulan lúcidas o atormentadas trazando un mundo hecho de retazos, los seres y objetos que allí se disponen aparecen gigantescos o empequeñecidos, fantasmales produciendo desconcierto en el lector:

⁹⁰ Esta actitud estética se puede seguir también en la obra de Sara San Martín, Santiago Sylvester, Ricardo Martín-Crosa, pero acentuamos la producción de Adet ya que se transforma en una estrategia discursiva de contaminación genérica pasa a ser marca discursiva de su obra.

Ser como entonces
el que sonreía
de oír cantar a un tejedor
de jaulas.

Señor que dices
en la voz de un niño:
*Tengo en la mano
un humo que no
se me escapa*

¡Cuándo
verán los ciegos
del oído
la luz
de tu palabra!
(“El tejedor de jaulas” en 1981:45)

El proceso discursivo se resuelve entre voces que tientan el diálogo sin conseguirlo, no llegan ni el consentimiento ni la objeción, ni la afirmación ni la respuesta:

Cuando le saldrá la patita a la abuela
-preguntaba-
y no es rocío lo que tiembla en estas
flores, sino lágrimas,”
(“No es rocío del alba” en 1981:73)

Estos rasgos, agregados a la ironía y al tono de provocación que dominan los textos se pueden leer como una ruptura en la genealogía de la poesía salteña, un intento efectivo por sacar del habla toda posibilidad de ritualización, el trastrocamiento es entonces causa y efecto de un “enrarecimiento del discurso” (Foucault,1980). La violencia que el sujeto del discurso ejerce sobre las palabras quiebra las regularidades y el acontecimiento se expande sobre la significación.

Esa violencia funda un lector siempre interpelado, criticado, al que se lo confronta a cada paso con las diversas caras del mundo y con sus propias convicciones. Se genera así el malestar como efecto de un discurso descentrado, y quizás este sea uno de los motivos por los cuales la obra de Walter Adet ha tenido escaso reconocimiento fuera del ámbito de su provincia, y el olvido ha sido aún mayor después de su muerte.

2.4. Desterritorialización

Es un proceso que aparece como constitutivo de la obra de Ricardo Martín-Crosa y se manifiesta en la pérdida de la relación "natural" (García Canclini, 1989) con los territorios geográficos y sociales habituales de los escritores salteños, no aparece ni el valle, ni el río, tampoco la naturaleza generosa ni avasallante, sino que aparecen relocalizaciones territoriales que insertan en nuevas dimensiones conflictos sociales y humanos.

Desde el punto de vista histórico y político hay en este autor una identificación con las teorías dependentistas, lo que lleva a metaforizar de modo constante las tensiones entre el imperialismo del Primer Mundo y los efectos devastadores que produce en el Tercer Mundo: la marginación, la explotación son entonces fenómenos que emparentan a los indios del NOA, con los negros marginales de EU y que aparece textualizado en *Azulogía* (1973).

La imagen de la migración expande este paradigma binario y encuentra su expresión en las metáforas del tránsito:

Hilando perseguía los matices
del mar lujoso de ebriedades,
de la mirada del vigía,
de los sueños del amo.
Tejía y
Destejía. Anudaba destinos,
Teñía profecías.
Y estaban
verificándose.

(“El tapiz” en 1985:53)

La metáfora del tejido remite al movimiento y a la construcción de imágenes y sentidos en nuevos itinerarios, en nuevos cruces que liberan de los caminos habituales y repetidos. El tejido plantea la incertidumbre de la imagen final, tal como el exilio y la migración rompen los límites del pensamiento y la experiencia, para construirse como otros y abrirse un espacio en los intersticios de lo hegemónico.

A la vez como un tapiz se construye la obra poética de Ricardo Martín-Crosa, atravesada por múltiples intertextos: La Odisea, Edipo, Hamlet, la Biblia, el jazz, los místicos españoles; bajo la forma de citas, paráfrasis o imágenes especulares que son una puesta en abismo de textos canónicos. Pero también escribir es trazar un nuevo espacio:

Un poeta no habla
sobre cosas. Fabrica
cosas

indecibles.
Afirma: "a oscuras" y el más alto modo
de conocimiento es instituido.

(“A oscuras” en 1989:71)

Tejido y palabra son la posibilidad de hacer, de fabricar, de construir una dimensión distinta de las cosas, son un *ir hacia*. La virtualidad de estos sustituyentes opaca la cosa, la verdad es el tránsito, el camino, y es aquí donde la dimensión ideológica permite leer la afirmación de lo humano en el hacerse, en el juego constante de la vida.

Como dice Iain Chambers

la experiencia nómada de la lengua, errabunda y sin morada establecida, que habita en el cruce de los caminos del mundo y sobrelleva el sentido de nuestro ser y de nuestra diferencia, ya no constituye la expresión de una sola tradición o historia (...) el pensamiento es errabundo (1991:46).

El poeta se ve entonces obligado a abandonar el sentido de pertenencia a un lugar fijo, que sabe que no existe, que es un mito que ha podido desenmascarar en una larga travesía intelectual y humana:

Debiéramos aludir a la casa, oh habitante:
a tu hábito
de vivir en la terrible memoria
de aquella expatriación, de aquel desgarramiento.
No resignado: resbalando
momento tras momento al olvido
de la integridad, reconstruyéndolo.

(“Estando ya mi casa sosegada” en 1989:59)

La *casa*, pierde sus semas de /amparo/ y /materialidad/ y se metaforiza en la *terrible memoria*. Esta traslación de sentido implica un sustituyente y un sustituido, pero más aún supone un espacio de sentido donde la ideología permite reconstruir el destino de muchos latinoamericanos, y particularmente argentinos expulsados, que tratan de reconstruir (se) el sentido de sus vidas sujetos a jirones de memoria.

Azulogía, *Memorias de la música* y *Vistiéndome de fuego*, son tres poemarios de Ricardo Martín-Crosa que se construyen como variaciones sobre una misma preocupación: el territorio. En *Azulogía* el desplazamiento se organiza en torno a la metáfora de la persecución y de la huida, *Memorias de la música* erige a través de figuras singulares: Cristo, Edipo, Narciso la dinámica espíritu / materia, mientras que en *Vistiéndome de fuego* la casa es la metáfora de la vida, escenario de lo múltiple y lo

convulso. El hombre no es ya un ser aferrado a seguridades sino escindido, la dualidad de la metáfora construye a la vez los polos de esa ruptura y tiende un puente para acercarlos.

Sobreviene la deriva a través de la página en un intento de trazar el movimiento de lo múltiple, lo inestable, lo evanescente, escapando a las certezas y sopesando las dudas, las carencias, la incertidumbre. La escritura se convierte en la representación del viaje, es una constante travesía entre acontecimiento y dispersión, el poeta toma posesión de un espacio límite, frontera entre la impotencia como signo social y el poder de la palabra, inflexión donde se oculta y vive la resistencia. Frente a la perspectiva tradicional de la pertenencia al hogar, a la ciudad, al terruño se despliega el nomadismo de la modernidad, "todos nos encontramos en camino" (Chambers, 1991).

El lugar de enunciación sigue siendo el del intelectual argentino del siglo XX que recoge las dispersiones de la cultura occidental para interpretar a su país y a Latinoamérica. La hermenéutica le da los instrumentos para superar el riesgo de la esquizofrenia y le permite jerarquizar las manifestaciones culturales, evaluarlas y develar cómo se producen y se resisten las dominaciones simbólicas. De ese modo la fisura se hace productiva y permite comprender que no sólo es dinámico el paso de una cultura a otra, sino también que cada cultura es en sí misma una dinámica. Este desplazamiento de la voz enunciativa provoca una perturbación que puede llevar al lector a la interrogación y al asombro, a buscar también lugares excéntricos para enfocar su lectura y a evitar los prejuicios y las convenciones. Se instala así el diálogo, el intercambio, el espacio es palabra comunicante.

El discurso migrante ensambla los recuerdos, las lecturas, los mitos que se recuperan en los textos y preservan una pertenencia inscripta como murmullos, como huellas que se resemantizan en el contacto con nuevos episodios y nuevos encuentros. La dinámica histórica que imprime ese lugar de enunciación quiebra los marcos de referencias habituales: no hay centros ni márgenes, hay caminos que constantemente cruzan límites, en una zona permanentemente horadada por la palabra poética.

2.5. Nomadismo

Es otra de las formas que la escritura comparte con la migrancia, en este caso el sujeto de la enunciación adopta una mirada que se desliza sobre las cosas, se pasea sobre el borde de los objetos, una mirada inquieta que no logra detenerse: todos los

lugares son transitorios. Esta mirada la podemos seguir en la poesía de Santiago Sylvester, donde el mundo poético implica siempre una constante búsqueda, que va iluminando significaciones inéditas:

No sé si amo esta ciudad,
Pero creo en la sombra de sus bosques,

Por aquí pasó el amor con su ligera carga,
- fue ligero el amor porque hasta el aire lo
absuelve -,
por aquí la luz, como una pequeña tormenta,
cae entre las hojas
y el mar perdura memorioso de ruinas,
como un arco de piedra.

Con ánimo disperso, a la hora en que sólo los
aljibes responderían, callo
y recorro la sombra sabiendo que me atañe esta
ciudad, su culpa compartida. (...)

Recorro las plazas, los malvones donde posan
las queridas sombras,
y en las aldabas el corazón golpeo;
pero no sé si amo esta ciudad
que, en forma no distinta que el mar, cobija
ruinas.

(“Esta ciudad” en 1970:65)

Las sombras, la dispersión, el movimiento del recorrido desnaturalizan las imágenes construidas por la tradición o la costumbre. Hay una metamorfosis de las cosas, que se descubren con otro sesgo cuando cambia la mirada, la “imagen pública” de la ciudad se trastoca en “ruinas”, adoptando un matiz semántico que horada las apariencias y “ve” el revés de la trama.

En *Esa frágil corona* (1970) se puede observar la construcción de una isotopía del movimiento, recorrer / cerrar / abrir / pasar / arrastrar / elevar / ir / venir, y la identidad del yo es el resultado de esa dinámica que tiene lugar en el poema. Pero este campo semántico es una especie de agua subterránea que alimenta una poética de la búsqueda, la vida y la muerte como lugares de tránsito en *Palabra intencional* (1974), las palabras como sostén de un mundo precario en *La realidad provisoria* (1977), actores en escena, transitando papeles en la vida, en *Escenarios* (1993).

Mares, naufragios, trenes, la marea de la ciudad, las cartas, la nostalgia que intersecta los tiempos y los espacios se suceden en la poesía de Sylvester en un

movimiento continuo como quien ha nacido en un barco que nunca se detiene. Esta perspectiva ya aparecía anunciada en *El aire y su camino*:

Perdido en esta andanza y a deshora,
sin más camino que el del lento paso,
dispongo el corazón a cada día;

pero, entre tanto, sólo llega ahora
el mucho olvido y el amor escaso
que hallé buscando un sueño que no había.

(“Extranjero de mí” en 1966: 85)

La voz poética se desplaza en caminos espaciales y temporales a tientas, acudiendo al llamado de su propio deseo que lo empuja a un objeto fantasmático al que no puede acceder. El sujeto camina en una búsqueda infructuosa que lo enfrenta a la carencia, pero aún así la búsqueda no se detiene, la mirada sigue desplazándose aquí y allá y va trazando el itinerario de la voz que en la palabra poética escribe el camino del laberinto.

2.6. Distanciamiento

El discurso del distanciamiento aparece en la poesía de Leopoldo Castilla, una poesía en la que el hablante lírico parece estar siempre en actitud de huída, se solaza en lugares distantes, en objetos y paisajes escudriñados con una mirada que va de la certeza a la duda. La impronta de ese desplazamiento está dada por la razón, una razón en constante juego entre lo verdadero y lo falso, los rostros y las máscaras, el contenido y la figura.

La realidad es múltiple, pero el hablante se atrinchera en su univocidad y escribe:

No creas que tu amor
depende de ti o de ella
de lo que sienten o ven o sueñan
hay metales, movimientos,
campos de fuerza
cuya acción no empieza nunca
actos virtuales
que te despedazarían

en algún lugar
esas materias
esos instantes que contienen lo inverso
libran una batalla

los que se aman
han sobrevivido.

(“Sobre el amor “en 1985:36)

La dimensión léxica del texto acentúa - tanto a nivel de los significados como de los significantes – esa brecha, ese espacio de suspensión que generan los poemas. En *Teorema natural* (1991) es constante la presencia de términos como *metales / materia / estructura / punto de fuga / mecanismos* que construyen objetos en constante transformación, esa torsión de lo uno a lo otro, de lo individual a lo múltiple se produce como un estallido donde la duda gana terreno a la certeza.

El trabajo gráfico que se imprime a los textos genera también un matiz significativo de horadación del espacio poético (por ejemplo en *Animales nocturnos en el zoológico de Londres*). Otra vez aquí el juego de la ruptura, el quiebre de las continuidades rítmicas y prosódicas desplaza a un hablante preocupado por encontrar las respuestas en la contracara de las cosas, que asume insistentemente la metáfora del estallido y la dualidad. La paradoja es una constante retórica, lo mismo que el oxímoron:

El universo
es un ciego
rodeado de miradas

(“Teorema natural” en 1991: 85)

En *Libro de Egipto* (2003) puede seguirse otra forma de este distanciamiento, por un lado el tema central es la mirada sobre Egipto – las tumbas, el desierto, las inscripciones – pero a la vez las dedicatorias ponen en texto a personajes salteños y argentinos conocidos Arturo Botelli, Julio Strassera, Susana Cella. El sujeto de la enunciación distancia el discurso, lo desplaza quizás para poner en texto también la fisura de lo extranjero, de quien deja su casa para no ser de ninguna parte.

Las estrategias de distanciamiento construyen una triada que relaciona en un sistema tensional a la voz poética, el enunciado y la enunciación, se bifurcan así los sentidos y marcan una oquedad, una ausencia donde se instala lo inacabado, una metáfora del trayecto suspendido, de los caminos que se dispersan.

2.7. La búsqueda

El **buscador de oro** es un personaje que se configura entre la tradición y el mito, hombres arrastrados por la codicia o la necesidad que buscan el tesoro que les permitirá una vida de placer, sin embargo los caminos del oro no son fáciles, viajes extenuantes, lugares inhóspitos, hambre, violencia son parte de un tránsito que habitualmente termina con la muerte y no con la riqueza. Esa imagen puede verse también como la metáfora de los caminos que emprenden los escritores, no ya para hacerse de dinero, sino para encontrar el tesoro del conocimiento.

Se busca denodadamente las fuentes de la cultura, los cimientos de la historia, la divinidad en Dios y en el hombre, lo múltiple del mundo, en un afán de abarcarlo todo. Salir de lo propio – la casa, la ciudad, las costumbres – para buscar ese otro lado del mundo es un viaje que seduce y construye constantemente nuevas versiones de El Dorado. París – sinécdoque de Europa – Nueva York, México son las canteras en las que el conocimiento busca abreviar, para los escritores del Noroeste argentino está también el mar; entre las montañas, en la mediterraneidad del país, el mar es la posibilidad del movimiento perpetuo.

Dos escritores salteños manifiestan en sus textos este tipo de búsqueda, Agustín Bas Luna y Ricardo Martín-Crosa, ambos eligieron el camino de la religión - monje benedictino uno, sacerdote el otro – se alejaron de su tierra cuando apenas comenzaban la adolescencia, para emprender un camino de despojamiento y de interiorización, que cada vez los llevaría más lejos.

En el estudio preliminar que la escritora María Elvira Juárez dedica a *Cuando el silencio es un pájaro* de Agustín Bas Luna, hace referencia a este movimiento que va de un tiempo violento y transitorio a un mundo de recogimiento y silencio, es un tránsito poético que toma forma en imágenes de la soledad que poco a poco se transforma en éxtasis, en recogimiento y en un estado de gracia. El poeta asciende a otra vida, “libre de oscura fatiga, derrotada la tiniebla [donde] puede comprender la armonía, la belleza, el dolor sublimado, la flor inefable del misterio” (en Bas Luna, 1982: 12).

Más adelante agrega ME Juárez:

El proceso de su ascensión mística es como el pórtico de un templo ante el que dejará humildemente sus ropajes sucesivos. Es posible que queden allí sus primeros versos, evocando su adolescencia turbada, la ternura del palomar paterno, el vacío existencial. Es posible que entierre la lágrima obstinada que humedeció su pupila sin razón aparente, los primeros asombros, la ceniza de una quimera. Una cierta nostalgia, una suave tristeza le rondará a veces como un aleteo. Pero la búsqueda ha terminado. Es la culminación de todas las dudas, las frustraciones, los días huraños, la desesperanza” (Ib: 17)

Este ascenso espiritual continuará en dos importantes libros posteriores *Los exilios del silencio* (1987) y *Unamente plural* (1993). En el primero, dos dimensiones – la humana y la divina – batallan en el poeta, el cuerpo y el alma son territorios de un exilio recíproco y el hablante va de uno a otro desgajándose:

Tal vez
un día
abra todas mis puertas,
recargue mis fusiles
y dispare rosas
sobre las sombras del silencio.

Ese día
estallará la revolución
en mi conciencia
y me vestiré de sangre
y seré un pájaro de fuego
y podré ser el eco
de mi propio grito.

(1987: 22)

En todo lo que deseo,
en todo lo que amo,
quisiera permanecer;
en todo lo que me transmito
quisiera permanecer,
aún en la memoria del olvido,

en lo aún inexistente,
y, de la mano de Dios,
quisiera permanecer.

(1987: 64)

Obsérvese el contraste entre ambos poemas, la intensidad del ritmo y los acentos del primero se vuelve mansedumbre y letanía en el segundo, el cambio de los modos y tiempos verbales, la selección léxica y las diferencias cualitativas en las imágenes trazan la impronta de las dos dimensiones, el paso de la afirmación al deseo, de la corporeidad a la luz.

Por otro lado en *Vistiéndome de fuego* (1989) de Ricardo Martín Croso podemos leer:

Y así aprendí a pronunciar el nombre nuevo
que me espera grabado en una piedra
blanca. Sé cuál es el deseo
de ese nombre.
Ser un niño en tus brazos, acunado
por vientos estelares.
Que un niño entre mis brazos
inmenso seas
Tú, Dios, entregado
amor
condescendiente.

(1989: 41)

El tesoro hacia el cual camina el yo lírico está en un territorio indecible, y es por eso que sólo el discurso puede sostenerlo. Metáforas e hipérbatos son las formas retóricas que hacen posible la presencia, son el código que lleva al tesoro. Es interesante considerar también que las obras de estos escritores tuvieron escasa o nula repercusión en Salta, tal vez porque no pudo establecerse el esperado contrato de lectura, se trata abiertamente de un discurso que polemiza con los discursos dominantes en muchos casos desde dentro mismo de ellos (como es el caso del discurso religioso) en una actitud claramente distinta.

3. Canon y migrancia

3.1. Lugares precarios

El objeto de trazar este mapa de la migrancia y su construcción textual es poner en evidencia la relatividad de un discurso crítico que busca situar los textos y las estéticas en un sistema de afinidades y correspondencias. La condición migrante excede el viaje del autor y / o el viaje como tema textual, y se puede definir como la **posibilidad de discursivizar lo múltiple**.

Viaja el escritor para encontrar en otros lugares los espacios de contrastes y afinidades que le permitan comprender mejor su propio origen, la cultura que le ha posibilitado formarse como persona o como ciudadano. Viaja también para tomar distancia de una realidad que le resulta insatisfactoria, aburrida, gris o agresiva, tratando de encontrar *la ciudad de los sueños*, ese mundo donde todas las utopías son posibles; pero viaja también porque la sociedad – la represión, la injusticia, la persecución – lo acosa y el hogar distante se convierte en una eterna nostalgia.

Escribir y viajar resultan entonces procedimientos homólogos, navega el trazo sobre la página para nombrar el mundo posible, y este ejercicio permite la liberación de la palabra, en ambos casos el acto transgresivo fundamental es habitar lo que estaba deshabitado, poner un cuerpo en un lugar que de otro modo estaría para siempre vacío. Esta experiencia no atañe sólo a lo literario, sino que como dice Edward Said “una de las características más infortunadas de nuestra época es haber producido más refugiados, emigrantes, personas desplazadas y exiliados que cualquier otra anterior en la historia” (1996: 509). El poeta es uno más de aquellos nómades que no pueden asimilarse a las estructuras emergentes y es rechazado por su intransigencia o su obstinada rebeldía. Sin embargo la migración genera su propia energía, el poeta ensaya permanentemente nuevas formas de reorganizar ese espacio tensivo de desplazamiento con la búsqueda del conocimiento auténtico, la comprensión de la experiencia humana, la restitución al discurso de la palabra plena. En este sentido podemos afirmar entonces que la migración es una actitud y que el viaje, cuando está constreñido por un etnocentrismo de base y el sentimiento de ajenidad hacia todo lo nuevo puede anular la migrancia y volverse tan aldeano como quien nunca quiso salir de su mundo inmediato. Del mismo modo es posible la apertura hacia la comprensión de lo plural, aunque la vida nos ancle a un solo sitio.

La experiencia de estos escritores –Adet, San Martín, L. Castilla, Sylvester, Bas Luna, Martín Crosa – puede verse como paradigmática, en tanto ponen en escena esa

forma de migrancia de la que habla Eco, en la que el sujeto es capaz de poner su sello en el lugar al que llegan. El texto poético se inscribe como continuidad o contraste, genera una transformación, la cultura receptora recibe la interpelación de un discurso alternativo que puede imprimirle un nuevo sello. Algunos nacieron en Salta y partieron al mundo, otros llegaron a Salta, donde escribieron gran parte de su obra, unos y otros construyeron en estos desplazamientos una mirada que ya poco tuvo que ver con la tradición, son los “desertores”⁹¹, los que renegaron de una memoria cultural recortada, selectiva o *for export*.

En estos autores el discurso migrante excede las coordenadas señaladas por Cornejo Polar, ya que aquí / allá y sus formas afines no marcan los extremos entre los que se mueve el discurso, sino que son parte de un recorrido, no importa sólo desde dónde se parte o adónde se llega sino cómo se realiza la travesía. El sujeto no se percibe desplazado, sino en la actitud permanente del movimiento y la expectativa.

Si consideramos con Lotman que el espacio cultural es un espacio semiótico, podemos observar que los límites geopolíticos que instituyen las provincias pueden no configurar espacios culturales con la homogeneidad que a veces se supone. En el caso específico de Salta la identificación suele hacerse con los signos identitarios del valle de Lerma, pero quedan fuera – en la periferia – todos los sistemas semióticos considerados ajenos (vgr. La configuración de las etnias aborígenes, los conflictos fronterizos como el contrabando, el bilingüismo, la degradación del ecosistema). La Provincia, entonces deviene en una ciudad saturada por íconos que se repiten insistentemente para producir un efecto de naturalización, “esto somos”.

Muchas veces el hecho de pensar la región como territorio homogéneo, simplificado, hace perder de vista el cambio, la ajenidad que se imprime en el sujeto en el tránsito entre diferentes poblaciones a veces cercanas. La relación sintáctica que se establece entre las comunidades genera torsiones y distanciamientos que provocan quiebres en el sujeto y en la constitución de su discurso. También influyen aquí las razones de la migrancia, en algunas ocasiones el lugar de origen se vive como opresión y encierro por lo que el “ir hacia” es una necesidad existencial, en otros casos – como el desempleo, la pobreza – el sujeto es arrojado fuera de la comunidad, con todas las consecuencias que esto produce. En el Noroeste argentino también aparece de modo habitual el viaje por razones de estudio, que lleva a los sujetos a pasar varios años de su

⁹¹ Véase la referencia en nota 32 del Capítulo II.

vida fuera del ámbito originario (Sara San Martín, Ricardo Martín – Crosa, Agustín Bas Luna) a veces para no regresar más.

Esa periferia que construye fundamentalmente el discurso político asume formas de resistencia (en el ámbito político los piquetes) que buscan generar nuevos centros a través de la recuperación de la palabra; los diversos grupos literarios que se multiplicaron a partir de la experiencia de **Vocación**⁹², dan testimonio de esta intención, mucho más si se observa la atención puesta en aspectos antropológicos, históricos y de recuperación de la memoria que puede leerse en sus publicaciones. En tanto dinámicas discursivas se impone entonces, un espacio semiótico complejo donde las fronteras están en constante movimiento trazan trayectos en múltiples direcciones⁹³, y establecen claramente un pasado y un presente en el sistema de relaciones.

3.2. Nuevos interrogantes

En la creación verbal no canonizada, que se halla fuera de los límites de la legitimada por las normas literarias, la literatura extrae recursos de reserva para las soluciones innovadoras de las épocas futura.

Iuri Lotman

La migración no atañe sólo a la obra de un grupo de escritores – como los que aquí analizamos – sino a un movimiento de aguas subterráneas que procura horadar una hegemonía que a la vez lucha denodadamente por perpetuarse. Aquello que no pertenecía a lo ecuménico y era considerado como inexistente por ser incomprensible, ha ocupado un lugar enunciativo; ahora falta que sea escuchado.

Este proceso de desplazamiento de la periferia al centro es constante en la configuración de las culturas y convierte las fronteras en un espacio revulsivo. La estabilidad del sistema literario salteño ha sido siempre un objetivo identitario buscado por el discurso político, académico y periodístico, pero la propia dinámica del sistema constituyó la necesaria diferencia que permite hablar de una dialéctica fuertemente creativa y de tránsito entre modelos y repertorios.

⁹² El grupo Vocación fue un grupo cultural que se fundó en Orán y realizó durante veinte años una amplia labor en el campo de la literatura, la música y la plástica. Su gestor y líder fue el profesor Santos Vergara.

⁹³ La actitud de los escritores del interior de la provincia, si bien tiene un primer movimiento hacia la capital provincial, no es el único. Se establecen contactos con Provincias vecinas, con Buenos Aires y aún el exterior sin depender de los vaivenes capitalinos y sin esperar su “bendición”. Un ejemplo de esto es el modo de moverse de Blanca Omar de Ludueña.

El margen del sistema, constituido por la producción de mujeres, escritores del interior, voces de la periferia social y política, se considera como no-organizado o no-estructurado y de ese modo como no-literario. La migración nos permite comprender la dualidad centro-periferia, canon – margen como sistemas de relaciones dinámicas e interdependientes, los modelos de la tradición son constantemente interpelados y la memoria cultural se abre hacia nuevas referencias.

¿Será posible el cambio de paradigma en el pensamiento de una comunidad que insiste en una homogeneidad y no admite la diferencia? ¿En qué medida la historia no fagocitará nuestro propio pensamiento? ¿Se podrá eludir el etnocentrismo y la autorreferencialidad para pensar el sistema cultural? En síntesis ¿seremos capaces de constituir, a partir del conocimiento de nuestra realidad, reflexiones teóricas consistentes? Los caminos son muchos, aquí esbozamos el nuestro.

BIBLIOGRAFIA

ARÁOZ ANZOÁTEGUI, Raúl

1999 *Por el ojo de la cerradura*. Salta: Ediciones del Robledal.

BLOOM, Harold

1997 *El canon literario*. Buenos Aires: Siglo XXI

BUENO, Raúl

2001 “Modernidad alternativa y debate cultural en el Perú” en Javier Lazarte V. (coord.) *Territorios intelectuales. Pensamiento y cultura en América Latina*. Caracas: La nave va.

COHEN IMACH, Victoria

1994 *De utopías y desencantos: campo intelectual y periferia en la Argentina de los '60*. Tucumán: Facultad de Filosofía y Letras de la U.N.T., I.I.E.L.

CORNEJO POLAR, Antonio

1994 *Escribir en el aire*. Lima: Ed. Horizonte.

1996 *Tradición migrante e intertextualidad multicultural: el caso de Arguedas*. Revista del CELEHIS. UN de Mar del Plata. Volumen I.

CHAMBERS Iain

1991 *Migración, cultura, identidad*. Buenos Aires: Amorrortu.

CHIBÁN Alicia et al.

1982b “El proceso de la literatura de Salta y su reflejo de la realidad socio-cultural salteña” en *Estudio socio-económico y cultural de Salta, área lingüística y literaria*. Salta: Consejo de Investigación de la UNSa. Tomo II.

DE CERTEAU Michel

1994 *La cultura en plural*. Buenos Aires: Nueva Visión

D'ORS Eugenio

1964 *La ciencia de la cultura*. Madrid: Rialp.

ECO UMBERTO

2002 *Sobre literatura*. Barcelona: Océano.

FOUCAULT MICHEL

1980 *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquets.

GARCÍA CANCLINI Néstor

1989 *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Grijalbo.

GREIMAS A.J. y J. Courtés

1990 *Semiótica. Diccionario razonado de las ciencias del lenguaje*. Tomo I. Madrid: Gredos.

KRISTEVA. Julia

1981 *Semiótica*. Madrid: Fundamentos.

LOTMAN Iuri

1994 “La memoria a la luz de la culturología”. Revista Criterios N° 34. La Habana: Casa de las Américas.

1996 *La semiosfera*. Madrid: Cátedra.

MARGULIS Mario

1967 *Migración y marginalidad en la sociedad argentina*. Buenos Aires: Paidós

MOYANO, Beatriz Elisa.

2002 “Lecturas canonizadoras y diferencia: olvidos y reconocimientos de las producciones literarias salteñas a nivel nacional y provincial”. Informe final del Proyecto de Investigación N° 765/99 Salta: CIUNSa, mimeo.

2003 “Reconocimiento/olvido de la escritura de mujeres (Salta, década del '60)”, Universidad Nacional de Salta: *VII Jornadas nacionales de Historia de las mujeres y congreso Iberoamericano de Estudios de Género*, mimeo.

PALERMO, Zulma et al.

1987 *La región, el país. Ensayos sobre poesía salteña actual*. Salta: Comisión Examinadora de Obras de Autores Salteños.

1991 *De historia, leyendas y ficciones*. Salta: Fundación del Banco Noroeste

RODRÍGUEZ, Susana

- 2000 “Redes literarias, redes de poder. La literatura en Salta”. Universidad Nacional de Jujuy: VI Jornadas de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales, mimeo.
SAID Edward
1996 *Cultura e imperialismo*. Barcelona: Ed Anagrama. Colección Argumentos.

SYLVESTER, Santiago

- 2003 *Oficio de lector*. Córdoba: Alción.

TODOROV, Tzvetan

- 1998 *El hombre desplazado*. Madrid: Taurus.

BIBLIOGRAFÍA LITERARIA

ADET Walter

- 1981 *Memorial de Jonás*. Salta: Ediciones del Tobogán.
1992 *El hueco*. Salta: Comisión Bicameral examinadora de obras de autores salteños.

BAS LUNA Ezequiel

- 1981 *Las sombras del silencio*. México: Monasterio Benedictino del Tepeyac.
1982 *Cuando el silencio es un pájaro*. Tucumán: Municipalidad de S. M. de Tucumán.
1987 *Los exilios del silencio*. México: Ed de autor.
1994 *Unamente plural*. México: Ediciones La soledad.

CASTILLA, Leopoldo

- 1985 *Campo de prueba*. Buenos Aires: Libros de Tierra Firme.
1991 *Teorema natural*. Madrid: Poesía Hiperión.
2001 *Nunca*. Buenos Aires: Ultimo Reino.
2003 *Libro de Egipto*. Buenos Aires: Ultimo Reino.

MARTÍN – CROSA Ricardo

- 1973 *Azulogía*. Buenos Aires: Ed Salido

- 1985 *Memorias de la música*. Salta: Fundación de Canal 11.
1989 *Vistiéndome de fuego*. Buenos Aires: La Torre abolida.

SAN MARTÍN, Sara

- 1962 *Yo soy América*. Jujuy: Instituto de Arte y Cultura.
1982 *Yo soy América*. 2ª edición. Salta: Biblioteca Juan Carlos Dávalos.
1984 *De amor deshabitada*. Salta: Ed. UNSa.
1988 *Shusky y otras soledades*. Salta: Ed de la autora.
1992 *En una eternidad descomedida*. Buenos Aires: Cumacú.
1995 *Festín del águila*. Buenos Aires: Cumacú.

SYLVESTER, Santiago

- 1974 *Palabra intencional*. Salta: Ediciones del Tobogán.
1977 *La realidad provisoria*. Editorial Cuarto Poder.
1993 *Escenarios*. Madrid: Verbum.